

Enver Hoxha
EUROCOMUNISMO ES ANTICOMUNISMO

Instituto de estudios marxista leninista adjunto al CC del PTA
Casa editora «8 Nëntori»
Tirana 1979

En el IX Congreso del Partido Comunista de España, realizado en abril de 1978, los revisionistas carrillistas declaraban que su partido ya no era un partido marxista-leninista, sino un «partido marxista-democrático y revolucionario». «Considerar el leninismo como el marxismo de nuestro tiempo, declaró Carrillo, es algo inaceptable.»

Los dirigentes revisionistas franceses propusieron a su XXIII Congreso, que se reunió en mayo de 1979, que en los documentos del partido se evitase toda referencia al marxismo-leninismo y en su lugar se utilizara la expresión «socialismo científico».

También los revisionistas italianos en su XV Congreso de abril 1979 suprimieron de los estatutos el requisito de que los miembros del partido deben asimilar el marxismo-leninismo y aplicar sus enseñanzas. «La fórmula «marxismo-leninismo» no refleja todo el valor de nuestro patrimonio teórico e ideológico» -dijeron los togliattistas- Ahora puede ser miembro del partido revisionista italiano todo el que lo desee, independientemente de la ideología que profese o aplique.

De este modo, los revisionistas eurocomunistas sancionaron pública y formalmente su divorcio definitivo del marxismo-leninismo, lo que en realidad habían hecho desde hace años. Muy satisfecha por esta rápida y completa transformación de estos partidos en partidos de corte socialdemócrata, la propaganda burguesa pasó a denominar el año 1979, «año del eurocomunismo».

En una situación en que la burguesía europea está chocando con grandes dificultades, derivadas de la grave crisis económica y política y la revuelta de las masas, frente a las consecuencias de esta crisis, frente a la opresión y la explotación capitalistas, marcha en continuo ascenso, nada puede serle más útil a dicha burguesía que los puntos de vista antimarxistas y la actividad antiobrera de los eurocomunistas. Nada puede ayudar mejor a la estrategia del imperialismo para sofocar la revolución, minar las luchas de liberación y dominar el mundo, que las corrientes revisionistas pacifistas, capitulacionistas y colaboracionistas, entre las que se incluye el eurocomunismo.

La burguesía occidental no oculta su entusiasmo al ver que los revisionistas eurocomunistas se han alineado junto a los socialdemócratas y los fascistas, para atacar conjuntamente y con todas sus armas la revolución, el marxismo-leninismo el comunismo. Los capitalistas sienten una gran satisfacción al preparar sus nuevos administradores destinados a reemplazar gradualmente a los socialdemócratas, quienes, al haber permanecido por largos años en los aparatos del Poder burgués y haber combatido abiertamente a la clase obrera y

la causa del socialismo, han acabado en muchos países en las filas de la reacción extrema y se han comprometido por entero a los ojos de los trabajadores. Los socialdemócratas se han fusionado con la gran burguesía no sólo ideológica y políticamente, sino también desde el punto de vista social. Hoy la burguesía abraza muchas esperanzas en que los revisionistas eurocomunistas se conviertan en los principales guardianes del régimen capitalista, en abanderados de la contrarrevolución. Pero los grandes señores del capital se apresuran demasiado en tocar los clarines de la victoria.

Hace más de un siglo que el comunismo siembra el pánico entre la burguesía capitalista y los terratenientes, los imperialistas, los oportunistas y los renegados del marxismo-leninismo. Hace más de un siglo que el marxismo-leninismo viene orientando a los proletarios en sus batallas por derrocar el capitalismo y hacer triunfar el socialismo. Su triunfante bandera ondeó durante años en muchos países y los obreros, los campesinos, la intelectualidad popular, las mujeres y los jóvenes gozaron los frutos de aquella vida plena de libertad, justicia, igualdad y humanidad por la que habían luchado Marx, Engels, Lenin y Stalin. Si bien el socialismo fue derrocado en la Unión Soviética y en otros países donde la contrarrevolución triunfó, esto no demuestra que el marxismo-leninismo haya fracasado y sea inservible, como pretenden los burgueses y los revisionistas.

Los grandes dirigentes del proletariado Marx y Lenin han señalado y recalcado que la evolución no es una marcha triunfal en línea recta. Cosechará victorias pero también sufrirá derrotas, avanza con zigzags y va ascendiendo gradualmente. La historia del desarrollo de la sociedad humana demuestra que la sustitución de un sistema social por otro superior no se realiza en un solo día, sino que abarca toda una época histórica. Tampoco las revoluciones burguesas, que reemplazaron el sistema de explotación feudal por el capitalista, pudieron salvarse en numerosos casos de la contrarrevolución. Un ejemplo de ello lo constituye Francia, donde la revolución burguesa, no obstante ser la revolución más profunda y radical de la época, no logró instaurar ni consolidar de inmediato el régimen capitalista. Después de su primera victoria en 1789 la burguesía y las masas trabajadoras se vieron obligadas a alzarse de nuevo repetidas veces en revolución para derrocar a la monarquía feudal de los Borbones y el sistema feudal en general, e instaurar definitivamente el régimen burgués.

La época de las revoluciones proletarias acaba de empezar. La aparición del socialismo representa una necesidad histórica que emana del propio desarrollo objetivo de la sociedad. Esto es algo inevitable. Las contrarrevoluciones que se han producido, los obstáculos que salen al paso pueden prolongar por cierto tiempo la vida al caduco sistema explotador, pero son impotentes para contener el avance de la sociedad humana hacia su porvenir socialista.

El eurocomunismo trata de contraponer a la revolución una barricada de arbustos y espinos con el fin de proteger el sistema capitalista. Pero las llamas de la revolución han destruido y reducido a polvo y cenizas no sólo este tipo de barricadas, sino también fortalezas enteras erigidas por la burguesía.

Los revisionistas, en particular los eurocomunistas, no son los primeros en atacar el marxismo-leninismo y en lanzarle los mayores anatemas. La reacción burguesa y los imperialistas han asesinado, torturado y arrojado a las mazmorras a miles y cientos de miles

de comunistas y combatientes de la revolución que habían abrazado las ideas del marxismo-leninismo y luchaban por la liberación del proletariado y de los pueblos. Los fascistas han quemado en plazas públicas los libros de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y todavía en muchos países son pasados por las armas aquellos que son descubiertos con esos libros, musitando con admiración y esperanza sus nombres. No hay biblioteca que pueda dar cabida a tantos libros, revistas, periódicos y demás publicaciones que atacan el marxismo-leninismo; ningún cálculo ni suposición puede dar una idea exacta de la intensidad y amplitud de la propaganda anticomunista del imperialismo.

Pese a todo esto, el marxismo-leninismo no ha desaparecido. Vive y florece como ideología y como realidad, materializado en el sistema social socialista erigido según sus enseñanzas. Ejemplo de ello es Albania socialista, son los partidos marxista-leninistas, son los millones de obreros y campesinos que combaten a diario por derrocar a la burguesía, por la democracia y la liberación nacional. No hay fuerza, tortura, intriga ni engaño que pueda arrancar el marxismo-leninismo de la mente y el corazón de las personas.

La doctrina de Marx y Lenin no es un esquema elaborado en los despachos de los filósofos y de los politicastos. Esta doctrina refleja las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad. La gente del trabajo, aunque no conozca el marxismo leninismo, lucha para salvarse de la opresión y la explotación, para derrocar a los amos y tiranos, para vivir libre y gozar los frutos de su propio trabajo. Mas, conociendo las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin, encuentra el camino justo en esta lucha, la brújula que le orienta en la jungla capitalista, adquiere la luz que le ilumina su seguro porvenir socialista.

Los revisionistas quieren romper esta brújula, apagar esta luz y hacer perder esta perspectiva a los trabajadores.

Hasta hace poco los partidos revisionistas de Occidente estaban unidos en la campaña anticomunista jruschovista-imperialista en contra de Stalin. Hablaban con gran celo de la «liberación del stalinismo» para retornar supuestamente al leninismo, que, según ellos, había sido deformado por Stalin. Ahora preconizan la renuncia al leninismo «para unirse» a los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels.

El rápido ascenso por los peldaños de la traición al marxismo-leninismo, estos renegados pretenden presentarlo como un agotador ascenso a la montaña para encontrar la fuente de la verdad comunista. Pero los revisionistas, ya sean jruschovistas o eurocomunistas, combaten por igual, con la misma ferocidad y perfidia, tanto a Stalin como a Lenin y Marx.

El concentrar en un comienzo su fuego contra Stalin, dejando temporalmente de lado a Lenin, no pasaba de ser una simple táctica. Su lógica de clase indicaba a los imperialistas y los revisionistas que en un momento dado era preferible destruir primero el socialismo en la Unión Soviética, golpear en un comienzo el marxismo-leninismo allí donde había sido llevado a la práctica. La burguesía y la reacción comprendían que la degeneración capitalista de la Unión Soviética contribuiría en gran medida a su lucha por hacer degenerar a los partidos comunistas que no estaban en el Poder.

El nombre y la obra de Stalin estaban vinculados a la creación del Estado de la dictadura

del proletariado en la Unión Soviética y a la construcción del socialismo en este país. Al denigrar a Stalin y el sistema social por el cual éste luchó y trabajó durante toda su vida, la reacción y toda la escoria anticomunista no sólo pretendían destruir la base más grande y poderosa del socialismo, sino también el sueño comunista de cientos y cientos de millones de personas del mundo entero. Atacando a Stalin y su obra, pretendían inculcar en los combatientes de la revolución el espíritu de pesimismo, el amargo sentimiento de los que se decepcionan al ver que inconscientemente se han guiado por un ideal caduco.

Pero, a pesar de las grandes esperanzas que cifraron en su campaña contra Stalin y del triunfo de la contrarrevolución en la Unión Soviética y en otros países, la revolución no se aplastó, el marxismo-leninismo no desapareció, el socialismo no dejó de existir. Grande fue la traición jruschovista, pero jamás pudo arriar la gloriosa bandera del marxismo-leninismo, la que mantienen siempre en alto los auténticos revolucionarios, millones de personas que confían en su fuerza inagotable. Mientras el jruschovismo se desenmascaró como ideología contrarrevolucionaria de la restauración capitalista y como política de gran Estado para la dominación del mundo, el marxismo-leninismo continuó siendo la ideología que conduce al triunfo de la revolución y a la liberación de los pueblos.

Ahora los revisionistas se han vuelto contra el leninismo. Es natural hacerse la pregunta: ¿por qué se emprende este ataque contra el leninismo, y por qué son precisamente los eurocomunistas sus abanderados?

Así como Jruschov, que con su ataque a Stalin buscaba golpear la teoría y la práctica de la edificación del socialismo, los eurocomunistas, con su ataque a Lenin, quieren golpear la teoría y la práctica de la revolución proletaria. La obra de Lenin es muy vasta, mas es una obra que se ciñe precisamente a la preparación y la realización de la revolución. Por lo tanto, al igual que Jruschov no podía destruir el socialismo en la Unión Soviética sin quitar de en medio a Stalin, tampoco los eurocomunistas pueden sabotear y minar hasta el fin la revolución sin quitar a Lenin de la mente y el corazón de los trabajadores.

En su lucha por negar y denigrar el marxismo-leninismo, la burguesía ha tenido siempre a su lado, según las circunstancias, oportunistas de toda calaña, renegados de todos los colores. Todos ellos han predicado el fin del marxismo, considerándolo inadecuado a los nuevos tiempos, mientras que sus ideas «modernas» las han propagado como ciencia del futuro. Pero ¿qué fue de Proudhon, Lassalle, Bakunin, Bernstein, Kautsky, Trotski y sus secuaces? La historia no dice de ellos nada de positivo. Sus prédicas han servido únicamente para frenar y sabotear la revolución, para minar la lucha del proletariado y el socialismo. En su enfrentamiento con el marxismo-leninismo sufrieron sólo derrotas y todos fueron a parar al basurero de la historia. De este basurero les sacan de vez en cuando los oportunistas nuevos, tratando de hacer pasar por suyas las fórmulas y las tesis fracasadas y desacreditadas de sus predecesores, y oponerlas al marxismo-leninismo. Así actúan hoy también los eurocomunistas.

En sus esfuerzos por negar el marxismo-leninismo, presentándolo como «caduco» y so pretexto de encontrar teorías supuestamente nuevas para pasar al socialismo todos unidos, proletarios y burgueses, curas y policías, sin lucha de clases, sin revolución, sin dictadura del proletariado, los eurocomunistas no son ni los primeros ni originales.

Nuestro Partido del Trabajo ha analizado y desenmascarado desde hace tiempo las teorías antimarxistas y la actividad contrarrevolucionaria de los revisionistas yugoslavos y soviéticos. Asimismo, ha desbaratado los puntos de vista y las posiciones oportunistas y burguesas de los revisionistas chinos. Tampoco ha dejado de criticar la degeneración ideológica y organizativa de los partidos comunistas de Europa Occidental. Pero en este libro nos detendremos más detalladamente en analizar y criticar los conceptos y las tesis anticomunistas de la corriente revisionista, que está ocasionando un grave daño a la causa de la revolución y del socialismo no sólo en Europa, sino también en todo el mundo. Los padrinos capitalistas han bautizado esta corriente del revisionismo moderno de eurocomunismo, mientras que para nosotros, los marxistas-leninistas es anticomunismo.

LA NUEVA ESTRATEGIA IMPERIALISTA Y EL SURGIMIENTO DEL REVISIONISMO MODERNO

El oportunismo, aliado permanente de la burguesía

El surgimiento del revisionismo moderno, al igual que el del viejo revisionismo, constituye un fenómeno social que viene condicionado por diferentes y numerosas causas históricas, económicas, políticas, etc. Considerado en su conjunto, este fenómeno es producto de la presión de la burguesía sobre la clase obrera y su lucha. El oportunismo y el revisionismo han estado desde un comienzo estrechamente vinculados a la lucha de la burguesía y el imperialismo contra el marxismo-leninismo, han sido parte integrante de la gran estrategia capitalista orientada a minar la revolución y perpetuar el orden burgués. A medida que ha ido avanzando la causa de la revolución y el marxismo-leninismo se ha difundido entre las amplias masas populares, una mayor atención ha dedicado el imperialismo a la utilización del revisionismo como su arma preferida contra la ideología triunfante del proletariado, como arma para socavar esta ideología.

Así ocurrió en los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX cuando salieron a la luz el Manifiesto Comunista y las otras obras de Marx y Engels, y la influencia del marxismo entre las masas trabajadoras de Europa se había acrecentado. Fue precisamente en aquel momento cuando comienzan a difundirse la corriente reformista de los tradeunionistas en Inglaterra, los puntos de vista pequeño burgueses de Proudhon en Francia, las concepciones pequeñoburguesas de Lassalle en Alemania, las ideas anarquistas de Bakunin en Rusia y en otros países, etc. Este fenómeno se dio también después de los heroicos acontecimientos de la Comuna de París, cuando, aterrorizada hasta la médula por la propagación de su gran ejemplo, la burguesía instigó la nueva corriente oportunista de Bernstein, que trató de despojar el marxismo de su contenido revolucionario y hacerlo inocuo para la dominación política de la burguesía imperialista.

En los albores del siglo XX, cuando iban madurando las condiciones político ... económicas para la revolución y la toma del Poder por el proletariado, la burguesía dio todo su apoyo a la corriente oportunista de la II Internacional y la utilizó ampliamente en sus maniobras

para la preparación y el desencadenamiento de 'la Primera Guerra Mundial.

Después de la histórica victoria de la Revolución de Octubre, cuando el socialismo, de teoría y movimiento revolucionario se convirtió en sistema económico-social triunfante en una sexta parte del mundo, el capitalismo se vio obligado a cambiar de estrategia y de tácticas. Arreció la violencia y el terror en el interior de cada país, recurrió a los medios más feroces para reforzar su Poder, implantando incluso el fascismo.

Intensificó ante todo su demagogia y su propaganda con el fin de denigrar y deformar el marxismo-leninismo, inventando nuevas «teorías» seudomarxistas, calumniando a la Unión Soviética y preparándole la guerra. El imperialismo, escribía Lenin en ese entonces,

«siente que el bolchevismo ha pasado a ser una fuerza mundial, y precisamente por eso trata de asfixiarnos con la máxima rapidez, deseando acabar en primer lugar con los bolcheviques rusos para después hacer lo mismo con los propios»¹

En 1918, los imperialistas británicos, norteamericanos, franceses y japoneses comenzaron su intervención militar en Rusia. La guerra contra el primer Estado de los obreros y campesinos alineó en un solo campo a todas las fuerzas reaccionarias. Contra la Revolución de Octubre y el Poder proletario se abalanzaron también los oportunistas y los renegados del marxismo. Kautsky en Alemania, Otto Bauer y Karl Renner en Austria, Léon Blum y Paul Boncour en Francia, arremetieron furiosamente contra la Revolución de Octubre, contra la estrategia y la táctica leninistas de la revolución. Calificaron la Revolución de Octubre de ilegítima, de desviación del camino del desarrollo histórico, de alejamiento de la teoría marxista. Preconizaban la revolución pacífica, sin violencia y sin sangre, la toma del Poder a través de la mayoría en el parlamento; se oponían a la transformación del proletariado en clase dominante. Todos ellos elevaban por las nubes la democracia burguesa y atacaban la dictadura del proletariado.

Cuando la intervención armada contra la Rusia soviética hubo fracasado y la socialdemocracia no pudo evitar la creación de los nuevos partidos comunistas ni contener el gran ímpetu revolucionario de las masas trabajadoras de Europa, la burguesía cifró todas sus esperanzas en la ruptura del frente comunista desde dentro, buscando sus héroes entre los líderes del P.C. (b) de Rusia.

Los trotskistas salieron de nuevo con la «teoría de la revolución permanente», según la cual la construcción del socialismo en la Unión Soviética era imposible sin el triunfo de la revolución en los otros países. Se fusionaron en un frente único con la burguesía para combatir el socialismo. Por eso Stalin acentuaba con razón que se había creado un frente único hostil que abarcaba desde Chamberlain a Trotski. Contra el socialismo se abalanzaron también los de la «derecha», los bujarinistas, partidarios de la extinción de la lucha de clases, y de la posibilidad de integración del capitalismo en el socialismo.

¹ V. I. Lenin, Obras, ed. albanesa, t 28, pág. 239

La estrategia del imperialismo adquirió un carácter contrarrevolucionario y anticomunista más acentuado particularmente después de la Segunda Guerra Mundial como consecuencia del cambio de la correlación de fuerzas a favor del socialismo y la revolución, que estremeció desde sus cimientos a todo el sistema capitalista. Estos cambios colocaron a la orden del día la cuestión de la revolución y del triunfo del socialismo ya no en uno o dos países, sino en regiones y en continentes enteros. El imperialismo, acaudillado por el norteamericano, fundó esta vez sus mayores esperanzas en la militarización de toda su vida, en los bloques y pactos militares, a fin de intervenir por la violencia y desatar una guerra abierta contra el socialismo, contra los movimientos revolucionarios y de liberación de los pueblos. Grandes esperanzas depositó también en la reanimación y activación de todas las fuerzas oportunistas destinadas a minar y hacer degenerar desde dentro a los países socialistas y los partidos comunistas.

La victoria sobre el fascismo y la contraofensiva del imperialismo

Las potencias imperialistas y todo el capitalismo mundial provocaron e hicieron estallar la Segunda Guerra Mundial con el fin de dirigirla contra la Unión Soviética y el socialismo. Mas esta guerra, lejos de destruir el primer Estado socialista, significó para el imperialismo golpes y daños de tal magnitud que pusieron en tela de juicio la existencia de todo su sistema.

En los campos de batalla no sólo fueron derrotados los ejércitos del fascismo, sino también la ideología anticomunista del imperialismo mundial y la política contrarrevolucionaria del oportunismo internacional. Las potencias fascistas:

Alemania, Italia, Japón, que constituían la principal fuerza de choque del capitalismo internacional en su ataque al socialismo y al comunismo, fueron desbaratadas. Los imperios británico y francés, que hasta entonces habían hecho la «gran política» mundial, perdieron su poder y su peso y se pusieron a la zaga de la política de los Estados Unidos de América. El frente anticomunista se rajó de arriba abajo y el «cordón sanitario» impuesto a la Unión Soviética quedó hecho trizas.

La Unión Soviética, que llevo el mayor peso de la guerra y jugó un papel decisivo en la victoria sobre el fascismo y en la liberación de los pueblos subyugados, salió de esta guerra robustecida y con un prestigio internacional indiscutible. En su gran contienda con el imperialismo, el sistema socialista dio la histórica prueba de su superioridad, estabilidad e invencibilidad. Como resultado de las condiciones surgidas y de su lucha antifascista de liberación nacional, una serie de países, bajo la dirección de los partidos comunistas, se desprendieron del sistema capitalista y se encauzaron por la vía del socialismo. Fue creado el campo socialista, que constituyó el acontecimiento más importante después de la Revolución de Octubre.

En todos los países, los partidos comunistas cobraron un desarrollo sin precedentes. Permaneciendo al frente de la lucha contra el fascismo, probaron con la sangre de sus militantes y con sus actitudes que eran la fuerza política más consecuente y fiel a los intereses del pueblo y de la nación, los más resueltos combatientes por la libertad, la

democracia y el progreso. El marxismo leninismo se difundió por todo el mundo, el movimiento comunista internacional extendió su influencia y su autoridad a todos los continentes.

Las grandes ideas de libertad, independencia y liberación nacional, de las que estuvo impregnada la lucha antifascista, no penetraron sólo en Europa sino también en Asia, en África, en el continente latinoamericano. El triunfo sobre el fascismo y la creación del campo socialista despertaron a los pueblos de los países coloniales. El sistema colonial imperialista se sumió en su más profunda crisis. El poderoso movimiento de liberación nacional en las colonias, que abarcaban casi la mitad de la humanidad, estalló como un volcán. Las retaguardias del sistema capitalista, los regímenes coloniales y semicoloniales, comenzaron a desmoronarse. Debilitado por todas estas derrotas, el sistema imperialista comenzó a estremecerse desde sus cimientos.

Todos estos cambios constituían una gran victoria no sólo de la Unión Soviética, de los países de democracia popular y de los pueblos del mundo, sino también de la inmortal teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin, cuya vitalidad y justeza fueron corroboradas una vez más y con una nueva fuerza, en la mayor guerra que la humanidad ha conocido hasta el presente, en el curso de la cual se enfrentaron dos mundos, el socialista y el capitalista. Todos los cambios operados a partir de la Segunda Guerra Mundial confirmaron en la práctica las tesis de Marx y Lenin, según las cuales el mundo capitalista se encontraba en un proceso de putrefacción e iba hacia su hundimiento, mientras que la revolución y el socialismo estaban en ascenso.

Fueron estas grandes victorias del socialismo, de los pueblos y de la teoría marxista-leninista, las que obligaron al imperialismo mundial a elaborar su nueva estrategia defensiva y ofensiva para contener la creciente marejada de la revolución y de la lucha de los pueblos, para reforzar las tambaleantes bases del sistema capitalista.

La línea común elaborada por las potencias imperialistas después de la guerra, apuntaba en dos direcciones fundamentales:

Primera, dichas potencias movilizaron todas sus fuerzas y medios de que disponían para levantar su potencial económico, político y militar afectado por la guerra, para reforzar el sistema capitalista que trepidaba por el poderoso empuje de las luchas revolucionarias y de liberación de los pueblos. Se empeñaron en consolidar las alianzas anticomunistas existentes y establecer otras nuevas, y desplegaron grandes esfuerzos por conservar el colonialismo a través del neocolonialismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano se encontró en posiciones dominantes desde el punto de vista económico, y en cierta medida militar, con respecto a Europa y Asia, arruinadas por la guerra. La economía norteamericana militarizada era bastante poderosa. Los Estados Unidos de América pretendían establecer su propia hegemonía político-económico-militar en todo el mundo con el objetivo primordial de cercar y debilitar a la Unión Soviética, la cual había salido victoriosa de la Segunda Guerra Mundial y sin duda alguna iba a restablecerse con rapidez también desde el punto de vista económico y contribuir a la consolidación y progreso de los nuevos Estados

de democracia popular que se habían creado en Europa y Asia. Con este fin fueron elaboradas las tácticas imperialistas de la lucha político-ideológica, de la lucha económica y las tácticas militares. Estas últimas eran una continuación de los planes norteamericanos fraguados en el curso mismo de la Segunda Guerra Mundial, de esos planes que habían hecho de los Estados Unidos de América una gran potencia en la producción de armas modernas, la potencia que había descubierto y producido la bomba atómica, lanzada por primera vez sobre Hiroshima y Nagasaki.

Los Estados Unidos de América asumieron el leadership del mundo capitalista y el papel de su «salvador». Así, las pretensiones del imperialismo norteamericano de dominar el mundo pasaron a colocarse en primer plano. «La victoria en la Segunda Guerra Mundial, declaraba Harry Truman, que sucedió a Franklin Roosevelt en la presidencia de los Estados Unidos, colocó al pueblo norteamericano ante la necesidad permanente y urgente de convertirse en guía mundial». En esencia se trataba de un llamamiento de guerra contra la revolución y el socialismo, para conquistar nuevas posiciones dominantes en lo económico y militar a nivel mundial, para reanimar a sus socios y salvar el sistema colonial. En la realización de esta estrategia, recurrieron a la UNRRA, elaboraron el «Plan Marshall», crearon la OTAN y erigieron los otros bloques agresivos del imperialismo norteamericano.

Segunda, la cuestión fundamental para el capital estribaba en desplegar una actividad de zapa frontal contra la ideología marxista-leninista destinada a apartar de su influencia a los sectores más revolucionarios de los trabajadores, y hacer degenerar el socialismo.

A la par de la desenfrenada carrera armamentista, la militarización de la economía, los bloqueos económicos a los países socialistas, el imperialismo movilizó también ingentes medios propagandísticos, filósofos, economistas, sociólogos, escritores e historiadores en su rabiosa campaña contra la revolución y el socialismo, a fin de presentar el capitalismo y el Estado capitalista como reformados, como «capitalismo popular», como «Estado del bienestar general», etc. La burguesía aprovechó asimismo las coyunturas económicas favorables de la postguerra para alardear del «florecimiento del capitalismo», difundir entre las masas la ilusión de la supuesta desaparición de las crisis, la anarquía, el paro forzoso y otras lacras del capitalismo, de la supuesta superioridad del capitalismo sobre el socialismo, que era presentado como un sistema «totalitario» ubicado tras el «telón de acero», etc.

Con el objetivo de obstaculizar la lucha de liberación de los pueblos, sofocar la revolución proletaria, destruir el socialismo, defender y consolidar sus propias posiciones, la burguesía, en momentos de agonía y de crisis general de su sistema capitalista, instiga, alienta y moviliza, además de otros medios, a las diversas corrientes oportunistas y revisionistas. Estos enemigos del proletariado y de la revolución ponen en tensión todas sus fuerzas para golpear ante todo al marxismo-leninismo, ideología que hace consciente a la clase obrera de su estado social y de su misión histórica, a fin de deformar esta ideología, hacerla inofensiva para la burguesía e inservible para el proletariado. Este papel infame y traidor asumieron una vez más las nuevas corrientes del revisionismo que aparecieron después de la Segunda Guerra Mundial y que, sumariamente, fueron llamadas «revisionismo moderno».

El revisionismo moderno, continuación de las teorías antimarxistas de los partidos de la II

Internacional, de la socialdemocracia europea, se adecuó a los tiempos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Su origen está en la política hegemónica del imperialismo norteamericano. Las variantes y las corrientes del revisionismo moderno tienen las mismas bases y la misma estrategia, y sólo se diferencian por las tácticas que aplican y por las formas de lucha que emplean.

El revisionismo moderno en el Poder, nueva arma de la burguesía contra la revolución y el socialismo

La nueva corriente que precedió al revisionismo moderno en el Poder fue el browderismo. Esta corriente surgió en los Estados Unidos de América y tomó ese nombre del ex secretario general del Partido Comunista de los EE.UU., Earl Browder.

En 1944, cuando en el horizonte se perfilaba claramente la victoria de los pueblos sobre el fascismo, Browder salió públicamente con un programa totalmente reformista. Fue el primer pregonero de aquella línea ideológica y política de capitulación que el imperialismo norteamericano trataría de imponer a los partidos comunistas y a los movimientos revolucionarios. So pretexto del supuesto cambio de las condiciones históricas del desarrollo del capitalismo y de la situación internacional, Browder declaró «caduco» el marxismo leninismo y lo calificó de sistema de dogmas y esquemas rígidos.

Browder predicaba la renuncia a la lucha de clases, la conciliación de clases a nivel nacional e internacional. Juzgaba que el capitalismo norteamericano ya no era reaccionario, que podía remediar los males de la sociedad burguesa y desarrollarse siguiendo la vía democrática, en pro del bienestar de los trabajadores. Ya no veía el socialismo ni como ideal, ni como objetivo a alcanzar. De su campo de miras había desaparecido totalmente el imperialismo norteamericano, su estrategia y su política. Los grandes monopolios, pilares de este imperialismo, constituían para Browder una fuerza impulsora del desarrollo económico, social y democrático del país. Browder negaba el carácter de clase del Estado capitalista y consideraba la sociedad norteamericana como una sociedad única y armónica, sin antagonismos sociales, como una sociedad en la que reina la comprensión y la colaboración de Clases. Sobre la base de estas concepciones, Browder rechazaba igualmente la necesidad de la propia existencia del partido revolucionario de la clase obrera. Browder pasó a ser asimismo el promotor de la disolución del Partido Comunista de los Estados Unidos de América, en 1944.

«Los comunistas - escribía- prevén que sus objetivos políticos prácticos serán por un largo tiempo y en todas las cuestiones fundamentales, idénticos a los objetivos de una mayor masa de no comunistas, por tanto nuestros actos políticos se fundirán en movimientos de mayor envergadura. Es por esto que la existencia de un partido político específico de los comunistas ya no sirve a un objetivo práctico, sino que por el contrario, podría convertirse en un obstáculo para conseguir una más amplia unidad. Por eso, los comunistas disolverán su propio partido político y encontrarán una forma organizativa diferente y nueva, y un nuevo nombre que se adapte mejor a las tareas del día y a la estructura política a través de la cual deben llevarse a cabo dichas tareas.»²

2 E. Browder, Teheran, Our Path in War and Peace, New York, 1944, pág 117

Como punto de partida para justificar la formulación de sus teorías burguesas liquidacionistas, Browder tomó la Conferencia de las potencias aliadas celebrada en Teherán en 1943, de cuyos resultados hizo un análisis y una interpretación antimarxistas y totalmente tergiversados.

Browder consideró el acuerdo de los aliados antifascistas para llevar hasta el fin la guerra contra Alemania fascista, como el inicio de una nueva época histórica, donde el socialismo y el capitalismo habían encontrado la vía de colaboración en «un mundo único e idéntico», como él se expresaba. Browder planteó como tarea que el espíritu de colaboración y coexistencia pacífica entre las potencias aliadas que surgió de Teherán, debía aplicarse no sólo entre el Estado socialista soviético y los Estados capitalistas, sino también en el interior de cada país capitalista, en las relaciones entre las clases antagónicas. Las diferencias de clase y los grupos políticos no tienen ya, «ninguna importancia», declaraba Browder. Como único objetivo que debían fijarse los comunistas, postulaba la «unidad nacional» llevada a cabo sin incidentes, en un ambiente de paz de clases, esa unidad que concebía como un bloque que acoge a los grupos del capital financiero, a las organizaciones de los monopolistas, a los partidos republicanos, una forma organizativa diferente y nueva, y unidas a los movimientos sindicales, a los que sin excepción alguna consideraba como fuerzas «democráticas y patrióticas».

En aras de esta unidad, Browder declaraba que los comunistas deben estar dispuestos a sacrificar incluso sus propias convicciones, su ideología y sus intereses particulares, que, en lo que a los comunistas norteamericanos concierne, han tenido una observancia primordial en cuanto a esta regla. «Nuestros objetivos políticos, que son idénticos a los de la mayoría de los norteamericanos, -proseguía- trataremos de presentarlos a través de la estructura existente de los partidos de nuestro país, que es, en su conjunto, el «sistema bipartito» específicamente norteamericanos».³

Impresionado por el desarrollo relativamente pacífico del capitalismo norteamericano después de las conocidas reformas emprendidas por el presidente norteamericano Roosevelt para salir de la crisis económica de principios de los años treinta, así como por el vertiginoso ascenso de la producción y la creación de puestos de trabajo durante el período de guerra, Browder extrajo la conclusión de que el capitalismo norteamericano se había renovado, iba a desarrollarse sin crisis, iba a elevar el bienestar general, etc.

Consideró el sistema económico norteamericano como un sistema en condiciones de resolver todas las contradicciones y problemas de la sociedad, de satisfacer todas las exigencias de las masas. Puso en un plano de igualdad el comunismo y el americanismo y declaró que «el comunismo es el americanismo del siglo XX». Todos los países capitalistas desarrollados, según Browder, utilizando la democracia burguesa, cuyo modelo debería ser la democracia norteamericana, podrán resolver cualquier conflicto y pasar gradualmente al socialismo.

Por eso Browder consideraba como tarea de los comunistas norteamericanos asegurar el funcionamiento normal del régimen capitalista y declaraba abiertamente que estaban

3 E. Browder, Teheran, Our Path in War and Peace, New York, 1944, pág 118

dispuestos a colaborar para asegurar el funcionamiento eficaz del régimen capitalista en el período de postguerra, para «aliviar al máximo las cargas que recaen sobre el pueblo». Estos alivios, según él, serían obra de los capitalistas norteamericanos «razonables», a quienes los comunistas debían ofrecer su amistad.

De acuerdo con sus concepciones ultraderechistas y sometándose a las presiones de la burguesía, Browder, después de disolver el partido comunista, proclamó en mayo de 1944 la creación de una sociedad cultural ilustrada, denominada «asociación política comunista», que viniera a sustituir al partido, justificando este paso con el argumento de que supuestamente la tradición norteamericana requería la existencia de dos únicos partidos. Esta asociación, organizada como una red de clubs, se ocuparía principalmente de «actividades educativas y políticas a nivel nacional, regional y local».

En los estatutos de dicha asociación se decía: «La asociación política comunista es una organización de los norteamericanos que no tiene carácter de partido y que, apoyándose en la clase obrera, lleva adelante las tradiciones de Washington, Jefferson, Payne, Jackson y Lincoln, en las condiciones diferentes de la sociedad industrial moderna»; que esta asociación «defiende la Declaración de Independencia, la Constitución de los Estados Unidos y la Carta de Derechos, así como las realizaciones de la democracia norteamericana contra todos los enemigos de las libertades populares».⁴ Browder borró todos los objetivos del movimiento comunista. En el programa de la asociación no se hacía mención ni del marxismo-leninismo, ni de la hegemonía del proletariado, ni de la lucha de clases, ni de la revolución, ni del socialismo. Sus únicos objetivos pasaron a ser la unidad nacional, la paz social, la defensa de la Constitución burguesa y el incremento de la producción capitalista.

De ese modo Browder pasó, de la revisión abierta de las cuestiones fundamentales del marxismo-leninismo, de la estrategia y la táctica revolucionarias, a la liquidación organizativa del movimiento comunista en los Estados Unidos de América. A pesar de que en junio de 1945, en su XIII Congreso, el partido fue reconstruido y se rechazó formalmente la línea oportunista de Browder, jamás la influencia de éste desapareció del Partido Comunista de los EE.UU. Más tarde, especialmente a partir de 1956, las ideas de Browder florecieron de nuevo y John Hays, en su artículo titulado «Llegó el momento de cambios»⁵, exigía, en el espíritu del browderismo, que el Partido Comunista de los EE.UU. se transformase una vez más en una asociación cultural, de propaganda. Y así es de hecho el actual Partido Comunista de los EE.UU., una organización donde rige el revisionismo browderiano en simbiosis con el revisionismo jruschovista.

Con sus ideas revisionistas acerca de la revolución y el socialismo, Browder prestó una directa ayuda al capitalismo mundial. Según Browder, el socialismo surge únicamente de una gran calamidad, de alguna catástrofe y no como resultado inevitable del desarrollo histórico. «Nosotros -decía- no deseamos ninguna catástrofe para Norteamérica, aunque dicha catástrofe conduzca al socialismo». Presentando la perspectiva del triunfo del socialismo como algo muy lejano, abogaba por la colaboración de clases en la sociedad norteamericana y en todo el mundo. La única alternativa, según él, era el desarrollo evolucionista, a través de reformas y con la ayuda de los Estados Unidos de América.

4 The Paht to Peace, Progress and Prosperity, New York, 1944, págs. 47, 48.

5 Political Affairs, octubre 1956.

Según Browder, los Estados Unidos de América, que disponían de un poder económico colosal, de un gran potencial científico y técnico, debían ayudar a los pueblos del mundo, incluyendo a la Unión Soviética, en su «desarrollo». Esa «ayuda», decía Browder, serviría para que Norteamérica mantuviese elevados ritmos de producción también en la postguerra, garantizara el pleno empleo y salvaguardara la unidad nacional por muchos años. Con este fin, Browder aconsejaba que los magnates de Washington creasen «una serie de corporaciones industriales gigantes para el desarrollo de diversas regiones atrasadas y arruinadas del mundo, en Europa, África, Asia y América Latina».⁶ «Si es que podemos enfrentar la realidad sin vacilar y hacer renacer en el sentido moderno de la palabra las grandes tradiciones de Jefferson, Paytie y Lincoln, entonces Norteamérica podrá presentarse unida ante el mundo, asumiendo un papel de guía para salvar a la humanidad».⁷ De esta manera Browder pasó a ser el portavoz y propagandista de la gran estrategia del imperialismo norteamericano, de sus teorías y sus planes neo colonialistas y expansionistas.

El browderismo prestaba un servicio directo al «Plan Marshall», mediante el cual los Estados Unidos de América trataban de establecer su hegemonía económica en los diversos países de Europa devastados por la guerra, en los países de Asia, de África, etc. Browder sostenía que los países del mundo y en particular los países de democracia popular y la Unión Soviética debían ablandar su política marxista-leninista y aceptar la ayuda «altruista» de los Estados Unidos de América, que según él cuentan con una gran economía y disponen de grandes excedentes que pueden y deben servir a todos los pueblos.

Sus puntos de vista antimarxistas y contrarrevolucionarios, Browder trató de presentarlos como línea general del movimiento comunista internacional. Al igual que todos los revisionistas anteriores, so pretexto del desarrollo creador del marxismo y de la lucha contra el dogmatismo, trató de argumentar que la nueva época surgida después de la Segunda Guerra Mundial exigía que el movimiento comunista revisara sus anteriores convicciones ideológicas y renunciase a las «fórmulas y prejuicios caducos», que, según él, «no van a ayudarnos en absoluto a encontrar nuestro camino en el mundo nuevo». Este era un llamamiento a abandonar los principios del marxismo leninismo.

Los puntos de vista de Browder chocaron con la oposición de los partidos comunistas de muchos países, y con la de los propios comunistas revolucionarios norteamericanos. El browderismo fue desenmascarado con relativa rapidez como un revisionismo sin máscara, como una abierta corriente liquidacionista, como agencia ideológica directa del imperialismo norteamericano.

El browderismo ocasionó un grave daño al movimiento obrero y comunista en los Estados Unidos de América y en algunos países de América Latina. En el seno de algunos viejos partidos comunistas de América Latina se produjeron conmociones y escisiones que tuvieron su origen en la actividad de los elementos oportunistas, los cuales, cansados de la lucha revolucionaria, se aferraron a las ramas que les tendía el imperialismo norteamericano para sofocar las revueltas populares, la revolución y carcomer a los partidos que educaban y preparaban a los pueblos para la revolución.

⁶ The Paht to Peace, Progress and Prosperity, New York, 1944, págs. 21.

⁷ E. Browder, Teheran, Our Path in War and Pace, New York, 1944, pág 128

En Europa, el browderismo no obtuvo el éxito de América del Sur, mas esta semilla del imperialismo norteamericano no quedó sin germinar en los elementos reformistas, antimarxistas y antileninistas enmascarados que esperaban o preparaban los momentos propicios para desviarse abiertamente de la ideología científica marxista-leninista.

Aunque en su tiempo el browderismo no pudo convertirse en una corriente revisionista de grandes proporciones internacionales, sus puntos de vista fueron reanimados y asimilados por los demás revisionistas modernos que le sucedieron. Estos puntos de vista, bajo diversas formas, permanecen en la base de las plataformas políticas e ideológicas de los revisionistas chinos y yugoslavos, así como de los partidos eurocomunistas de Europa Occidental.

A la estrategia americana de «frenar el comunismo» y establecer la hegemonía de los Estados Unidos de América en el mundo capitalista de postguerra no sólo se ajustaba el browderismo, sino también el pensamiento Mao Tse-tung, las teorías y la línea a las que se atenia la dirección china.

A comienzos del año 1945, cuando Browder apareció en escena y cuando con Truman tomaba plena forma la nueva estrategia norteamericana, tuvo lugar el VII Congreso del Partido Comunista de China. En los estatutos aprobados en este congreso se decía: «El Partido Comunista de China se guía en toda su actividad por las ideas de Mao Tse-tung». Comentando esta decisión en su informe que presentó al congreso, Liu Shao-chi declaraba que Mao Tse-tung había rechazado muchos conceptos caducos de la teoría marxista y los había sustituido con nuevas tesis y conclusiones. Según Liu Shao-chi, Mao Tse-tung había realizado la «chinificación» del marxismo. «Las ideas de Mao Tse-tung, declaraba Liu Shao-chi, son el marxismo chino».

Estas «tesis y conclusiones nuevas», esta «chínificación» del marxismo no tenían nada que ver con la aplicación creadora del marxismo-leninismo en las condiciones concretas de China, sino con la negación de sus leyes universales básicas. Mao Tse-tung y sus secuaces tenían una visión de demócratas burgueses en cuanto al desarrollo de la revolución en China. No estaban por la transformación de ésta en revolución socialista. Un modelo para ellos lo constituía la «democracia americana» y en la edificación de la nueva China contaban apoyarse en el capital norteamericano.

Las ideas de Mao Tse-tung tenían mucha afinidad con los puntos de vista oportunistas de Browder, el cual, hay que decir, había estudiado y comprendido bien las concepciones antimarxistas de los dirigentes chinos.

«El que se denomina campo «comunista» en China, porque está dirigido por miembros destacados del Partido Comunista de China -escribía Browder- está más próximo a la noción norteamericana de democracia, que el denominado campo del Kuomintang. Está más próximo desde cualquier punto de vista, incluso en el de dar mayor campo de acción a la «libre iniciativa» en la vida económica.»⁸

8 E. Browder, Teheran, Our Path in War and Peace, New York, 1944, pág 26

Mao Tse-tung era partidario de un desarrollo libre, ilimitado, del capitalismo en China en el período del Estado de tipo de «nueva democracia» como denominaba al régimen que se establecerá después de la retirada de los japoneses. «Algunos creen, afirmaba en el VII Congreso del PC de China, que los comunistas están contra el desarrollo de la iniciativa privada el desarrollo del capital privado, la defensa de la propiedad privada. Realmente no es así. La tarea del régimen de la nueva democracia, por cuya instauración estamos luchando, es precisamente la de garantizar a los amplios círculos chinos la posibilidad de desplegar libremente su iniciativa privada en la sociedad, de desarrollar libremente la economía capitalista privada», De esta manera Mao Tse-tung hace suyo el concepto antimarxista de Kautsky, según el cual en los países atrasados no puede realizarse la transición al socialismo sin pasar por un largo período de libre desarrollo del capitalismo que prepare las condiciones para una transición posterior al socialismo. De hecho, el denominado régimen socialista que Mao Tse-tung y su grupo instauraron en China, era y continuó siendo un régimen democrático-burgués.

La línea que comenzó a seguir la dirección china con Mao Tse-tung al frente para frenar la revolución en China y cortar su perspectiva socialista, en la práctica ayudaba al imperialismo norteamericano, que buscaba extender su dominación, y a las otras potencias imperialistas que trataban de conservar sus antiguos dominios.

En los años de la postguerra cobró un gran ímpetu el movimiento de liberación nacional anticolonialista en todos los continentes. Los imperios coloniales inglés, francés, italiano, holandés, belga se iban desmoronando uno tras otro bajo los embates de las insurrecciones populares en las colonias. Las revoluciones en estos países eran en su mayoría democrático-burguesas. Pero en algunos de ellos existían posibilidades objetivas para que la revolución evolucionara y tomase carácter socialista. Con sus puntos de vista y sus acciones, Mao Tse-tung preconizaba la desviación de las revoluciones antiimperialistas de su justo camino de desarrollo, buscaba que éstas se quedasen a mitad de camino, que no se salieran del marco burgués, que se perpetuara el sistema capitalista. Las «teorías» de Mao Tse-tung ocasionaban un gran daño, más si tenemos en cuenta la importancia de la revolución china y su influencia en los países coloniales.

La línea de Mao propugnaba que China y, como ella, Indochina, Birmania, Indonesia, la India, etc., se apoyaran en los Estados Unidos de América, en el capital y la ayuda norteamericanos, para promover su desarrollo. Esto significaba aceptar la nueva estrategia que se había formulado en los departamentos de Washington y que también Browder había comenzado a predicarla a su manera.

Los puntos de vista, actitudes, acciones y demandas de Mao Tse-tung hacia los Estados Unidos de América los han descrito minuciosamente los enviados de este país al estado mayor de Mao Tse-tung en los años 1944-1949. Uno de éstos es John Service, consejero político del comandante de las fuerzas militares norteamericanas en el frente birmano-chino y posteriormente secretario de la embajada norteamericana adjunta a Chiang Kai-shek en Chunchin. Este era uno de los primeros agentes norteamericanos de espionaje que tomó contacto oficial con la dirección del Partido Comunista de China, mientras que sus contactos no oficiales los había tenido desde siempre.

Hablando de los dirigentes chinos, Service afirma: «Su concepción del mundo te da la impresión de que es una concepción moderna. Su manera de comprender las cuestiones económicas, por ejemplo, es muy similar a la nuestras»⁹ «No es ninguna sorpresa, prosigue, que los chinos hayan dejado una impresión positiva en muchos o en todos los norteamericanos que se han entrevistado con ellos en los últimos siete años; su comportamiento, su forma de pensar y su planteamiento directo de los problemas, parece más bien norteamericano que oriental.»¹⁰

Las concepciones liquidacionistas de Browder sobre el partido, en esencia se encuentran también en las teorías de Mao Tse-tung. Al igual que el comunismo chino era un comunismo incoloro, también el Partido Comunista de China, de comunista sólo tenía el nombre. Mao Tse-tung no se ha molestado en hacer de su partido un auténtico partido proletario, marxista-leninista. Por su composición de clase, su estructura y su construcción organizativa y por la ideología que lo inspiraba, el Partido Comunista de China no ha sido un partido de tipo leninista. Y ni siquiera ese partido contaba para Mao Tse-tung. Este actuaba a su antojo, y durante la llamada Revolución Cultural lo disolvió por completo, concentrando todo el Poder en sus manos y colocando el ejército al frente de todos los asuntos.

Tal como Browder, que presentaba el americanismo como modelo ideal de la sociedad futura, Mao Tse-tung consideraba la democracia norteamericana como el más alto ejemplo de organización estatal y social para China. Mao Tse-tung le confesaba a Service: «Por encima de todo, los chinos les consideramos a ustedes, los norteamericanos, como el ideal de la democracias.»¹¹

Al mismo tiempo que aceptaban la democracia norteamericana, los dirigentes chinos buscaban estrechos y directos lazos con el capital norteamericano, solicitaban la ayuda económica norteamericana. Service escribe que Mao Tse-tung le había dicho: «China debe industrializarse. Esto sólo se podrá lograr a través de la iniciativa privada y la ayuda del capital extranjero. Los intereses norteamericanos y chinos están entrelazados y son similares. (...) Los Estados Unidos de América encontrarán en nosotros un mayor espíritu de colaboración que en el Kuomintang. No nos asusta la influencia de la democracia norteamericana, la aceptamos de buen grado (...) Norteamérica no debe dudar de nuestra disposición a colaborar. Debemos colaborar y precisamos la ayuda norteamericanas»¹²

Estas declaraciones y demandas las estamos oyendo a diario de boca de los discípulos y colaboradores de Mao Tse-tung como Teng Siao-ping, Jua Kuo-feng y otros, que están materializando los vínculos multilaterales con el imperialismo norteamericano, vínculos con que Mao Tse-tung había soñado y había comenzado a establecer. Ahora la estrategia china está orientada por completo hacia la colaboración general y particular con los Estados Unidos de América y el capitalismo mundial, los cuales comenzaron a respaldar políticamente a China, a influirle ideológicamente para que eliminase toda huella de

9 J. Service, *Lost Chance in China*, New York, 1947, pág 195.

10 J. Service, *Lost Chance in China*, New York, 1947, pág 198.

11 J. Service, *Lost Chance in China*, New York, 1947, pág 303.

12 J. Service, *Lost Chance in China*, New York, 1947, pág 307.

marxismo-leninismo de la mente y el corazón de las gentes sencillas y emprendiera de este modo profundas transformaciones político-organizativas hacia el sistema capitalista, ya fuesen en el terreno económico, en el de la organización estatal o en el del partido.

Objetivamente, toda la línea de Mao Tse-tung en relación con la edificación de China y su concepción del desarrollo de los países liberados del colonialismo redundaban en favor de la orientación estratégica del imperialismo norteamericano y se atenían a ella.

Si entre China y los Estados Unidos de América no se estableció desde un comienzo una estrecha colaboración, fue debido a que en la Norteamérica de los años de postguerra había triunfado el lobby Chiang Kai-shek. En aquella época la «guerra fría» estaba en su apogeo y en Norteamérica dominaba el maccarthismo. Por otro lado los Estados Unidos de América, nada más acabada la guerra, dieron prioridad a Japón, pensando que un primer paso debía ser el ayudar o someter a este país, y esto desde cualquier punto de vista, hacerlo su aliado poderoso y obediente, restaurar su economía y transformarlo en un gran bastión contra la Unión Soviética y, eventualmente, contra la China de Mao Tse-tung. Según parece, los Estados Unidos de América no se sentían tan sobrados como para atender en ayudas a todos los países del mundo y prepararlos contra la Unión Soviética, contra el sistema del socialismo, por eso se inclinaron por Europa y Japón, donde las destrucciones eran considerables y el socialismo constituía una amenaza para el capital mundial.

Indudablemente, estos factores han hecho que los cabecillas del imperialismo norteamericano no estrecharan de inmediato la mano que les había tendido Mao Tse-tung. Debía transcurrir bastante tiempo, los dirigentes revisionistas chinos debían dar nuevas pruebas de «amor» por Norteamérica, para que Nixon viajara a Pekín y los norteamericanos y todos los demás comprendiesen que China nada tenía que ver con el socialismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en la gran campaña del imperialismo norteamericano y las demás fuerzas reaccionarias agrupadas en torno suyo para combatir el socialismo y la revolución, se unieron también los revisionistas yugoslavos. La corriente yugoslava, que representaba el revisionismo en el Poder, apareció en un momento crucial de la lucha entre el socialismo y el imperialismo.

El período posterior a la Segunda Guerra Mundial no podía ser un período de calma, y no sólo para el imperialismo sino tampoco para el socialismo. En las nuevas condiciones creadas, el imperialismo tenía que afrontar situaciones fatales para su existencia, mientras que el socialismo debía consolidarse, irradiar y conceder su ayuda en un justo camino a la liberación y al progreso de los pueblos del mundo. Era el momento no sólo de curar las heridas de la guerra, sino también de desplegar correctamente la lucha de clases, tanto en los países donde el proletariado había tomado el Poder, como en la arena internacional. La victoria sobre el fascismo se había alcanzado, pero la paz era relativa, la guerra proseguía por otros medios.

Los países socialistas y sus partidos comunistas se planteaban la tarea de consolidar las victorias en la vía marxista-leninista, convertirse en ejemplo y modelo para los pueblos y los demás partidos comunistas que no estaban en el Poder. Los partidos comunistas de los países socialistas debían, asimismo, templarse ulteriormente en la ideología marxista-

leninista, procurando que ésta no se convirtiera en un dogma, sino que siguiera siendo, tal como es en efecto, una teoría revolucionaria para la acción, un instrumento para lograr profundas transformaciones sociales. Después de la histórica victoria sobre la coalición fascista, los países socialistas y los partidos comunistas en particular, no debían envanecerse, creerse infalibles y olvidar o debilitar la lucha de clases. Stalin tenía presente este importante momento cuando subrayaba la necesidad de proseguir la lucha de clases en el socialismo.

Precisamente en estas circunstancias fue cuando los titistas salieron contra el marxismo leninismo. El titismo no se quitó desde un comienzo la máscara en su lucha contra la revolución, contra el socialismo, por el contrario trató de seguir enmascarado en su obra de preparar el terreno para desviar Yugoslavia hacia el camino capitalista y transformarla en un instrumento del imperialismo mundial.

Es un hecho conocido que el titismo se inclinaba en lo espiritual, ideológico y político hacia Occidente, hacia los Estados Unidos de América, que desde el principio mantenía numerosos contactos políticos y realizaba combinaciones secretas con los ingleses y otros representantes del capitalismo mundial. Los dirigentes yugoslavos abrieron de par en par las puertas a la UNRRA, a través de la cual y so pretexto de la ayuda que les daba en trapos y alimentos, almacenados como stocks desde la época de la guerra, los imperialistas norteamericanos e ingleses trataban de infiltrarse en muchos países del mundo y especialmente en los países de democracia popular. Los imperialistas querían preparar un terreno más o menos apropiado con vistas a emprender acciones futuras de mayor envergadura. Los yugoslavos se aprovecharon bien de los regalos de la UNRRA, pero ésta a su vez logró ejercer su influencia sobre los mecanismos estatales no bien consolidados del Estado yugoslavo recién constituido.

El imperialismo norteamericano y toda la reacción internacional apoyaron sin reservas al titismo desde un primer momento ya que vieron en él, la vía, la ideología y la política que conducían a la degeneración de los países del campo socialista, a escindirlos y romper su unidad con la Unión Soviética. La actividad del titismo coincidía enteramente con el objetivo del imperialismo norteamericano de socavar el socialismo desde dentro. Mas el titismo serviría a la estrategia del imperialismo también para paralizar las luchas de liberación y aislar del movimiento revolucionario a los nuevos Estados que acababan de sacudirse el yugo colonial.

Desde un primer momento, los revisionistas yugoslavos se opusieron a la teoría y la práctica del verdadero socialismo de Lenin y Stalin en todas las cuestiones y en todos los campos. Tito y su grupo ligaron Yugoslavia al mundo capitalista y asumieron la tarea de transformarlo todo en este país, la política, la ideología, la organización estatal, la organización de la economía, la organización del ejército, al estilo de los Estados capitalistas occidentales. Se proponían transformar Yugoslavia lo antes posible en un país burgués-capitalista. Las ideas de Browder, que eran las del capitalismo norteamericano, encajaron en la plataforma político-ideológica del titismo.

En primer lugar, los titistas revisaron los principios fundamentales del marxismo-leninismo acerca del papel y la misión del Poder revolucionario y del partido comunista en la

sociedad socialista. Atacaron la tesis marxista sobre el papel dirigente del partido comunista en todos los campos de la vida en el sistema de dictadura del proletariado. Siguiendo el ejemplo de Browder en Norteamérica, los titistas liquidaron prácticamente el partido y no sólo por cambiarle de nombre, al que calificaron de Liga de los Comunistas, sino por modificar sus objetivos, sus funciones, la organización y el papel que este partido debía desempeñar en la revolución y en la edificación del socialismo. Los titistas transformaron el partido en una asociación de educación y de propaganda. Despojaron al Partido Comunista de Yugoslavia de su espíritu revolucionario y, de tacto, llegaron al extremo de hacer desaparecer la influencia del partido, elevando por encima de éste el papel del Frente Popular.

En la cuestión cardinal del partido, el factor de dirección en la revolución y en la construcción del socialismo, entre el browderismo y el titismo existe una comunidad de puntos de vista políticos, ideológicos y organizativos. Dado que el titismo, al igual que el browderismo, es liquidacionista y antimarxista en el terreno decisivo del papel de vanguardia del partido de la clase obrera en la revolución y en la edificación del socialismo, lo es también en los demás terrenos.

La semejanza de los puntos de vista de los titistas con los de Browder aparece también en la actitud hacia la «democracia norteamericana», la cual tomaron como modelo para edificar el sistema político en Yugoslavia. El propio Kardelj ha admitido que este sistema «...es parecido a la forma de organización del Poder ejecutivo en los Estados Unidos de América».¹³

Después de liquidar el partido y romper con la Unión Soviética y los países de democracia popular, Yugoslavia se debatió en un caos de actividades económicas y organizativas. La propiedad estatal, los titistas la proclamaron como «social» y bajo la consigna anarcosindicalista: «las fábricas a los obreros», camuflaron las relaciones capitalistas de producción y pusieron los destacamentos de la clase obrera unos contra otros. A la colectivización de los pequeños productores que se le denominó el «modelo ruso», opusieron el «modelo norteamericano» de la creación de las granjas capitalistas y el fomento de las haciendas campesinas privadas.

Esta transformación en los terrenos económico, político e ideológico traería aparejada, naturalmente, como de hecho ocurrió, la transformación continua de la organización estatal, de la organización del ejército, de la organización de la enseñanza y la cultura. En los años 50 proclamaron el llamado socialismo de autogestión, que fue utilizado para disfrazar el régimen capitalista. Este «socialismo específico», según ellos, se construiría apoyándose, no en el Estado socialista, sino en los productores directos. Sobre esta base propugnaron la extinción del Estado ya en el socialismo, negando la fundamental tesis marxista leninista sobre la necesidad de la existencia de la dictadura del proletariado durante todo el período que media entre el capitalismo y el comunismo.

Para justificar su vía de traición y tratando de engañar a la gente los titistas se presentaron como «marxistas creadores» que se oponían sólo al «stalinismo», mas no al marxismo-

¹³ E. Kardelj, Las direcciones del desarrollo del sistema político de autogestión socialista, Rilindja, Prishtina, 1978, pág. 235

leninismo. Así, se confirmó una vez más que la consigna del «desarrollo creador del marxismo y de la lucha contra el «dogmatismo» es la consigna preferida y común a toda variante del revisionismo.

Los Estados Unidos de América, Inglaterra, la socialdemocracia europea, etc., dieron a la Yugoslavia titista una múltiple ayuda política, económica, militar y la mantuvieron en pie. La burguesía no se oponía a que Yugoslavia conservara su apariencia socialista, incluso estaba interesada en ello. Solamente que este tipo de «socialismo» debía diferir fundamentalmente del socialismo previsto y edificado por Lenin y Stalin, al que los revisionistas yugoslavos comenzaron a atacar, a calificarlo de «forma inferior del socialismo», de «socialismo estatista», «burocrático» y «antidemocrático». El «socialismo» yugoslavo debía ser una sociedad híbrida capitalista-revisionista, pero esencialmente burgués-capitalista. Debía ser un «caballo de Troya» para introducirse también en los demás países socialistas, con el fin de alejarlos del camino del socialismo y ligarlos al imperialismo.

Efectivamente, el titismo pasó a ser el inspirador de los elementos revisionistas y oportunistas en los países antaño socialistas. Los revisionistas yugoslavos desplegaron en esos países una vasta actividad de subversión y de zapa. Basta citar los acontecimientos de Hungría de 1956, en los que los titistas yugoslavos jugaron un papel muy activo para abrirle el camino a la contrarrevolución y hacer pasar este país al campo del imperialismo.

El lugar que ocupó el titismo en la estrategia general del imperialismo con vistas a minar desde dentro los países socialistas, lo ha explicado clara y abiertamente el propio Tito en su conocido discurso de Pula en 1956. Ya en aquel entonces declaró que el modelo yugoslavo del «socialismo» no es válido únicamente para Yugoslavia, sino que también lo debían seguir y aplicar los demás países socialistas.

También los conceptos y las teorías titistas sobre el desarrollo mundial y las relaciones internacionales se acomodaron a la estrategia del imperialismo norteamericano. El principal teórico del revisionismo yugoslavo, Kardelj, en su discurso de Oslo, ya en octubre de 1954 salió abiertamente en contra de la teoría de la revolución, voceando las «nuevas» soluciones que habría encontrado el capitalismo. Tergiversando la esencia del capitalismo monopolista de Estado, que acabada la Segunda Guerra Mundial adquirió vastas proporciones en bastantes países capitalistas, lo proclamó como un elemento del socialismo, al mismo tiempo que calificaba la clásica democracia burguesa de «reguladora de las contradicciones sociales en el sentido del reforzamiento gradual de los elementos socialistas». Declaró que estaba en curso una «evolución gradual hacia el socialismo». Y calificó este fenómeno de «hecho histórico» en una serie de Estados capitalistas. Estos conceptos revisionistas, en esencia idénticos a los de Browder, fueron incluidos en el programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y se convirtieron en un instrumento de subversión ideológica y política contra el movimiento revolucionario y libertador del proletariado y de los pueblos.

Sobre esta base, los revisionistas yugoslavos elaboraron sus teorías y prácticas del «no alineamiento», las cuales iban en ayuda de la estrategia del imperialismo norteamericano para contener el ímpetu de la lucha antiimperialista de los pueblos del llamado «tercer mundo», para socavar sus esfuerzos en defensa de la libertad, la independencia y la

soberanía. Los titistas les dicen a estos pueblos que sus aspiraciones podrán alcanzarse aplicando la política del no alineamiento, es decir, de la no oposición al imperialismo. Según los titistas la vía para el desarrollo de estos países se debe buscar en la «colaboración activa», en la «cooperación cada vez más amplia» con los imperialistas y con el gran capital mundial, en la ayuda y los créditos que deben obtener de los países capitalistas desarrollados.

El saber a dónde conduce el camino que preconizan los revisionistas de Belgrado, se encarga de demostrarlo la propia realidad de la actual Yugoslavia. Debido a su colaboración con el imperialismo norteamericano, con el social imperialismo soviético y los demás grandes Estados capitalistas, a las cuantiosas ayudas y créditos que ha recibido de ellos, Yugoslavia se ha transformado en un país dependiente del capitalismo mundial en todos los terrenos, en un país con independencia y soberanía cercenadas.

La aparición en la escena mundial del revisionismo jruschovista aportó una ayuda muy grande y muy deseada a la estrategia del imperialismo norteamericano ya toda la lucha de la burguesía internacional contra la revolución y el socialismo. La traición jruschovista supuso para el socialismo y el movimiento revolucionario y de liberación de los pueblos el golpe más duro y peligroso que hasta entonces habían conocido. Convirtió el primer país socialista y el gran centro de la revolución mundial en un país imperialista y en foco de la contrarrevolución. Las repercusiones de esta traición a nivel nacional e internacional han sido verdaderamente trágicas.

Sus consecuencias no sólo las han sufrido y las sufren todavía los movimientos revolucionarios y de liberación de los pueblos, sino que también hacen correr un gran riesgo a la paz y seguridad internacionales.

Como corriente ideológica y política, el jruschovismo no tiene gran diferencia con las otras corrientes del revisionismo moderno. Es resultado de la misma presión externa e interna de la burguesía, del mismo alejamiento de los principios del marxismo-leninismo, del mismo objetivo de oponerse a la revolución y al socialismo y de salvaguardar y consolidar el sistema capitalista.

Su diferencia concierne únicamente al peligro que representan. El revisionismo jruschovista sigue siendo hasta ahora el revisionismo más peligroso, más diabólico, más amenazador. Esto obedece a dos razones: Primero, porque se trata de un revisionismo enmascarado, que conserva su apariencia socialista, y para engañar al pueblo y hacerlo caer en sus trampas utiliza ampliamente la terminología marxista y, según el caso y la necesidad, también las consignas revolucionarias. A través de esta demagogia trata de levantar una densa niebla para que no se vea la actual realidad capitalista de la Unión Soviética y, por encima de todo, ocultar sus fines expansionistas, hacer caer en el error a los movimientos revolucionarios y de liberación y convertirlos en instrumentos de su política. Segundo, y esto reviste una gran importancia, el revisionismo jruschovista se ha convertido en la ideología dominante en un Estado que representa una gran potencia imperialista, lo que le da numerosos medios y posibilidades para maniobrar en vastos terrenos y en grandes proporciones.

El jruschovismo y las otras corrientes revisionistas se identifican en su objetivo de liquidar el partido comunista y transformarlo en una fuerza política al servicio de la burguesía. Caso concreto es el de la Unión Soviética, donde fue liquidado el Partido Comunista de Lenin y Stalin. Ciertamente que no se le cambió el nombre al partido, como ocurrió en Yugoslavia, sin embargo ese partido fue despojado de su esencia y su espíritu revolucionarios. Cambió el papel del Partido Comunista de la Unión Soviética, y su trabajo para robustecer la ideología marxista-leninista fue suplantado por la deformación de la teoría marxista leninista, valiéndose de diversas máscaras, de fraseología hueca, de demagogia. El organismo político del partido se transformó, al igual que el ejército, la policía y los demás órganos de la dictadura de la nueva burguesía, en un organismo para reprimir a las masas, sin mencionar el hecho de su transformación en vehículo de la ideología y la política de opresión y explotación. El Partido Comunista de la Unión Soviética se degradó, perdió su fuerza y se convirtió en «partido de todo el pueblo», es decir, ya no era el partido de vanguardia de la clase obrera que lleva adelante la revolución y edifica el socialismo, sino el partido de la nueva burguesía revisionista, que hace degenerar el socialismo y promueve la restauración del capitalismo.

Al igual que Browder, Tito, Togliatti y otros predicaron la transformación de sus partidos en asociaciones, «ligas», «partidos de masas», supuestamente para ajustarse a los nuevos cambios sociales que se habían operado como consecuencia del desarrollo del capitalismo, decrecimiento de la clase obrera y de su influencia política e ideológica, etc., Jruschov justificó el cambio del carácter del partido para adaptarse supuestamente a las situaciones creadas en la Unión Soviética, donde habría concluido la edificación del socialismo y se habría iniciado la construcción del comunismo. Según Jruschov, la composición del partido, su estructuración, su papel y su lugar en la sociedad y en el Estado debían cambiar en concordancia con esta «época nueva».

Cuando Jruschov comenzó a preconizar estas tesis, no sólo el comunismo no había comenzado a edificarse en la Unión Soviética, sino la misma construcción del socialismo no había terminado completamente. Ciertamente que las clases explotadoras habían desaparecido como clases, mas sus vestigios, incluso físicos, y con mayor motivo ideológicos, todavía existían. La Segunda Guerra Mundial había obstaculizado la vasta emancipación de las relaciones de producción, y las fuerzas productivas, que constituyen la base necesaria e indispensable para ello, habían sido gravemente afectadas. La ideología marxista-leninista era la ideología dominante, pero no puede decirse que las viejas ideologías habían sido erradicadas enteramente de la conciencia de las masas. La Unión Soviética había ganado la guerra contra el fascismo, mas una guerra por otros medios y no menos peligrosa se había desatado en su contra. El imperialismo, con el norteamericano a la cabeza, había declarado la «guerra fría» al comunismo y todas las flechas venenosas del capitalismo mundial estaban dirigidas ante todo contra la Unión Soviética. Sobre el Estado soviético y la gente de este país se venía ejerciendo una gran presión, a fin de infundirles el temor a la guerra, reprimir su ímpetu revolucionario, contener su espíritu internacionalista y de oposición al imperialismo.

Frente a estas presiones del interior y del exterior, Jruschov se rindió y capituló. Comenzó a presentar la situación de color de rosa, con el objetivo de disimular sus ilusiones pacifistas. Sus tesis sobre la «edificación del comunismo», la «finalización de la lucha de clases», el

«triunfo definitivo del socialismo» parecían como innovadoras, pero en realidad eran reaccionarias. Tendían a ocultar una nueva realidad en gestación, el surgimiento y desarrollo de la nueva capa burguesa y sus pretensiones de instaurar su Poder en la Unión Soviética.

La línea y el programa que Jruschov presentó ante el XX Congreso del PCUS, no sólo constituían la línea de la restauración del capitalismo en la Unión Soviética, sino también una línea de zapa de la revolución, de sumisión de los pueblos al imperialismo, de la clase obrera a la burguesía.

Los jruschovistas preconizaron que en la etapa actual, la principal vía de transición al socialismo era la vía pacífica. Recomendaron a los partidos comunistas que siguieran la política de reconciliación de clases, de colaboración con la socialdemocracia y otras fuerzas políticas de la burguesía. Esta vía coadyuvaba a la consecución de los objetivos por los que el imperialismo y el capital venían luchando desde hacía tiempo y utilizando todos los medios, las armas y la subversión ideológica. Abrió vastos caminos al reformismo burgués y dio al capital la posibilidad de maniobrar en las difíciles situaciones económicas, políticas y militares que se le crearon después de la Segunda Guerra Mundial. Esto explica toda esa gran publicidad que la burguesía dedicó por todas partes al XX Congreso del PCUS, llamando a Jruschov el «hombre de la paz», el que «comprende las situaciones», opuestamente a Stalin que era partidario de la «ortodoxia comunista», de la «irreconciliabilidad» con el mundo capitalista», etc.

Con sus prédicas sobre la vía pacífica al socialismo, los Jruschovistas pretendían que los comunistas y los revolucionarios del mundo no se preparasen ni llevaran a efecto la revolución, sino que toda su actividad la redujesen a la propaganda, los debates y las maniobras electoreras, a las manifestaciones sindicales y las reivindicaciones inmediatas.

Esta era la vía típicamente socialdemócrata, combatida con tanto ardor por Lenin y desbaratada por la Revolución de Octubre. Los puntos de vista jruschovistas, que habían sido extraídos del arsenal de los cabecillas de la II Internacional suscitaban peligrosas ilusiones y desacreditaba la propia idea de la revolución. No preparaban a la clase obrera y demás masas trabajadoras a permanecer vigilantes y oponerse a la violencia burguesa; sino a resignarse ante ésta y sometersele. Esto lo confirmaron igualmente los acontecimientos de Indonesia, Chile, etc., donde los comunistas y los pueblos pagaron muy caro las ilusiones revisionistas sobre la vía pacífica al socialismo.

No menos beneficiosa al imperialismo y la burguesía, y perjudicial a la revolución, era la otra tesis del XX Congreso del PCUS, la de la «coexistencia pacífica», que los jruschovistas pretendieron imponer a todo el movimiento comunista, extendiéndola hasta las relaciones entre las clases, entre los pueblos y sus opresores imperialistas. Al plantearse el problema en los términos «o coexistencia pacífica, o guerra destructora», los pueblos y el proletariado mundial, según los jruschovistas, no tenían otra alternativa que doblar el espinazo, renunciar a la lucha de clases, a la revolución y a todo acto «que pudiera enojar» al imperialismo y provocar el estallido de la guerra.

Los puntos de vista jruschovistas sobre la «coexistencia pacífica», que se enlazaban

estrechamente con los relativos al «cambio de naturaleza del imperialismo», se ajustaban de hecho a las prédicas de Browder de que el capitalismo y el imperialismo norteamericano se han convertido en un factor de progreso para el mundo de postguerra. Embelleciendo al imperialismo norteamericano y creando una falsa imagen de él, se relajaba la vigilancia de los pueblos frente a la política hegemónica y expansionista de los Estados Unidos de América y se saboteaban sus luchas de liberación y antiimperialistas. La «coexistencia pacífica» Jruschovista, no sólo como ideología, sino también como línea política práctica, incitaba a los pueblos y en particular a los nuevos Estados de Asia, África y América Latina, etc., a apagar los «focos de guerra», a buscar su acercamiento y conciliación con el imperialismo, a aprovechar la «colaboración internacional» para «desarrollar en paz» su economía, etc. Esta línea, con otras expresiones, términos y fórmulas era la línea que recomendaba Browder al afirmar que la rica Norteamérica en las condiciones de la «coexistencia pacífica» entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, podía ayudar a todo el mundo a restablecerse y progresar. Era la línea difundida y aplicada en Yugoslavia por Tito, que había abierto las puertas del país a las ayudas, los créditos y los capitales norteamericanos. Era el deseo de Mao Tse-tung y de los otros dirigentes maoístas de edificar China con las ayudas norteamericanas, cosa que hasta ese momento les había sido imposible debido a las circunstancias y los diversos acontecimientos.

Pero, al igual que los titistas, y ahora los maoístas, tampoco la Unión Soviética podía evitar las ayudas norteamericanas y de los otros países occidentales. La integración de la Unión Soviética y de los otros países revisionistas, atados a ella, en la economía mundial capitalista ha adquirido vastas proporciones. Estos países se alinean entre los mayores importadores de capital occidental. Sus deudas, por lo menos las que se han hecho públicas, se calculan en decenas de miles de millones de dólares. En algunas ocasiones y a causa de las coyunturas creadas, como ahora con los acontecimientos en Afganistán, este proceso aminora su marcha, pero nunca se detiene. Los intereses capitalistas de ambas partes son tan inmensos que, en situaciones particulares, se sobreponen a todas las fricciones, las rivalidades y los choques.

Los revisionistas soviéticos utilizaron la tesis de la «coexistencia pacífica» no sólo para justificar su política de concesiones al imperialismo norteamericano y de compromisos con él. Esta línea les ha servido y les sirve también de máscara para encubrir la política expansionista del social imperialismo soviético, para relajar la vigilancia y la resistencia de los pueblos frente a los planes imperialistas y hegemónicos de los dirigentes revisionistas soviéticos. La tesis sobre la «coexistencia pacífica», era un llamamiento que los revisionistas soviéticos hacían a los imperialistas norteamericanos para repartirse y dominar conjuntamente el mundo.

La línea revisionista jruschovista allanó el camino al imperialismo y a la reacción para aprovecharse de las situaciones y desatar una ofensiva general contra el comunismo. En particular esta nueva campaña contra la revolución y el socialismo fue coadyuvada por los ataques y las calumnias de los revisionistas jruschovistas contra Stalin y su obra.

La guerra contra Stalin fue emprendida por los revisionistas jruschovistas para justificar el curso antimarxista que tomaron tanto dentro como fuera del país. No podían renegar de la dictadura del proletariado y transformar la Unión Soviética en Estado burgués capitalista, ni

tampoco realizar regateos con el imperialismo, sin renegar de la obra de Stalin. Por esta razón la campaña de guerra contra Stalin se llevó a cabo bajo acusaciones extraídas del arsenal de la propaganda imperialista y trotskista, que presentaba el pasado de la Unión Soviética como un período de «represalias en masa» y el sistema socialista como «represión de la democracia», como «dictadura a lo Iván el Terrible», etc.

Pero, a pesar de los ataques y calumnias de los imperialistas, de los revisionistas y demás enemigos de la revolución, el nombre y la obra de Stalin son y seguirán siendo inmortales. Stalin fue un gran revolucionario, un eminente teórico que se coloca al lado de Marx, Engels y Lenin.

La vida ha confirmado y confirma a diario la justeza de los análisis y de las posiciones del Partido del Trabajo de Albania hacia el revisionismo jruschovista. En la Unión Soviética fue destruido el socialismo y se restauró el capitalismo. Mientras que en la arena internacional, las posiciones y los actos de la dirección soviética pusieron cada vez más al descubierto el carácter social imperialista de la Unión Soviética, su ideología reaccionaria de gran potencia. De esta forma, el revisionismo jruschovista se convirtió no sólo en ideología de la restauración del capitalismo y del sabotaje de la revolución y de la lucha de liberación de los pueblos, sino también en ideología de la agresión social imperialista.

EL EUROCOMUNISMO, IDEOLOGIA DE LA SUMISION A LA BURGUESIA y AL IMPERIALISMO

El revisionismo moderno, como acabamos de señalar anteriormente, surgió en el período de la agudización de la crisis general del capitalismo. Se alió a la burguesía y al imperialismo y se sumó a los esfuerzos desplegados por éstos para contener y evitar la gran marejada de las revoluciones proletarias, de las luchas de liberación nacional y de los movimientos democráticos populares y antiimperialistas. Como tal, el nuevo revisionismo no podía dejar de tomar diferentes formas y aspectos, de utilizar métodos y tácticas que se ajustaran a las necesidades del capital de cada país. Su mayor desarrollo, su difusión en el movimiento comunista y obrero los registró después que el revisionismo jruschovista apareció en escena.

Para la burguesía y el imperialismo, la traición que se produjo en la Unión Soviética constituía una ayuda incalculable en los momentos tan difíciles por los que estaban atravesando. Esta ayuda le dio al gran capital la posibilidad de golpear la teoría marxista-leninista y la práctica de la edificación socialista, de infundir sospechas hacia la estrategia revolucionaria del proletariado y hacer degenerar ideológica y políticamente a los partidos comunistas. Un gran revés ideológico sufrieron en primer lugar los partidos comunistas y obreros de Europa Occidental que siguieron la línea traidora de Tito y Jruschov.

Hacía tiempo que en esos partidos se había preparado el terreno para acoger y llevar aún más adelante las ideas y las prácticas revisionistas jruschovistas. Su degeneración ideológica y organizativa a diversos niveles y en diferentes formas había comenzado con

anterioridad. Teorías y prácticas pseudo revolucionarias venían siendo aplicadas en sus filas desde hacía tiempo.

Los comienzos del revisionismo moderno en los partidos comunistas de Europa Occidental

En el curso de la Segunda Guerra Mundial, numerosos factores positivos creados en Europa habían hecho posible e indispensable la transformación de la guerra antifascista en una profunda revolución popular. El fascismo había suprimido no sólo la independencia nacional de los países ocupados, sino también todas las libertades democráticas y había enterrado incluso la propia democracia burguesa. Por eso la guerra contra el fascismo debía ser una lucha no sólo por la liberación nacional, sino también por la defensa y el desarrollo de la democracia. Las miras que hacia estos dos objetivos tenían puestas, los partidos comunistas no debían separarlas de la lucha por el socialismo.

En los países de Europa Central y Sudoriental, los partidos comunistas supieron ligar las tareas de la lucha por la independencia y la democracia a la lucha por el socialismo. Elaboraron y aplicaron una política que condujo a la instauración de los regímenes de nueva democracia popular. En cambio, los partidos comunistas de Europa Occidental no se mostraron capaces de aprovechar las situaciones favorables que habían creado la Segunda Guerra Mundial y la victoria sobre el fascismo. Esto demostraba que no habían comprendido ni aplicado debidamente las orientaciones del VII Congreso de la Internacional Comunista¹⁴. Este Congreso sustentaba que, al oponerse y combatir al fascismo, se irían creando en condiciones determinadas también las posibilidades de formar gobiernos de frente único, totalmente diferentes de los gobiernos socialdemócratas.

Aquéllos debían servir para pasar de la etapa de la guerra contra el fascismo a la etapa de la lucha por la democracia y el socialismo. Pero en Francia y en Italia la guerra contra el fascismo no condujo a la creación de gobiernos del tipo que propugnaba el Komintern. Acabada la guerra, en esos países asumieron el Poder gobiernos de tipo burgués. La participación de los comunistas en los mismos no cambió su carácter. Tampoco el Partido Comunista Francés, que en general hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial siguió una línea correcta, logró corregir y superar los errores, deficiencias y desviaciones que se habían manifestado acerca de determinados problemas, y que entre otros motivos surgían por falta de análisis realistas de las situaciones internas y externas.

El Partido Comunista Francés desempeñó un papel de primer orden en la creación del Frente Popular en Francia. Fue él quien, en su Congreso de Nantes en 1935, lanzó la consigna de frente popular, consigna que tuvo rápidamente resonancia entre las amplias masas del pueblo francés. El Komintern apreció en sumo grado el trabajo y los esfuerzos del Partido Comunista Francés para la creación del Frente Popular. Pese a ello, es preciso señalar que no supo o no pudo aprovechar las situaciones y explotárlas en favor de la clase obrera.

El partido comunista hablaba abiertamente del peligro que acosaba a Francia proveniente

¹⁴ Este Congreso desarrolló sus trabajos del 25 de julio al 21 de agosto de 1935.

del fascismo interior y exterior, denunciaba ese peligro, salía a la calle, pero las medidas a oponerle y cualquier otra decisión, las esperaba de los gobiernos «legales», de los gobiernos burgueses formados y combinados por un parlamento burgués. Esto se vio en el momento de la creación del Frente Popular, que fue un éxito para el Partido Comunista Francés ya que, en las complejas situaciones de aquel entonces, cortó el camino a la formación de un gobierno fascista en Francia. El gobierno de Blum, no obstante de haber tomado algunas medidas a favor de la clase obrera, violó y traicionó el programa del Frente Popular en el campo de la política interna y externa. El partido comunista, que no participaba en el gobierno del Frente Popular, sino que lo apoyaba desde el parlamento, no estuvo en condiciones de detener todo este proceso. La lucha de las masas, las huelgas, manifestaciones y demás acciones, fueron reemplazadas por los encuentros semanales que Léon Blum realizaba en su casa con Thorez y Duclos.

Aunque el presidente del gobierno del Frente Popular era socialista y los socialistas ocupaban un gran lugar en el gobierno, el aparato gubernamental en el centro y en la base quedó intacto. El ejército siguió siendo la *grande muette*¹⁵. Estaba bajo el mando, al igual que en los gobiernos anteriores de la casta reaccionaria de oficiales salidos de las escuelas militares burguesas, que preparaban cuadros para reprimir al pueblo francés e invadir colonias, y no para combatir al fascismo y la reacción.

El Partido Comunista Francés no concluía sus acciones, no se organizaba para una verdadera lucha contra el fascismo y la reacción. La propaganda y la agitación, las manifestaciones y las huelgas que dirigía, no estaban en la línea de arrebatar el Poder a la burguesía. Independientemente de que no negara los principios básicos del marxismo-leninismo, la actividad y la lucha de este partido asumían inconscientemente, sin comprender por qué, las formas de una lucha por reformas, por reivindicaciones económicas en el plano sindical. Naturalmente, los sindicatos juegan un papel revolucionario cuando son correctamente dirigidos y cuando en ellos se crea una situación revolucionaria, de lo contrario el movimiento sindical se convierte en una rutina montada por los cabecillas sindicales, que unas veces mantienen actitudes justas, y otras desviacionistas, unas veces liberales, y otras oportunistas, pero que, a fin de cuentas, acaban en discusiones estériles y en compromisos con la patronal.

Cuando estalló la Guerra de España, el Partido Comunista Francés ayudó activamente con agitación y propaganda, y con medios materiales, al Partido Comunista de España y al pueblo español en su lucha contra Franco. Hizo llamamientos para el envío de voluntarios a España, llamamientos a los que respondieron miles de sus militantes Y otros antifascistas franceses, tres mil de los cuales inmolaron sus vidas en tierras de España. Dirigentes principales del partido participaron directamente en la lucha o fueron a España en varias ocasiones. La mayor parte de los voluntarios que salían de muchos países para integrarse en las Brigadas Internacionales en España, pasaban por Francia. El Partido Comunista Francés organizaba su tránsito.

Durante la Guerra de España, los comunistas y la clase obrera franceses ganaron una nueva experiencia en las batallas, que se vino a sumar a la antigua tradición de las luchas

¹⁵ Frances en el original – el gran mudo

revolucionarias del proletariado francés. Esto constituía un capital preciado, una experiencia revolucionaria adquirida en luchas de clase frontales y organizadas contra la feroz reacción franquista, Contra los fascistas italianos y los nazis alemanes, así como contra la propia reacción francesa y mundial. Este capital revolucionario debía servir al partido en los momentos críticos de la Segunda Guerra Mundial y de la ocupación de Francia, pero en realidad no fue aprovechado.

El Partido Comunista Francés desenmascaró la política de Munich, con la que los Deladier y los Bonnet, traficando con los intereses del pueblo checoslovaco, hicieron concesiones a Hitler, para que éste volviera su máquina de guerra contra la Unión Soviética. Defendió sin vacilar el pacto germano-soviético de no agresión y se contrapuso a las calumnias y persecuciones de la burguesía. Hizo llamamientos a la resistencia y se levantó con audacia contra los ocupantes alemanes y sus colaboradores de Vichy. Esta lucha, que comenzó con acciones, huelgas, manifestaciones actos de sabotaje, fue cobrando mayores dimensiones. Los FTP¹⁶ creados por el partido comunista eran las únicas formaciones que combatían a los ocupantes, en tanto que *les réseaux* gaullistas no eran, como dice la misma palabra, más que redes de los servicios secretos destinadas a recoger informaciones militares útiles a los aliados. Mientras que los gaullistas hacían llamamientos a esperar el desembarco, y después lanzarse a la acción, el partido comunista luchaba valerosamente por la liberación del país.

En el curso de la lucha de liberación el Partido Comunista Francés organizó y desarrolló la resistencia contra los ocupantes y trabajó, con algunos éxitos, en dirección al frente antifascista. Sin embargo, tal como vinieron a demostrar los acontecimientos, aquél no había pensado ni planificado la toma del Poder, y si lo había hecho, en la práctica abandonó sus proyectos.

Testimonio de ello es que a lo largo de la lucha el partido creó muchos comités de liberación nacional, pero no se preocupó ni adoptó ninguna medida para que estos comités se afirmasen como embriones del nuevo Poder. Desde el principio hasta el final las formaciones guerrilleras siguieron siendo pequeñas y sin lazos orgánicos entre sí. En ningún momento el partido planteó el problema de la creación de grandes formaciones, de un verdadero ejército de liberación nacional.

El Partido Comunista Francés llevó adelante la lucha antifascista que él mismo dirigía, pero no la convirtió en lucha revolucionaria de todo el pueblo. Y no sólo esto, sino que consideró más viable y más «revolucionario» rogarle a De Gaulle que aceptara en su comité «Francia Libre» a un representante suyo. En otras palabras venía a decir: «Por favor, señor De Gaulle, acépteme también a mí en su comité»; «Señor De Gaulle, el Partido Comunista Francés y las fuerzas guerrilleras se ponen bajo su mando y el del comité «Francia Libre»; «Señor De Gaulle, los comunistas no tenemos intención de hacer ninguna revolución, ni de tomar el Poder, sólo queremos que en la Francia del mañana se dé el viejo juego de los partidos, el juego «democrático», que también nosotros pasemos a formar parte, de acuerdo al número de votos, del futuro gobierno» .

16 Francs Tireurs et Partisans - las fuerzas guerrilleras francesas bajo el mando del PC Francés.

Mientras los comunistas franceses actuaban de este modo, la burguesía francesa preparaba y organizaba sus fuerzas para lanzarse a la toma del Poder, cosa que llevaría a efecto tras el desembarco de los aliados norteamericanos. El Comité Nacional, creado y dirigido por el grupo de De Gaulle en Londres y que en Argel pasó a convertirse en gobierno, constituiría la fuerza más adecuada para la toma de este Poder. Esto efectivamente lo realizaría en combinación con las fuerzas internas, que la burguesía había preparado y movilizado, en combinación con el viejo ejército mandado por generales que, después de haber servido a Petáin, y viendo que el barco alemán se hundía, se habían puesto al servicio de De Gaulle.

Esta era una situación peligrosa que el Partido Comunista Francés no juzgó ni valoró correctamente, o bien no profundizó en la cuestión. Temió las complicaciones con las fuerzas aliadas que acababan de desembarcar, temió a De Gaulle y las fuerzas agrupadas en torno a éste, es decir, temió la guerra civil y en particular la guerra con los anglo-norteamericanos.

El partido comunista se olvidó del ejemplo de los heroicos comuneros, que, estando cercados por el ejército alemán de Bismarck, se alzaron contra los versalleses, «asaltando los cielos», como diría Marx, y crearon la Comuna de París. «Era preciso sopesar las fuerzas» pueden decir los teóricos de la justificación de este error fatal que el Partido Comunista Francés cometió en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Naturalmente que debían sopesarse las fuerzas. Pero si los comuneros, sin ningún partido, sin organización, sin vínculos con el campesinado ni con el resto de Francia, cercados por tropas invasoras extranjeras, se lanzaron al ataque y tomaron el Poder, la clase obrera francesa, con su partido al frente, templada en las batallas, iluminada por el marxismo-leninismo y teniendo en su lucha a un aliado grande y poderoso como era la Unión Soviética, estando a la cabeza de las masas trabajadoras y de los auténticos patriotas, podía realizar mil veces mejor la obra inmortal que realizaron los comuneros.

La dirección del partido comunista en general, se mostró torpe y débil para cumplir con audacia y madurez los deseos y aspiraciones de los militantes comunistas y el proletariado francés, que habían combatido heroica y resueltamente a los ocupantes hitlerianos. No avanzó en la vía marxista-leninista, en la vía de la lucha revolucionaria, No siguió la senda de los comuneros.

La lucha antifascista en Italia tenía sus características y rasgos particulares, pero los objetivos que se había propuesto la dirección del Partido Comunista Italiano, sus vacilaciones y concesiones eran similares a los del Partido Comunista Francés.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial tomó a la mayor parte de los cuadros del Partido Comunista Italiano en Francia. Casi todos cayeron en manos de la policía. Entre ellos figuraba el secretario general del partido, Palmiro Togliatti, que una vez liberado de la cárcel, en marzo de 1941, se dirigió a la Unión Soviética.

No obstante mantener una actitud correcta hacia la guerra de agresión desencadenada por las potencias fascistas y haberla denunciado como una guerra imperialista y de rapiña, la actividad del Partido Comunista Italiano siguió siendo limitada. Todos sus esfuerzos se redujeron a crear una coalición de los partidos antifascistas en el exilio, a hacer algunos

llamamientos y publicar resoluciones y material propagandístico.

Este partido, que había comenzado a desarrollar su actividad en el interior a mediados del año 1942, en marzo de 1943 logró organizar en diversas zonas una serie de poderosas huelgas que testimoniaban el crecimiento del movimiento popular antifascista. Estas huelgas aceleraron el desarrollo de los acontecimientos que condujeron al derrocamiento de Mussolini.

El temor a la revolución había inducido a la burguesía italiana y al rey, símbolo de su dominación, a llevar a Mussolini al Poder en 1922. Ese mismo temor les obligaría a retirarlo en julio de 1943.

Mussolini fue derrocado mediante un golpe de Estado de la casta dirigente, obra del rey, de Badoglio y de los otros jefes del fascismo. Estos, viendo la inevitable derrota de Italia, quisieron prevenir el peligro que suponía el levantamiento de la clase obrera y el pueblo italiano en lucha y revolución, los cuales no sólo derrocarían al fascismo y a la monarquía, sino que harían peligrar también la propia dominación de la burguesía italiana en tanto que clase.

El movimiento de resistencia del pueblo italiano contra el fascismo adquirió un gran desarrollo particularmente después de la capitulación de Italia. En el Norte del país, ocupado todavía por los alemanes, se organizó a iniciativa del partido la lucha de liberación que aglutinó a amplias masas de obreros, campesinos, intelectuales antifascistas, etc. Se crearon grandes formaciones guerrilleras regulares, en su mayoría dirigidas por el partido. Además de las unidades y destacamentos guerrilleros, en la Italia del Norte se constituyeron, también por iniciativa del partido comunista, los comités de liberación nacional. El partido dedicó sus esfuerzos para que estos comités se convirtiesen en órganos del Poder democrático, pero en realidad continuaron siendo coaliciones de los diversos partidos. Esto les impidió transformarse en verdaderos órganos del Poder popular.

Mientras que en el Norte, la lucha del partido evolucionaba en general en una vía correcta, que no sólo podía conducir a la liberación del país sino también a la instauración del Poder popular, en el Sur y a nivel nacional, el partido no planteaba en absoluto la cuestión de la toma del Poder. Sólo postulaba la formación de un gobierno fuerte y con autoridad y no luchaba por el derrocamiento de la monarquía y de Badoglio. El programa del partido comunista, en unos momentos en que en el país existían condiciones favorables para llevar adelante la revolución, era un programa mínimo. El partido estaba por una solución parlamentaria en el marco de la legalidad del orden burgués. Su máxima pretensión era participar en el gobierno con dos o tres ministros.

De esta forma, el Partido Comunista Italiano se fue introduciendo en las combinaciones políticas burguesas y comenzó a hacer sucesivas concesiones sin principio. En vísperas de la liberación del país, poseía una gran fuerza política y militar, que no supo o no quiso aprovechar, quedando, por propia voluntad, desarmado ante la burguesía. Renunció a la vía revolucionaria y se introdujo en el camino parlamentario, que lo fue transformando gradualmente de un partido de la revolución en partido burgués de la clase obrera por reformas sociales.

En lo que concierne a España, es preciso señalar que las directrices del VII Congreso de la Internacional Comunista han tenido mayores resultados que en Francia y en Italia. Su efecto se hizo sentir especialmente en el curso de la Guerra Civil. En un comienzo los comunistas no participaron en el gobierno del Frente Popular, sino que le concedieron su apoyo. No obstante, el partido comunista criticaba al gobierno por su falta de determinación y exigía que tomase medidas frente al peligro fascista, contra la actividad que desarrollaban los fascistas, particularmente la casta de los oficiales, que en aquel entonces constituían el peligro inmediato.

El 17 de julio de 1936 estalló el «Pronunciamiento» de los generales fascistas. El complot de los fascistas estaba bien coordinado. Habían actuado bajo las narices del gobierno de la izquierda y de las autoridades designadas por un gobierno surgido de la coalición del Frente Popular. Contra este peligro se alinearon todas las fuerzas antifascistas. En noviembre se creó el gobierno encabezado por Largo Caballero, del que pasaron a formar parte dos ministros comunistas. Así se constituyó un frente común para defender la República, incluso con las armas. El gobierno concedió la autonomía a los vascos, confiscó a favor de los campesinos pobres las tierras de los fascistas y nacionalizó todas las riquezas de éstos.

El partido comunista llamó desde un primer momento a la clase obrera y al pueblo a oponer resistencia. Pero el partido comunista no se contentó con llamamientos, se lanzó a la acción. Los miembros del partido se introdujeron en los cuarteles, lugar donde permanecían los soldados, para aclarar a éstos la situación señalándoles lo que eran los fascistas y la amenaza que constituían para los obreros, los campesinos y el pueblo. En la capital de España, en Madrid, el golpe fascista fracasó.

En otras ciudades, el pueblo y en primer lugar la clase obrera atacaron las unidades militares que se habían sublevado contra la República, paralizándolas en su acción. En Asturias, la lucha de los mineros contra las tropas fascistas prosiguió por un mes y esta región permaneció en manos del pueblo. Los fascistas no pasaron. Lo mismo ocurrió en Vascongadas y en muchas otras zonas de España.

En los primeros días de agosto se vio que los generales fascistas caminaban hacia el abismo y su derrota hubiera sido total de no haber acudido de inmediato en su ayuda las tropas de la Italia fascista y de la Alemania nazi y junto a éstas las fuerzas reclutadas en el Marruecos español, así como las enviadas por el Portugal fascista.

En un país donde el ejército estaba bajo el mando de una vieja casta de oficiales reaccionarios, realistas y fascistas, los destinos del país no podían confiarse en aquél, una parte del cual siguió a los generales fascistas y el resto avanzaba hacia su disgregación. Por eso, el partido comunista hizo un llamamiento para la creación de un ejército nuevo, un ejército del pueblo. Los comunistas volcaron sus esfuerzos en la creación de este ejército y en breve lapso de tiempo lograron levantar el V Regimiento. Sobre la base de este regimiento, que cobró una gran fama en el curso de la Guerra de España, se creó el ejército popular de la República española.

La resuelta actitud del partido comunista frente al ataque fascista, el audaz ejemplo que dio colocándose al frente de las masas para impedir que el fascismo pasara, el ejemplo de sus

militantes, el 60 por ciento de los cuales fueron enviados a los diversos frentes de lucha, aumentaron en gran medida la autoridad y el prestigio del partido entre las masas del pueblo.

Un partido crece, gana autoridad y se convierte en dirigente de las masas cuando cuenta con una línea clara y se lanza audazmente a la lucha por llevarla a la práctica. El Partido Comunista de España se convirtió en un partido tal en el curso de la Guerra Civil. Desde la insurrección fascista en julio de 1936 hasta finales de ese mismo año, el partido comunista triplicó el número de sus miembros. Y, aunque en aquellos días la gente se integraba en el partido para ofrendar su vida, y no para dar su voto en las elecciones, jamás ni nadie, ni el llamado partido comunista de Carrillo, ni los otros partidos revisionistas, que han abierto sus puertas a todo aquel que quiera ingresar en ellos, laico o religioso, obrero o burgués, podrá hablar de un crecimiento de la autoridad e influencia como las que adquirió el Partido Comunista de España en el período de la Guerra Civil.

La Guerra de España tocó a su fin a comienzos del año 1939, cuando la dominación de Franco se extendió a todo el territorio nacional. En aquella guerra el Partido Comunista de España no escatimó esfuerzos ni energías para derrotar al fascismo. Y si el fascismo venció, fue debido, aparte de los diversos factores internos, en primer lugar a la intervención del fascismo italiano y alemán y a la política capitulacionista de «no intervención» de las potencias occidentales con respecto a los agresores fascistas.

Muchos militantes del Partido Comunista de España inmolaron sus vidas durante la Guerra Civil. Otros fueron víctimas del terror franquista. Otros miles y miles fueron arrojados a las cárceles donde permanecieron por largos años o murieron en ellas. Después del triunfo de los fascistas, en España reinó el más feroz terror.

Los demócratas españoles, que lograron escapar de los campos de concentración y de los arrestos, tomaron parte en la resistencia francesa donde combatieron heroicamente, mientras que los demócratas españoles que se fueron a la Unión Soviética se integraron en las filas del Ejército Rojo y muchos de ellos dieron su vida combatiendo al fascismo.

Pese a las Condiciones sumamente graves, los comunistas continuaron su lucha guerrillera y la organización de la resistencia también en España. La mayor parte cayeron en manos de la policía franquista y fueron condenados a muerte.

Franco golpeó duramente la vanguardia revolucionaria de la clase obrera y de las masas populares de España y esto tuvo consecuencias negativas para el partido comunista. Al haber desaparecido en la lucha armada y bajo los golpes del terror fascista los elementos más sanos, más preparados ideológicamente, más resueltos y valientes, en el Partido Comunista de España cobró supremacía y ejerció su influencia negativa y destructora el elemento cobarde pequeñoburgués e intelectual como Carrillo y compañía. Estos fueron transformando gradualmente al Partido Comunista de España en un partido oportunista y revisionista.

La unión con los revisionistas jruschovistas en la lucha contra el

marxismo-Leninismo y la revolución

Las condiciones económicas y políticas que se crearon en Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial favorecieron en mayor medida el reforzamiento y la difusión de los puntos de vista erróneos y oportunistas que habían existido ya anteriormente en las direcciones de los partidos comunistas de Francia, Italia y España, estimulando aún más el espíritu de concesiones y compromisos con la burguesía.

Entre estos factores estaba la abrogación de las leyes fascistas y de las otras medidas coercitivas y restrictivas que la burguesía europea había adoptado ya desde los primeros días del triunfo de la Revolución de Octubre hasta el estallido de la guerra, para contener el creciente ímpetu revolucionario de la clase obrera e impedir su organización política, para cortar el camino a la difusión de la ideología marxista.

El restablecimiento de la democracia burguesa en una escala más o menos amplia, como era la completa legalización de todos los partidos políticos, excepto los fascistas; el permitir su participación sin impedimento alguno en la vida política e ideológica del país; el crearles la posibilidad de una participación activa en las campañas electorales, que ya se desarrollaban sobre la base de algunas leyes menos restrictivas, para cuya aprobación los comunistas y las otras fuerzas progresistas habían desarrollado una larga lucha, fomentaron muchas ilusiones reformistas en las direcciones de los partidos comunistas. En éstas, comenzó a arraigar el punto de vista de que el fascismo había desaparecido de una vez y para siempre, que la burguesía no sólo ya no estaba en condiciones de limitar los derechos democráticos de los trabajadores, sino que se vería obligada a ampliarlos aún más. Comenzaron a pensar que los comunistas, al haber salido de la guerra como la fuerza política, organizadora y movilizadora más influyente y poderosa de la nación, obligarían a la burguesía a extender cada vez más la democracia y permitir una participación cada vez más amplia de los trabajadores en la dirección del país; que a través de las elecciones y del parlamento tendrían la posibilidad de tomar el Poder pacíficamente y pasar posteriormente a la transformación socialista de la sociedad. El que en Francia e Italia de postguerra participaran en el gobierno dos o tres ministros comunistas fue visto por dichas direcciones no como el máximo de las concesiones formales que hacía la burguesía, sino como el comienzo de un proceso que iría tomando cada vez un mayor auge, hasta llegar a la creación de un gabinete gubernamental compuesto exclusivamente por comunistas.

En la propagación de las ideas oportunistas y revisionistas en los partidos comunistas, un gran influjo ejerció asimismo el desarrollo económico de postguerra en occidente. Ciertamente que la Europa Occidental había quedado destruida por la guerra, mas su reconstrucción fue relativamente breve. El flujo de capitales norteamericanos hacia Europa de acuerdo al «Plan Marshall», permitió la reconstrucción de fábricas, combinados, subsanar el transporte y la agricultura, así como que la producción se desarrollara de una forma intensiva. Este desarrollo abrió numerosos frentes de trabajo y por un largo período de tiempo no sólo atrajo la mano de obra disponible, sino que además creó una cierta carestía de la misma.

Esta situación, que proporcionaba a la burguesía súper ganancias colosales le permitió aflojar la bolsa y suavizar de algún modo los conflictos laborales. En el terreno social, caso

de los seguros sociales, la sanidad, la enseñanza, la legislación laboral, etc., adaptó algunas medidas, por las cuales tanto había luchado la clase obrera. La considerable elevación del nivel de vida de los trabajadores con respecto a los tiempos de la guerra e incluso, a los de anteguerra, el rápido ascenso de la producción como resultado de la reestructuración de la industria y la agricultura y del inicio de la revolución técnica y científica, así como la total ocupación de la mano de obra, abrieron el camino a la proliferación en algunos individuos no formados y oportunistas de las concepciones sobre el desarrollo del capitalismo sin conflictos de clase, sobre la inevitabilidad de las crisis por parte de éste, sobre la desaparición del fenómeno del desempleo, etc. Una vez más se confirmó la gran enseñanza del marxismo-leninismo de que los períodos de desarrollo pacífico del capitalismo son el origen de la difusión del oportunismo. La nueva capa de la aristocracia obrera, que creció considerablemente en aquel tiempo, comenzó a ejercer una influencia cada vez más negativa en las filas de los partidos y de sus direcciones, introduciendo ideas y puntos de vista oportunistas y reformistas.

Bajo la presión de estas circunstancias, los programas de los partidos comunistas se fueron reduciendo hasta convertirse en programas mínimos de carácter democrático y reformista, a la vez que la idea de la revolución y del socialismo se iba alejando cada vez más. La gran estrategia de la transformación revolucionaria de la sociedad cedió su puesto a la pequeña estrategia de los problemas corrientes de cada día, que fue absolutizada y se convirtió en línea política e ideológica general.

De este modo, los partidos comunistas italiano, francés, británico, y, después de éstos, también el de España, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial comenzaron a alejarse gradualmente del marxismo leninismo, a adoptar tesis y puntos de vista revisionistas, a introducirse en la vía del reformismo. Cuando el revisionismo jruschovista apareció en escena, el terreno era propicio para adaptar esta corriente y unirse a ella en la lucha contra el marxismo-leninismo. Las decisiones del XX Congreso del PCUS, a la par de la presión de la burguesía y de la socialdemocracia del interior del país, influyeron poderosamente sobre dichos partidos en su paso definitivo, a las posiciones antimarxistas socialdemócratas.

Los revisionistas italianos fueron los primeros en abrazar la línea del XX Congreso del PCUS e inmediatamente después del mismo proclamaron a bombo y platillos la llamada vía italiana al socialismo. El Partido Comunista Italiano, una vez derrocado el fascismo, se presentó con una plataforma política y organizativa oportunista. Desde que llegó a Nápoles, a su regreso de la Unión Soviética en marzo de 1944, Palmiro Togliatti impuso al partido la línea de la colaboración de clases con la burguesía y sus partidos. «Nosotros, declaró Togliatti en el Pleno del Consejo Nacional del partido que se celebró en aquel entonces, no planteamos el objetivo de la lucha por la conquista del Poder, dadas las condiciones internacionales y nacionales, mas queremos destruir completamente el fascismo y crear «una verdadera democracia antifascista y progresista», El PCI «debe examinar cada problema desde el ángulo de la nación, del Estado italiano».¹⁷

En Nápoles, Togliatti planteó por primera vez la idea, incluso la plataforma del que llamó «nuevo partido de las masas», diferente por su composición de clase, por su ideología y su

17 P. Spriano, Storia del Partito Comunista Italiano, Torina, 1975, pág. 308.

forma organizativa del partido comunista del tipo leninista. Era natural que para una política de alianzas sin principio y una política de reformas como la que buscaba Togliatti, se precisara también un partido reformista, un partido amplio e ilimitado en el que pudiera entrar y salir cualquiera y cuando quisiera ... **«Su noción del partido de masas que tiene sus raíces en el pueblo, -escribía muchos años más tarde un colaborador de Togliatti,- asume todo su debido valor si se le vincula estrechamente con el componente nacional de la lucha de los comunistas. Su objetivo es en efecto lograr profundos cambios en la sociedad gracias a las reformas. »**¹⁸

Con la liberación del país, la clase obrera italiana confiaba en una profunda justicia social, esperaba que las cosas fueran a cambiar, y que, por fin, se hiciera oír su voz. Mas esto no sucedió y la causa de ello fue debido a la organización y la dirección de la vida del país por parte de los diversos partidos burgueses, incluyendo el comunista. Para embaucar a las masas y hacerles creer que su voz era escuchada en el gobierno del país, reglamentaron la vida política con los partidos de la mayoría y de la minoría, con los partidos en el poder y con los partidos de la oposición, con todos sus trucos y subterfugios parlamentarios, con todas sus mentiras y Su demagogia.

En un comienzo el Partido Comunista Italiano pasó a ocupar dos carteras sin importancia, que la gran burguesía le concedió en el marco del juego «democrático», en espera de reforzar sus posiciones, levantar su ejército, su policía y toda la serie de instrumentos represivos, liquidar y paralizar, mediante la presencia de los comunistas en el gobierno, cualquier propensión de la clase obrera y el pueblo italiano a saldar las cuentas con los que le habían explotado, reprimido y enviado a arrebatar la libertad a otros pueblos, comenzando por Abisinia, España, Albania hasta la Unión Soviética, donde quedaron los huesos de sus hijos. Posteriormente, en mayo de 1947, cuando ya le fueron inservibles, la burguesía echó a los ministros comunistas del gobierno. El peligro de un eventual ataque obrero fue conjurado. La clase obrera se puso en «fila», se encuadró en los diversos sindicatos según los matices de los partidos, iniciándose así la lucha por el voto, la lucha parlamentaria.

Después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Togliatti y el Partido Comunista Italiano proclamaron públicamente sus viejas posiciones revisionistas. No sólo aprobaron todo síntoma de liberalismo procedente de Moscú, sino que incluso quemaban las etapas, colocando en una difícil posición a los propios revisionistas jruschovistas, para los que el Partido Comunista Italiano comenzó a ser una preocupación.

Los togliattistas encontraban de su gusto la línea revisionista de «desstalinización», aplaudieron que los jruschovistas cubriesen de barro a Stalin y al bolchevismo, aplaudieron la línea jruschovista de la destrucción de las bases socialistas del Estado soviético, estaban por las reformas revisionistas y la apertura hacia los Estados capitalistas, y en particular hacia los Estados Unidos de América. Como buenos revisionistas, los togliattistas admitían sin reservas la coexistencia pacífica jruschovista y el acercamiento al imperialismo. Este era su viejo sueño de colaboración con la burguesía, tanto en el plano nacional como en el internacional.

¹⁸ G. Cerretti, *Alómbre des deux T*, Paris, 1973 pág. 52

En el camino que emprendió en la Unión Soviética, el partido revisionista jruschovista necesitaba la unidad y la amistad con el Partido Comunista Italiano, necesitaba el respaldo, particularmente de dos partidos revisionistas de occidente, el francés y el italiano, que eran dos grandes partidos y gozaban de una cierta autoridad internacional. Por esta razón, los «honos» que los jruschovistas brindaban a ambos partidos, se dejaban notar y detrás de estos «honos» también corrían las jugosas subvenciones bajo mano.

Al igual que los jruschovistas se apresuraban por convertir la Unión Soviética en país capitalista, los togliattistas se apresuraban a su vez por integrarse en el orden capitalista italiano. En junio de 1956, en el informe ante la reunión del CC del PC Italiano, que llevaba el rimbombante título de La vía italiana al socialismo, Palmiro Togliatti lanzaba una serie de tesis, con tal dosis de anticomunismo, que el propio Jruschov se vio obligado a señalarle que fuese más mesurado y no traspasara los límites con esa rapidez.

En aquel tiempo, Togliatti planteó la cuestión de la integración del socialismo en el capitalismo, así como la tesis de la negación del papel del partido comunista como dirigente único e indispensable en la lucha del proletariado por el socialismo. Afirmó que el arranque hacia el socialismo, también puede darse allí donde no exista partido comunista. Estas tesis coincidían por completo con las de los revisionistas yugoslavos.

No es casual que los revisionistas italianos se mostraran ardientes defensores de la rehabilitación de los revisionistas yugoslavos. El propio Togliatti tomó rumbo a Yugoslavia para postrarse ante Tito y contribuir a que éste se hiciera «aceptable» en el movimiento comunista internacional.

El Partido Comunista Italiano y Togliatti se opusieron a que Moscú fuera el «único centro del comunismo internacional». Preconizaron el policentrismo, con el objetivo de crear un nuevo bloque revisionista con el Partido Comunista Italiano a la cabeza, el cual, al contraponerse al bloque revisionista soviético, acrecentaría su autoridad a los ojos de la burguesía italiana y mundial. De esta manera, Togliatti imaginaba que iba a granjearse la confianza del capital monopolista italiano e iba a entrar en su danza. Jruschov presintió el peligro de que los partidos revisionistas se escurrieran de la tutela de Moscú, tanto los de los países miembros del Pacto de Varsovia como los que se encontraban fuera de éste, y por eso se esforzó por conservar la unidad. Ahora bien el «policentrismo» togliattista y la «unidad» jruschovista eran cosas opuestas e irreales. El revisionismo escinde y no une.

El actual partido revisionista de Togliatti, de Langa y de Berlinguer ha recorrido caminos tenebrosos y nunca claros. Su línea y sus actitudes siempre han estado profundamente impregnadas de los puntos de vista intelectualistas y socialdemócratas. El dirigente del Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliatti, manifestó todo esto in crescendo hasta llegar al famoso «testamento» que redactó poco antes de su muerte en Yalta. Este «testamento» constituye el código del revisionismo italiano, donde en general tienen también su base los actuales puntos de vista del eurocomunismo.

Un ambiente propicio para su difusión, a partir del XX Congreso de PCUS, encontró el revisionismo moderno también en el Partido Comunista Francés. En la dirección de este

partido se había arraigado desde hacía tiempo la idea del parlamentarismo, de las «alianzas» con la socialdemocracia y la burguesía, de la lucha por reformas. Esto no se proclamaba abiertamente como ahora, es decir, no se elevaba a teoría. La oposición y la lucha contra el fascismo, la lucha por la defensa y el desarrollo de la democracia, por mejorar la situación de los obreros, todos estos actos justos en principio y también desde el punto de vista táctico, el Partido Comunista Francés no los enlazaba con el objetivo final, con la perspectiva socialista. Para la dirección del Partido Comunista Francés esta perspectiva estaba oscura, o algo que admitía en teoría, pero que pensaba que era irrealizable en las condiciones de Francia.

Como acabamos de señalar, el Partido Comunista Francés ha evitado que la lucha de liberación nacional se transformase en revolución popular, ha evitado la lucha armada por la toma del Poder. La clase obrera y su partido derramaron sangre, pero ¿para quién? En realidad, para la burguesía francesa y los imperialistas anglo norteamericanos. ¿Cómo se debe llamar esta vía del Partido Comunista Francés? Sin tapujos, traición a la revolución, y si queremos recurrir al eufemismo: línea oportunista, liberal.

Cierto que el Partido Comunista Francés no fue liquidado ni por los ocupantes alemanes ni por, la reacción, pero se produjo el fenómeno negativo de que, tras la liberación del país, las fuerzas guerrilleras que eran dirigidas por el partido, fueron desarmadas por la burguesía o, mejor dicho, fue la propia dirección del partido que tomó la decisión de «desarmarlas» puesto que «la patria había sido liberada». Una vez liberado el país, la burguesía asumió de nuevo el Poder, mientras que los comunistas quedaron excluidos del festín. Se le preparó el terreno a De Gaulle, que fue proclamado como el salvador del pueblo francés. Para evitar la resistencia y las huelgas de los obreros desilusionados e indignados, De Gaulle invitó a formar parte del gobierno a Maurice Thorez y a uno o dos comunistas más. Este lugar, a la cola de la mesa que le fijó la burguesía, el partido comunista lo pagó manteniendo posiciones que iban en contra de los intereses y de la voluntad de la clase obrera francesa.

Un error abre el camino a otro error. Embriagados por el éxito electoral que alcanzaron en las elecciones del 10 de noviembre de 1946, cuando los comunistas y los socialistas ganaron la mayoría absoluta de los escaños en la Asamblea Nacional, los dirigentes del Partido Comunista Francés se introdujeron más profundamente en la vía del reformismo. Precisamente en aquellos momentos, Maurice Thorez concedió una entrevista al corresponsal del periódico inglés Times, en la que decía que el desarrollo de las fuerzas democráticas en el mundo, y el debilitamiento de la burguesía capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, nos permiten prever para Francia «otros caminos al socialismo, diferentes del camino que siguieron hace 30 años los comunistas rusos ... De todos modos, el camino es necesariamente distinto para cada país».¹⁹

Esta vía al socialismo, que Thorez propugnaba en aquel entonces, tal vez no fuese exactamente la vía jruschovista, cuya estructura se configuró posteriormente. Pero como quiera que sea, las «otras vías» que Thorez buscaba no eran las de la revolución.

La burguesía francesa y el imperialismo norteamericano no permitieron que Thorez y la

¹⁹ M. Thorez, *Fils du peuple*, París, 1960, pág. 234

dirección del Partido Comunista Francés vivieran mucho con los sueños de la vía parlamentaria al socialismo. No pasó mucho tiempo, para que con un simple decreto del primer ministro socialista Ramadier, los comunistas fuesen eliminados del gobierno.

En la reunión de octubre de 1947, el Comité Central del Partido Comunista Francés se vio obligado a auto criticarse por sus posiciones y actos erróneos de aquel período, por no haber valorado correctamente las situaciones, la correlación de fuerzas, la política del partido socialista, etc.

De esta forma el Partido Comunista Francés, desde finales de 1947 comenzó a ver algunas cuestiones de manera más justa, movilizó a la clase obrera en importantes batallas de clase y en huelgas de envergadura, que tuvieron asimismo un acentuado carácter político, como lo fueron en particular las de los años 1947 y 1948 que suscitaron pánico en la burguesía francesa. En ese período, el Partido Comunista Francés luchó contra la marshalización de Francia y contra la política belicista del imperialismo norteamericano. Se opuso a la instalación de bases norteamericanas en Francia y se alzó contra las nuevas guerras coloniales del imperialismo francés. El partido llamó a la clase obrera a oponerse a la guerra colonialista en Viet Nam, no sólo mediante la propaganda, sino también con acciones concretas.

En esta lucha, la clase obrera francesa sacó de su seno a héroes y heroínas como Raymonde Dien, que se tendió sobre las vías del ferrocarril para impedir que partiera un tren cargado de armas destinadas a Viet Nam.

El Partido Comunista Francés participó activamente en la reunión de la Oficina de Información, que analizó la situación en el Partido Comunista de Yugoslavia. Denunció y condenó severamente la traición de Tito y de su grupo.

Pero, después de la muerte de Stalin y la llegada de Jruschov al Poder, comenzaron de nuevo a notarse vacilaciones y desviaciones en la línea del Partido Comunista Francés y en las actitudes de sus dirigentes. Dichas vacilaciones se observaron ya en el año 1954 en las posturas que adoptaron hacia la lucha de liberación del pueblo argelino.

¿Qué hizo el Partido Comunista Francés para ayudar a esta lucha? Desarrolló una campaña propagandística y nada más. Le incumbía el deber de demostrar con hechos el internacionalismo hacia la lucha de liberación del pueblo argelino, porque de esta manera lucharía también por la propia libertad del pueblo francés. Pero no hizo esto porque se inclinaba a actitudes oportunistas y nacionalistas. El Partido Comunista Francés fue incluso más lejos, impidió que el Partido Comunista de Argelia se empeñase en la lucha. Los hechos demuestran que, cuando Argelia ardía bajo el fuego de la lucha de liberación nacional, los comunistas argelinos se cruzaron de brazos, mientras que el secretario general del partido, Larbi Buhali, practicaba el esquí y se rompía una pierna en los Tatra de Checoslovaquia.

Cuando Jruschov y los jruschovistas comenzaron su actividad encaminada a la toma del Poder y a la degeneración capitalista de la Unión Soviética, cuando en su XX Congreso lanzaron su ofensiva contra Stalin, pareció que, en general, el Partido Comunista Francés

estaba en oposición con el revisionismo jruschovista y el Partido Comunista Italiano. Por lo visto, Thorez y la dirección de este partido miraban con recelo los cambios que se operaban en la Unión Soviética.

Esto se observó en las posiciones que asumieron en relación al problema de Stalin, cuando no se adhirieron a las calumnias de Jruschov, y también durante los acontecimientos en Polonia y Hungría en 1956, cuando en general mantuvieron actitudes correctas.

Pero, una vez que Jruschov y su grupo liquidaron a Molotov, Malenkov, Kaganovich y otros, consolidaron sus posiciones en el Partido y en el Estado y dieron rienda suelta a sus acciones, se vio que la dirección del Partido Comunista Francés, con Thorez a la cabeza, vacilaba. De sus posiciones antijruschovistas fue pasando, poco a poco y de concesión en concesión, a las posiciones de Jruschov. ¿Sería éste un caso fortuito y un desvarío de Thorez? ¿Se trataba acaso de una retirada de éste, Duclos y otros dirigentes frente a las presiones y los elogios y adulaciones de Jruschov y frente a otros métodos putschistas del mismo? Ciertamente, estos métodos han sido utilizados y han influido en el tránsito y posteriormente en la incontenible marcha del Partido Comunista Francés hacia el revisionismo. Pero esto no es todo. Las verdaderas causas hay que buscarlas en el propio Partido Comunista Francés, en sus actitudes anteriores, en su estructuración y organización interna, en su composición y en la presión que el ambiente externo ha ejercido sobre este partido.

La evolución del Partido Comunista Francés hacia el revisionismo no se hizo en un solo día. La cantidad se convirtió en calidad en un periodo relativamente largo. El Partido Comunista Francés fue llevado a las posiciones revisionistas por la vía reformista y parlamentaria, la vía de la «mano tendida» de Thorez, su adoración y sus concesiones hacia una serie de intelectuales una parte de los cuales después de haber traicionado, fueron expulsados, mientras que el resto continuó en el partido y fomentó el derrotismo en sus filas difundiendo todo tipo de teorías que deformaban el marxismo-leninismo.

El Partido Comunista Francés vivió cercado de un ambiente político ideológico burgués, revisionista, trotskista y anarquista que golpeaba incesantemente sus muros abriendo brechas y causándole graves daños.

Los grandes acontecimientos internacionales hicieron igualmente estremecer al Partido Comunista Francés. La publicación del informe secreto de Jruschov contra Stalin, que fue explotada por toda la burguesía de Europa y del mundo, ocasionó trastornos en el Partido Comunista Francés. La actitud que este partido adoptó frente a los acontecimientos de Hungría y Polonia, chocó con la severa oposición de la gran burguesía francesa, de la burguesía media, de los intelectuales liberales y de los oportunistas fuera del partido y también en sus filas.

Los acontecimientos que se produjeron en Francia con respecto a la guerra de Argelia hicieron que en el Partido Comunista Francés emergiesen de nuevo a la superficie y dominasen los viejos puntos de vista y actitudes oportunistas.

Todos esos factores, tomados en su conjunto, hicieron del Partido Comunista Francés, que en el pasado era conocido como uno de los partidos con mayor autoridad, un partido revisionista, reformista y socialdemócrata. En una palabra, el Partido Comunista Francés

retornó a las antiguas posiciones del viejo partido socialista, del cual se había desprendido en el Congreso de Tours, en 1920.

Entre los partidos revisionistas que han enarbolado la bandera del eurocomunismo, el más ardiente es el de Carrillo. ¿Qué sucedió para que el Partido Comunista de España, un partido que se destacó por su resuelta actitud en los tiempos del Frente Popular y de la Guerra Civil, se uniese con los jruschovistas y acabase en una situación de descomposición, degeneración y traición, en la que se encuentra hoy? Los cambios no se operaron ni se podían operar de un solo golpe, sin un largo proceso de decadencia y degeneración en el interior del partido español y en particular en su dirección.

En los primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la dirección del Partido Comunista de España y la mayoría de sus miembros residían en Francia, donde hacían una vida más o menos legal. En el exilio se encontraba también el gobierno republicano español. Era la época en que los comunistas se encontraban todavía en los gobiernos, en países como Francia e Italia. Los comunistas españoles empezaban a actuar de la misma manera que sus compañeros franceses e italianos. En 1946 volvió a formarse en París el gobierno republicano español en el exilio. El Partido Comunista de España envió a Santiago Carrillo como su representante en ese gobierno.

Cuando en mayo de 1947 los ministros comunistas fueron excluidos del gobierno en Francia y en Italia, también para el Partido Comunista de España, para sus cuadros y militantes, la situación comenzó a hacerse difícil. En agosto de este año los comunistas españoles fueron expulsados del gobierno en el exilio. Una vez más cayeron sobre ellos las medidas represivas, los controles policiales, los arrestos. Las infiltraciones de la policía francesa y la franquista en las filas de los comunistas y de los demócratas españoles se hicieron más intensas.

Para los dirigentes y los cuadros del partido resultaba cada vez más difícil permanecer y trabajar en Francia, por eso se trasladaron a Praga, a Berlín Este y a los demás países de democracia popular. Su éxodo hacia estos países coincidió poco más o menos con la época en que en la Unión Soviética y en los países de Europa Oriental comenzó a salir a la superficie la mugre revisionista Jruschovista.

Las reuniones del Comité Ejecutivo y del Comité Central del Partido se realizaban ahora muy lejos de España. Los comunistas que habían conocido los rigores de la Guerra Civil y la vida clandestina en España, las dificultades y las penurias de la vida en el exilio en Francia, empezaron a tomar el gusto al lujo y a la comodidad de los castillos de Bohemia y de Alemania, a conocer las lisonjas, las alabanzas, pero también las presiones de todo tipo de los revisionistas jruschovistas, los *aparatchik* y los agentes de los servicios secretos. Tal como los acontecimientos vinieron a demostrar, la dirección del Partido Comunista de España resultó ser uno de los más dóciles y ciegos instrumentos de Nikita Jruschov y de la gente de su grupo.

En 1954 se llevó a cabo el V Congreso del Partido Comunista de España. En este congreso afloraron los primeros elementos del espíritu pacifista y de reconciliación de clases de lo que constituiría poco más tarde la plataforma del revisionismo español y que encontraría su

perfecta expresión en la obra ultrarrevisionista y traidora de Carrillo.

Adoptando la vía jruschovista de transición pacífica al socialismo, el Comité Central del Partido Comunista de España, en junio de 1956, con motivo del vigésimo aniversario de la Guerra Civil hizo público un documento, en el cual estaba formulada la política de «reconciliación nacional». El Partido Comunista de España se pronunciaba por un acuerdo entre las fuerzas que 20 años atrás habían combatido en formaciones opuestas. «Una política de venganza -se dice en esta declaración- no serviría al país (...) para salir de la situación, en la que se encuentra España necesita de paz y de reconciliación entre sus hijos ...»²⁰

Los tiempos de las posturas resueltas de los comunistas españoles frente a la dictadura de Primo de Rivera ²¹ y al «pronunciamiento» de los generales, posturas que habían aumentado la influencia del partido comunista entre las masas, y lo habían fortalecido y templado, pertenecían al pasado. Sonaba ya la hora de la línea del oportunismo más vulgar y de las lisonjas y las humillaciones ante la burguesía y sus partidos, ante la iglesia católica y el ejército español, línea que colocaría al partido de Dolores Ibarruri y Carrillo al rango de los partidos típicamente socialdemócratas.

Nosotros desconocíamos los procesos regresivos internos que se habían operado en el Partido Comunista de España, pero en la Conferencia de los partidos comunistas y obreros de Moscú, en noviembre de 1960, cuando el Partido del Trabajo de Albania desenmascaró abiertamente al revisionismo moderno y en particular al revisionismo soviético, encabezado por el traidor y renegado del marxismo-leninismo, Jruschov, el Partido Comunista de España y personalmente Ibarruri nos atacaron de la forma más rastrera.

Cuando era el momento de defender el marxismo-leninismo, los dirigentes del Partido Comunista de España atacaron ferozmente al Partido del Trabajo de Albania y salieron en defensa de Jruschov y su grupo traidor al marxismo-leninismo. El tiempo confirmó que nuestro Partido del Trabajo estaba en el justo camino, en el camino, marxista-leninista, mientras que el Partido Comunista de España, con Ibarruri al frente, se había alineado enteramente en el campo de los renegados y los enemigos del comunismo.

A partir de 1960, en el Partido Comunista de España comenzaron a surgir grandes disputas y divergencias, que conducirían a la escisión del partido. Fue así como se crearon dos fracciones revisionistas, antimarxistas: una, prosoviética, encabezada por Lister; otra, que buscaba independizarse de Moscú, para poder aplicar su propia línea, que posteriormente tomaría el nombre de eurocomunismo. A la cabeza de esta segunda fracción estaban Ibarruri y Carrillo.

La línea de Carrillo coincidía cada vez más con la línea del Partido Comunista Italiano y con la del Partido Comunista Francés. Coincidía asimismo con la línea de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia. De esta forma, comenzó a cristalizar una unidad todavía no estructurada entre el titismo, el partido revisionista italiano, el francés y el español de Ibarruri.

20 C. Colombo, Storia del Partito Comunista Spagnolo, Milano, 197~ págs. 186-187.

21 El régimen dictatorial fascista de Primo de Rivera dominó en España de 1923 a 1930.

En unos momentos en que esta agrupación de los revisionistas de Europa Occidental, incluyendo en ella a Tito, iba tomando cuerpo y trataba de separarse de Moscú, el Partido Comunista de China de Mao Tse-tung recibía a Carrillo en Pekín y mantenía con él íntimas conversaciones. El contenido de estas conversaciones no se hizo público, pero el tiempo está demostrando que entre los revisionistas chinos y los españoles existen muchas cosas en común. Por eso, no tardarán en establecerse las relaciones oficiales, abiertas, entre el partido revisionista chino y el español.

Las orientaciones políticas de los partidos revisionistas italiano y francés, sus objetivos, estrategias y tácticas con vistas a establecer una estrecha colaboración con la burguesía reaccionaria y el Estado burgués capitalista, también fueron adoptados por Carrillo. Pero el Partido Comunista de España no tenía todavía un status legal, razón por la cual desplegaría grandes esfuerzos, ya en vida de Franco, para lograr su legalización. Ni el franquismo ni Franco permitieron tal cosa. Tras la muerte de Franco, con el acceso al Poder del rey Juan Carlos, Carrillo consiguió algunos resultados de cara a la legalización del partido. Pero, para obtener ésta, tuvo que hacer declaraciones y concesiones de principio de tal magnitud que ni siquiera el Partido Comunista Francés y el Partido Comunista Italiano se habían permitido hacer ante la burguesía capitalista de sus propios países. Para entrar en España y legalizar su partido, Carrillo aceptó reconocer al régimen del rey Juan Carlos, incluso llegó a elogiarlo, a calificarlo de régimen «democrático», admitió la monarquía y su bandera. Después de esta sumisión, los monárquicos le dieron carta blanca. El Partido Comunista de España fue legalizado, Carrillo e Ibarri regresaron a España junto a todo su redil de traidores españoles.

Tan pronto llegaron a Madrid, los cabecillas revisionistas renegaron abiertamente de la República y declararon que la Guerra de España había ya pasado a la historia. La coalición con los otros partidos burgueses y la lucha por entrar en el gobierno fueron proclamadas como el fundamento de su línea. En las diversas elecciones que se han celebrado en España, el partido de Carrillo no ha conseguido más que un 9 por ciento de votos, y apenas unos pocos escaños en el parlamento. Esto para Carrillo ha sido una «gran victoria democrática que cambiará la imagen de España». Pero en realidad, los revisionistas españoles jamás serán capaces de blanquear esa imagen, porque Ibarri, Carrillo y sus socios tienen en sus manos un jabón bituminoso, un jabón de azabache. Han arrojado por la borda la bandera roja de la revolución y han pisoteado sin la menor vergüenza la sangre derramada por decenas y cientos de miles de héroes en la Guerra de España.

En la transformación reformista y oportunista de los partidos comunistas de los países occidentales, un importante papel jugó asimismo la línea establecida por la dirección revisionista soviética en sus relaciones con ellos. El objetivo de los revisionistas Jruschovistas de la Unión Soviética era obligar a los partidos revisionistas de los diversos países a seguirles en su política de establecer la hegemonía socialimperialista en todo el mundo. Querían que estos partidos les prestasen su apoyo en esta acción diabólica que habían emprendido.

Naturalmente, los fines hegemónicos y expansionistas de los socialimperialistas soviéticos no podían ser del agrado de los imperialistas norteamericanos y sus aliados. Pero tampoco

los partidos revisionistas de los diversos países podían estar de acuerdo con la política soviética. Instigados también por la burguesía de sus países, estos partidos comenzaron a desarrollar cada vez de forma más abierta una actividad discordante e independiente del partido revisionista de la Unión Soviética.

Los partidos revisionistas de Europa Occidental, América Latina y Asia, unos más y otros menos, empezaron a rebelarse en cadena contra la hegemonía soviética jruschovista, saliendo al mismo tiempo con toda una serie de nuevas teorizaciones antimarxistas. Entre estas teorizaciones, las más completas y de mayor publicidad lograron ser muy pronto las «teorías» de los grandes partidos revisionistas de Europa Occidental que fueron bautizadas con el nombre de eurocomunismo. Al igual que el revisionismo titista y jruschovista, también el eurocomunismo, desde que apareció en escena, emprendió una lucha frontal contra el marxismo-leninismo, con el fin de revisar sus principios fundamentales y desacreditarlos ante los ojos de los trabajadores.

Del oportunismo revisionista al anticomunismo burgués

El eurocomunismo es una variante del revisionismo moderno, un conglomerado de pseudo teorías que se oponen al marxismo-leninismo. Su objetivo es impedir que la teoría científica de Marx, Engels, Lenin y Stalin siga siendo una poderosa e infalible arma en manos de la clase obrera y de los auténticos marxista-leninistas para destruir desde sus cimientos el capitalismo, su estructura y superestructura, para instaurar la dictadura del proletariado y construir la nueva sociedad socialista.

Los revisionistas italianos han definido el euro comunismo como *«una tercera vía, que difiere de las experiencias de las socialdemocracias y de las que se han desarrollado después de la Revolución de Octubre en la Unión Soviética y en otros países socialistas»*. Esta «tercera vía», como se indica en las tesis del XV Congreso del Partido Comunista Italiano, es presentada como *«una solución que se adapta a las características nacionales y a las condiciones de la época actual, a los rasgos y a las exigencias esenciales que son comunes a las sociedades industriales desarrolladas regidas por instituciones democrático-parlamentarias, como son hoy los países de Europa Occidental»*.²²

Así pues, esta «tercera vía», este llamado eurocomunismo, como lo reconocen los propios eurocomunistas, no tiene nada que ver con el verdadero comunismo científico elaborado por Marx y Lenin, encarnado en la Revolución de Octubre y en otras revoluciones socialistas que vinieron después, y corroborado por la lucha de clase del proletariado internacional. Con exactitud y certeza al euro comunismo bien podemos llamarlo revisionismo europeo número tres.

En la actualidad, el Partido Comunista Francés, el italiano y el español de comunistas sólo conservan el nombre, ya que los tres nadan en las hediondas aguas de la burguesía a la que sirven. Los programas de los partidos revisionistas de los países occidentales son programas típicamente reformistas, no se diferencian en nada de los programas de los

22 La política e l'organizzazione dei comunisti italia ni, Roma, 1979, págs. 8-9.

partidos burgueses, socialistas y socialdemócratas, los cuales nadan en las mismas aguas. Precisamente son estos últimos los que inspiran también a los revisionistas. Su objetivo no es la revolución proletaria y la transformación socialista de la sociedad, sino inculcar en las amplias masas la idea de que hay que renunciar a la revolución que, según ellos, es innecesaria e inoportuna. Entonces, ¿qué se debe hacer según ellos? «Cambiar la vida», «modificar el modo de vida», «pensar en los problemas del día», «no atacar la actual sociedad capitalista», «realizar una revolución cultural en vez de una revolución proletaria», esto es lo que repiten todos los días y a todas horas estos partidos antimarxistas. «Vivir mejor, defender el salario para que no lo rebajen, obtener vacaciones pagadas, tener asegurado el puesto de trabajo», «qué más vamos a pedir», les dicen a los obreros. El partido revisionista italiano y el francés plantean estas cuestiones en cada reunión, en cada congreso y con ellas adormecen al proletariado y a los trabajadores para acaparar sus votos.

El revisionismo clásico de tipo socialdemócrata se integró en el revisionismo moderno. En diversas formas, ora abiertas ora modificadas, las teorías de Bernstein y de Kautsky se encuentran en el revisionista Browder, se encuentran en el revisionismo jruschovista, en el revisionismo titista, en el revisionismo francés y en el revisionismo italiano togliattista, en el llamado pensamiento Mao Tse-tung y en todas las demás corrientes. Este aluvión de corrientes antimarxistas que se desarrollan en el mundo capitalista-revisionista actual constituyen una quinta columna en el seno de la revolución mundial para prolongar la vida al capitalismo internacional combatiendo la revolución desde dentro.

La negación del marxismo-leninismo es el objetivo que han deseado y desean alcanzar el capitalismo y el imperialismo. En este camino, hoy les está ayudando con todos los medios y maneras, abiertas unas, disimuladas otras, con toda clase de teorías y de slogans filosóficos pseudo científicos, el revisionismo moderno.

En el XXII Congreso del Partido Comunista Francés, Marchais declaró que la transición al socialismo se haría sin lucha de clases y que en su edificación ya no se precisaría la dictadura del proletariado. Marchais afirma que en su «socialismo» tendrán cabida diversos partidos, incluidos los partidos de la reacción. Así, tanto para Brezhnev y Tito como para Marchais, en muchos países dominados por el capital, el socialismo habría comenzado a edificarse desde ahora, sólo quedaría colocar a la puerta el cartel: «país socialista».

En otras palabras, dado que al socialismo aluden todos de manera espontánea, como predicán los revisionistas, el marxismo-leninismo, como ciencia de la revolución y del socialismo, ya no le sirve a nadie, ahora pertenece al pasado, por lo tanto debe ser abandonado.

Los diversos revisionistas dicen que el marxismo-leninismo «está anticuado», que no está en condiciones de resolver los problemas que plantea la sociedad desarrollada de hoy, que no puede acomodarse a la civilización actual. Según ellos, la sociedad actual ha absorbido del marxismo-leninismo todo lo que podía absorber y éste ha entrado en la fila de las viejas filosofías como el kantismo, el positivismo, el racionalismo bergsonian y demás filosofías idealistas. El ultrarrevisionista Mílovan Gilas declara sin ambages que el marxismo-leninismo, una filosofía elaborada en el siglo XIX, ya no puede tener ningún valor desde el momento en que la ciencia actual está mucho más avanzada que la ciencia y la filosofía del

siglo pasado.

Discurriendo en esta vía, los revisionistas italianos, franceses y españoles han venido desplegando grandes esfuerzos a lo largo de los dos o tres últimos años para formular teóricamente sus puntos de vista y sus actitudes oportunistas, el eurocomunismo, como ellos lo denominan, e imprimirles el carácter de una doctrina política e ideológica propia, que representaría un «nuevo desarrollo del marxismo». En los últimos congresos de estos partidos y en los programas que adoptaron, el eurocomunismo adquirió una forma completa y definida. Estos tres partidos renunciaron oficialmente al marxismo-leninismo. Para los franceses de Marchais, que consideran la teoría de Marx como una teoría de conceptos áridos y dogmáticos, como un sistema cerrado de preceptos inmutables, la nueva «teoría» que han creado tiene «sus fuentes, dicen ellos, en las corrientes filosóficas y políticas de nuestra nación»²³. Se comprende que los revisionistas franceses no se refieren a las aportaciones filosóficas progresistas y revolucionarias, que Marx introdujo de manera crítica en su obra, sino precisamente a las ideas que desenmascaró y rechazó y que ahora los revisionistas están haciendo suyas.

Si los revisionistas renuncian en sus estatutos, programas y demás documentos a toda referencia al marxismo-leninismo, esto no tiene sólo un carácter formal, que sanciona lo que desde hace tiempo han consumado en la práctica. Tampoco significa únicamente ejecutar la voluntad de la burguesía, responder a su solicitud dirigida a los partidos revisionistas para que eviten mencionar el «fantasma del comunismo». Ni simplemente es una acción que expresa, incluso de manera oficial, el abierto paso del revisionismo moderno a las posiciones ideológicas de la socialdemocracia europea. La renuncia por parte de los partidos revisionistas a toda referencia al marxismo-leninismo, que hasta hoy lo utilizaban como máscara para engañar a los trabajadores, demuestra que han comenzado a declararles una guerra abierta desde las posiciones del anticomunismo burgués. El hecho es que son precisamente los eurocomunistas que, en el plano ideológico, mantienen la bandera de la lucha contra el marxismo-leninismo, el socialismo y la revolución. La publicidad que la gran prensa burguesa, los trusts de publicaciones, la radio y la televisión han desplegado en torno a los escritos, los libros, los discursos y los congresos de los revisionistas, es realmente sorprendente. Tipos como Berlinguer, Marchais, incluso Carrillo, han sido transformados por la gran máquina propagandística en personajes que aventajan no sólo a las «estrellas» de cine, sino también a los papas y a los jefes de Estado de los más grandes países. Periodistas y escritores les siguen a cada paso, pescando sus palabras antes que caigan de sus labios para publicarlas en letras de molde en la primera plana de los diarios.

Toda esta publicidad, todo este ruido testimonia el gran júbilo de la burguesía, que ha encontrado celosos servidores dispuestos a combatir, desde la izquierda, como ellos dicen, al comunismo, en unos momentos en que sus armas del anticomunismo declarado estaban oxidadas y eran inservibles. Nada mejor y más eficaz podía encontrar el capital en las situaciones que atraviesa que el servicio que le ofrecen los revisionistas. Por eso son totalmente comprensibles y justificables los elogios que la burguesía reserva a la demagogia, los engaños, las especulaciones teóricas y la actividad práctica con que los revisionistas maniobran para embaucar y desorientar a los trabajadores.

23 Cahiers du communisme, junio-julio, 1979, pág. 392.

Concepción burguesa de la sociedad burguesa

Los eurocomunistas tratan de crear una falsa imagen de la sociedad capitalista actual y de sus contradicciones, presentarla como una sociedad que ha cobrado tal grado de desarrollo, desde la época de Marx, Engels, Lenin y Stalin, que los análisis y las enseñanzas fundamentales de éstos sobre aquélla «han sido superados e invalidados».

Esta sociedad es para ellos como un todo único y ya no distinguen su polarización en proletarios y burgueses, no consideran como su contradicción fundamental la que existe entre estas dos clases, y por consiguiente no ven en la lucha de clases la principal fuerza motriz de esta sociedad. Para los euro comunistas, naturalmente, existen algunas contradicciones que califican de contradicciones propias «del desarrollo», «del progreso», «del bienestar», «de la democracia», etc., las cuales habrían venido a reemplazar a las viejas contradicciones, sobre todo la existente entre el trabajo y el capital, en la que descansa toda la teoría marxista-leninista acerca del papel y la misión histórica del proletariado, acerca de la revolución, de la dictadura del proletariado y del socialismo.

Hoy, dicen ellos, ha dejado de existir el proletariado de los tiempos de Marx y Lenin, las clases han cambiado y ya no son las que éstos han conocido y de las cuales han hablado. Actualmente, dicen los eurocomunistas, también la clase burguesa como clase, se ha diluido, sus componentes se han transformado en «trabajadores» y toda la riqueza se ha concentrado en manos de una pequeña camarilla capitalista, que conserva y defiende esta propiedad. Marchais, por ejemplo, ha «descubierto» que hoy en Francia la burguesía «como tal» ha quedado reducida a 25 grupos financieros e industriales, el resto son «trabajadores». Por consiguiente, recalcan los renegados revisionistas, el Estado burgués capitalista actual ha cambiado, ya que ha cambiado la propia sociedad, han cambiado las clases. Por lo tanto, arguyen ellos, Marx y Lenin, que no han conocido el Estado capitalista actual, totalmente diferente del de su época, preveían otro papel distinto al actual para el proletariado, otro método para la toma del Poder, otro sistema de lucha para pasar al socialismo.

Los revisionistas euro comunistas consideran que hoy todas las clases y capas de la sociedad capitalista y en particular la intelectualidad se han igualado con el proletariado. A excepción de un puñado de capitalistas, para ellos todos los demás indistintamente, exigen cambiar la sociedad, de una sociedad burguesa en una sociedad socialista y para llegar a ello, según los eurocomunistas, es preciso reformar la vieja sociedad y no derrocarla.

Así pues, dejan correr su fantasía para decir que debe tomarse el Poder de modo gradual a través de reformas, desarrollando la cultura y con una estrecha colaboración entre todas las clases sin excepción alguna, tanto de las que tienen el Poder como de las que no lo tienen.

Todos los revisionistas coinciden con Marcuse, quien, al referirse al proletariado norteamericano, pretende «demostrar» que en la «avanzada sociedad industrial» norteamericana no existe un proletariado tal como Marx lo concebía, que este proletariado habría pasado a la historia.

Esto para Marcuse, Garaudy, Berlinguer, Carrillo, Marcháis y todos sus compañeros significa que la «sociedad de consumo», la «sociedad industrial desarrollada» no sólo ha modificado la forma de la vieja sociedad capitalista, sino que también ha nivelado las clases y, como ha declarado el propio Georges Marchais, ahora «no podemos hablar de proletariado francés sino de clase obrera francesa».

Marx señalaba que por

«...proletario, en la acepción económica de la palabra debe entenderse únicamente el obrero asalariado, que produce y aumenta «el capital» y que es arrojado a la calle apenas resulta superfluo para las exigencias del crecimiento del valor del «señor capital»

24

¿Qué ha ocurrido en Francia para que Marchais ya no vea proletarios? ¿Acaso han dejado de existir los obreros asalariados, que producen la plusvalía y aumentan el capital? ¿Es que ya no existen parados que el «señor capital» echa a la calle como excedentes?

En Albania socialista, eso sí, ya no existe el proletariado en el sentido que tiene esta noción en los países capitalistas, porque la clase obrera en nuestro país tiene el Poder estatal en sus manos, es dueña de los principales medios de producción, no es oprimida ni explotada, trabaja en libertad para sí y para la sociedad socialista.

Totalmente diferente es la cuestión en los países capitalistas, donde la clase obrera es despojada de los medios de producción y para vivir se ve obligada a vender su fuerza de trabajo y someterse a la explotación capitalista que no cesa de intensificarse. En estos países el proletariado, además de ser oprimido ferozmente y explotado hasta la médula, sufre la represión del ejército y de la policía burguesa. En los Estados capitalistas el proletariado, no obstante de vestir ropas de nylon, producidas por la sociedad de consumo, de hecho sigue siendo proletariado.

No sin objetivo los revisionistas modernos cambian el nombre del proletariado. Si se habla del proletariado, que en el capitalismo posee tan sólo su fuerza de trabajo, se entiende que éste debe luchar contra sus explotadores y opresores. Precisamente esta lucha, que tiene por objeto destruir desde sus cimientos el viejo Poder del capital, aterroriza a la burguesía, y aquí, en este terreno es donde los revisionistas la ayudan con todos los medios que tienen a su alcance.

La negación de la existencia del proletariado como clase en sí, como la clase más avanzada de la sociedad, y que la historia le ha reservado la gloriosa misión de acabar con la explotación del hombre por el hombre y de edificar la nueva sociedad, verdaderamente libre, fundada en la igualdad, una sociedad justa y humana, no es algo nuevo. Esto lo han preconizado diversos oportunistas también en la época cuando estaba naciendo el marxismo como doctrina filosófica y movimiento político. Marx y Engels barrieron estos puntos de vista y proporcionaron al proletariado armas y argumentos para combatir no sólo a estos oportunistas, sino también a los otros lacayos de la burguesía, los futuros apologistas del

capitalismo; como lo son hoy los revisionistas modernos.

Uno de los méritos más grandes del marxismo es el haber visto en el proletariado no sólo una clase oprimida y explotada, sino también la clase más progresista y más revolucionaria de la época, la clase a la que la historia le había reservado la misión de sepulturero del capitalismo. Marx y Engels explicaron que esta misión emanaba de las propias condiciones económicas y sociales, del lugar que ocupa y del papel que desempeña el proletariado en el proceso de la producción y en la vida política y social, del hecho de ser el portador de las nuevas relaciones de la sociedad socialista del porvenir, de que cuenta con su propia ideología científica que le ilumina el camino y con su estado mayor dirigente, el partido comunista.

No obstante los cambios que se han producido en el desarrollo económico y en la composición social de la sociedad capitalista, las condiciones generales de existencia, trabajo y vida del proletariado también hoy continúan siendo las que había analizado Marx. Ninguna otra clase o capa social puede suplantar al proletariado como fuerza principal y dirigente de los procesos revolucionarios para la transformación progresiva de la sociedad.

Las enseñanzas de Marx acerca de esta cuestión conservan todo su valor. En la teoría marxista, el proletariado encuentra su arma espiritual, del mismo modo que esta teoría encuentra en el proletariado su arma material. Marx ha dicho que el proletariado es el corazón de la revolución, mientras la filosofía es su cabeza. Para el proletariado mundial, El Capital de Marx es el faro que le muestra científicamente de qué modo y en qué forma le explota la burguesía. El capitalista encadena al proletariado a las fábricas, a las máquinas, pero El Capital le enseña a romper las cadenas.

Las tesis revisionistas sobre el cambio de naturaleza del proletariado y de su misión histórica han existido desde hace tiempo en los partidos comunistas de los países de Occidente. Pero el primero que las presentó pública y oficialmente fue Roger Garaudy. Este fue uno de los primeros «teóricos» revisionistas que desarrolló la teoría según la cual ya no se puede hablar de pauperización del proletariado francés y ahora las diversas clases y capas de la población marchan hacia su fusión y unificación.

La tesis de Garaudy, reiterada y aplicada ahora por los demás revisionistas, sostiene que «en la situación actual ya no es necesaria la revolución violenta, porque los obreros de un modo gradual están participando activamente en las ganancias de las grandes empresas capitalistas las cuales ahora no son dirigidas por los propietarios burgueses, sino por los técnicos que han ocupado su lugar». Este es un gran bluf, pues estos técnicos y especialistas están bajo la zarpa de una sola dirección, son servidores de los grandes trusts y monopolios capitalistas, verdaderos dueños de los medios de producción.

En el mundo capitalista, a pesar de los cambios que se han realizado en la estructura social de clase, nada ha cambiado en lo que a las posiciones de las clases y de las relaciones de clase se refiere. La teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre las clases y la lucha de clases en la sociedad burguesa es siempre joven y actual,

Como la «teoría» de Garaudy aparecieron en el Occidente una serie de otras «teorías»

similares, fabricadas tanto por los «nuevos» pseudo filósofos franceses, como por sus colegas alemanes, norteamericanos, italianos, etc. Todas estas teorías llevan el sello del revisionismo, del trotskismo, del anarquismo y de la socialdemocracia. Llegó el momento en que todas estas teorías se convirtieron por entero en propiedad privada de los partidos revisionistas francés, italiano, español, inglés, etc., los cuales reunieron y codificaron de manera trivial todas estas basuras del revisionismo y del oportunismo.

La vida diaria, la lucha de la clase obrera ha desenmascarado y desenmascara estas teorías, revelando su objetivo reaccionario y contrarrevolucionario. La experiencia confirma que la clase obrera se empobrece a medida que se enriquecen los capitalistas, demuestra que aquella comprende debidamente lo dicho por Marx, de que, el obrero se empobrece en la medida en que más riquezas produce, que el obrero se convierte en una mercancía de menor valor a medida que más mercancías crea, que el proletariado no puede salvarse de la explotación sin apoderarse de los medios de producción, sin destruir el Poder de la burguesía.

Hoy los revisionistas modernos, como Marchais, Berlinguer, Carrillo y compañía, rechazan estas concepciones científicas de Marx. Actualmente, dicen ellos, ha dejado de existir el proceso de la pauperización relativa y absoluta del proletariado, debido al desarrollo de la revolución técnico-científica y a las conquistas que los obreros han logrado a través de las reformas. Quieren decir a los proletarios que con las limosnas que les da el capitalismo pueden cubrir todas sus exigencias y necesidades, y por lo tanto no tienen por qué lanzarse a la revolución.

Otros teóricos revisionistas, al verse ante los indiscutibles hechos de la vida, declaran que si bien es cierto que Marx se ha referido a la explotación de la clase obrera, esto es válido tanto para los países capitalistas, como para los países socialistas. Como consecuencia, la clase obrera no tiene por qué alzarse contra la explotación capitalista, ya que de ésta jamás podría liberarse. Esta es una tergiversación de la realidad y una calumnia. La posición de la clase obrera en el capitalismo y en el socialismo es diametralmente opuesta.

En los países capitalistas y revisionistas, el obrero no es libre ni en el trabajo ni en la vida. Es esclavo de la máquina, del capitalista, del tecnócrata, que exprimen su fuerza de trabajo creando la plusvalía para el capital. Solamente en el verdadero régimen socialista donde en el Poder está la clase obrera, las enseñanzas de Marx, debidamente aplicadas, permiten al proletariado tomar conciencia y hacerse plenamente dueño de los medios de producción y conquistar, a través de su dictadura, todas las libertades y todos los derechos democráticos, políticos y económicos.

En la sociedad burguesa, lo determinante es mantener atada a la clase obrera con las cadenas económicas que le ha echado el capital. Sobre esta esclavitud descansa todo el sistema capitalista. Pero los teóricos burgueses y revisionistas, en su incapacidad de refutar esta gran verdad, es decir la cuestión de la explotación económica, cuestión que ha tratado Marx y que es algo primordial, tratan de eclipsarla e interpretarla echando mano a una serie de tesis y concepciones alambicadas y falsas. Estos «teóricos», al verse en la imposibilidad de negar la sujeción del obrero al capital, predicán que en la época actual no sería necesario resaltar en qué medida estruja y esclaviza el propietario al hombre en el régimen capitalista,

sino que su ligazón con el capital va en beneficio del obrero, y que esto le permite subsistir. Su objetivo es alejar al proletariado de la lucha de clase contra el capitalismo, tratando de centrar su atención en las «ventajas» de la «sociedad de consumo».

Para desviar la atención de la opresión y la explotación económica, los revisionistas modernos han inventado toda una serie de falsas tesis. Una gran publicidad dan a su tesis de que en la «sociedad de consumo» el obrero disfruta de tantas cosas que los problemas económicos los ve en último plano. Su preocupación casi exclusiva serían las cuestiones de la religión, la familia, la mujer, el televisor, el coche, etc., que, según ellos, han hecho que el problema de la explotación económica haya dejado de ser el problema básico de la lucha de clases y de la revolución. Todo esto se hace para echar agua al vino, para alejar a las masas trabajadoras de su lucha por el derrocamiento del orden burgués.

Abandonando el marxismo-leninismo y deseosos de crear una nueva «teoría» que se distinga, en todas las cuestiones fundamentales de la doctrina de Marx y Lenin, los eurocomunistas se ven envueltos en una gran confusión y perplejidad, en una incoherencia y contradicción profundas. Prácticamente ya no están en condiciones de explicar ninguna de las contradicciones actuales del mundo capitalista, ni de dar respuesta a los problemas que emanan de ellas. Es cierto que hablan de fenómenos tales como «crisis», «desempleo», «degradación y degeneración» de la sociedad burguesa, pero no pasan de las constataciones generales que nadie niega, ni siquiera la propia burguesía. De manera consciente, tratan de velar la causa de estos fenómenos, la feroz explotación capitalista, y no mostrar que ésta puede desaparecer sólo por medio de la revolución, derrumbando las viejas relaciones que mantienen en pie el sistema de opresión capitalista.

Con sus tesis de la «extinción de la lucha de clases» como consecuencia de los «cambios esenciales» que supuestamente habría sufrido la sociedad capitalista gracias al desarrollo de las fuerzas productivas, de la revolución técnico-científica, de la «reestructuración del capitalismo», etc.; con sus prédicas acerca de la necesidad de establecer una amplia colaboración de clases, dado que ahora, en el socialismo están supuestamente interesadas no sólo la clase obrera y las masas trabajadoras, sino también casi todas las capas de la burguesía a excepción de un pequeño grupo de monopolistas; con su pretensión de que se puede pasar al socialismo a través de reformas, dado que la sociedad capitalista de hoy se desarrollaría por la vía de la integración pacífica en el socialismo, etc., los eurocomunistas convergieron no sólo en la teoría, sino también en la actividad práctica con la vieja socialdemocracia europea, se fundieron en una sola corriente contrarrevolucionaria al servicio de la burguesía.

La actitud hacia la clase obrera y su papel dirigente ha sido piedra de toque para todos los revolucionarios en todos los tiempos. La renuncia a la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario, ponía de relieve Lenin, es el aspecto más vulgar del reformismo. Pero esta calificación de Lenin no intranquiliza a los revisionistas italianos, incluso éstos ensalzan su reformismo con tanto aparato y vanagloria que realmente se vuelven ridículos. **«El mismo papel dirigente de la clase obrera en el proceso de superación del capitalismo y de construcción del socialismo -declaran ellos- puede y debe desempeñarse a través de una colaboración y entendimiento entre los diferentes partidos y corrientes que aspiran al socialismo y en el marco de un sistema democrático en el que**

gozan de plenos derechos todos los partidos constitucionales, incluso los que no quieren la transformación de la sociedad en el sentido socialista y se oponen a ella, naturalmente siempre en el respeto de las reglas democráticas .consti tucionales.»²⁵

Esta visión «marxista original», agregan los berlingueristas, no es un nuevo descubrimiento, sino un desarrollo del pensamiento de Labriola y de Togliatti. En este caso, ellos mismos indican el origen de sus ideas. Pero cabe añadir que Labriola, al que intentan presentar como un clásico, no ha sido un marxista consecuente. Se ha mantenido muy alejado de la actividad revolucionaria y de los problemas de la revolución. En cuanto a Togliatti, ya su obra demuestra que ha sido un desviacionista y un oportunista.

Tomando como referencia a Labriola o a Togliatti, los revisionistas italianos y sus compañeros de Francia o de España quieren echar al olvido la teoría de Lenin sobre la necesidad de la hegemonía del proletariado en la revolución y en la edificación del socialismo.

En toda su genial obra, Lenin ha defendido y desarrollado la teoría de Marx sobre la hegemonía del proletariado en la revolución, abandonada por los socialdemócratas europeos. Los puntos de vista socialdemócratas al respecto han sido resucitados ahora por los revisionistas. Lenin ha demostrado que en las nuevas condiciones, las del imperialismo, la hegemonía del proletariado es indispensable no sólo en la revolución socialista, sino también en la revolución democrática. Ha explicado que la instauración de esta hegemonía es indispensable, porque el proletariado más que cualquier otra clase social está interesado por la completa victoria de la revolución, en llevarla hasta el fin. Pertrechado con la teoría de Lenin, el proletariado se ha lanzado a la revolución y ha triunfado, mientras las teorías que preconizan los revisionistas lo dejan bajo la opresión de la burguesía.

La teoría leninista sobre la indivisible hegemonía de la clase obrera ha encontrado una brillante confirmación y aplicación en la realización de la revolución y en el triunfo del socialismo también en Albania. Para los comunistas albaneses estaba claro desde un comienzo que sólo un partido, el Partido Comunista, podía conducir la Lucha de Liberación Nacional a la completa victoria. Que sólo una clase, la clase obrera podía ser hegemónica en esta lucha, que su principal aliado sería el campesinado pobre y medio, que la juventud y los estudiantes serían el principal sostén del Partido y junto con la mujer albanesa constituirían las capas combativas de la revolución popular.

Su reducido número no impidió a la clase obrera en Albania jugar su papel hegemónico, ya que tenía a su cabeza su Partido Comunista, que se guiaba por las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin. La correcta línea de nuestro Partido, que respondía a las situaciones del momento y a los intereses de las amplias masas trabajadoras, se materializó en la gran unión del pueblo en torno a la clase obrera en un sólo frente bajo' la dirección exclusiva e incompatible del Partido Comunista.

La justa línea y dirección de nuestro Partido condujeron a la extensión de la lucha, que fue creciendo gradualmente, hasta adquirir la forma de una insurrección general, de una vasta

25 La politica e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1979, págs. 15-16.

guerra popular, hasta la liberación de Albania y la instauración del Poder popular.

Negando el papel hegemónico y dirigente de la clase obrera en la revolución y en la edificación del socialismo, los eurocomunistas tampoco podían dejar de abandonar el papel y la misión del partido comunista, tal como han sido definidos por el marxismo-leninismo y confirmados por la larga historia del movimiento revolucionario y comunista mundial.

En las tesis del XV Congreso del Partido Comunista Italiano se apunta que ahora se habría construido el «partido nuevo». ¿En qué consiste este «partido nuevo»? **«El Partido Comunista Italiano -se señala en sus estatutos- organiza a los obreros, los trabajadores, los intelectuales, los ciudadanos que luchan, en el marco de la Constitución republicana, por el reforzamiento y desarrollo del régimen democrático antifascista, por la renovación socialista de la sociedad, por la independencia de los pueblos, por la distensión y la paz, por la cooperación de todas las naciones. En el Partido Comunista Italiano, -se dice más adelante- pueden ingresar los ciudadanos que han cumplido la edad de 18 años y que independientemente de la raza, de las convicciones filosóficas y del credo religioso, acepten su programa político y se entreguen a la acción para realizarlo militando en una organización del partidos»²⁶**

Hemos citado este extenso artículo de los estatutos del partido revisionista italiano, que son casi idénticos a los de los partidos revisionistas francés y español para que se vea hasta qué punto los revisionistas eurocomunistas se han alejado de los conceptos del partido leninista y se han aproximado a los modelos de los partidos socialistas y socialdemócratas. Al hablar de «partido nuevo», los revisionistas eurocomunistas tratan de diferenciarse del partido de tipo leninista, pero de hecho su partido, al que califican de nuevo, no es sino un «partido viejo» del tipo de los de la II Internacional, a los que Lenin combatió y sobre cuyos escombros edificó el Partido Bolchevique, el cual se convirtió en ejemplo y modelo para todos los demás partidos auténticamente comunistas.

La disposición que encabeza esos estatutos, de que en el partido podrá ingresar quien lo desee, independientemente de sus concepciones filosóficas y credos religiosos, no necesita comentarios para demostrar que la filosofía de Marx es extraña a este ,partido, que su eclecticismo es bien patente, que la línea de los compromisos de todo tipo orienta su estrategia, por no hablar ya de sus tácticas, que el Partido Comunista Italiano es un partido liberal, socialdemócrata, con una línea, una política y unas actitudes coyunturales. Su política liberal algunas veces le proporciona votos pero no le da el Poder, le depara elogios por parte de la burguesía y simpatía de los curas y los monjes.

La idea fundamental de Lenin sobre el partido consiste en que éste debe ser un destacamento de vanguardia consciente de la clase obrera, su destacamento marxista.

« sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia, decía Lenin, puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia»²⁷

Esta teoría de vanguardia, revolucionaria y guía segura para conquistar la victoria, es el

26 La politica e Z'organizzazione dei comunisti itaZiani, Roma, 1979, pág. 153.

27 V. I. Lenin, Obras, ed. albanesa, t. 5, págs. 435-436.

marxismo. Los revisionistas no sólo han abandonado el requisito fundamental, la aceptación del marxismo, para ser un partido comunista, sino que permiten en sus partidos la coexistencia -y esto lo han sancionado también en sus estatutos- de todas las, concepciones filosóficas, burguesas, oportunistas, reaccionarias o fascistas. Lo que caracteriza a los partidos comunistas, lo que los distingue, es el marxismo-leninismo, su única ideología, por la que se rigen y a la que se atienen con fidelidad en toda su actividad. Fuera del marxismo-leninismo no puede haber partido comunista.

Los auténticos partidos comunistas son partidos de la revolución y la edificación del socialismo, mientras que los llamados partidos comunistas italiano, francés, español y otros de la misma especie son partidos de las reformas burguesas. Los primeros son partidos que tienen la misión de destruir el régimen burgués y construir el socialismo, los segundos son partidos de la defensa del régimen capitalista y de la conservación del viejo mundo.

Lenin, en la época en que combatía a los oportunistas para construir el Partido Bolchevique, decía:

« ¡dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos! »²⁸

Lenin edificó un partido de este tipo y condujo la clase obrera rusa a la gloriosa victoria de la Revolución de Octubre.

Ahora bien ¿a dónde pretenden llevar a la clase obrera italiana los revisionistas de Berlinguer? «Luchemos, afirman, en el marco de la Constitución republicana». Y la burguesía les dice: «Dentro de los barrotes de mi Constitución, luchan cuanto quieran, esto poco me importa». Para defender su Constitución, sus leyes y sus instituciones, la burguesía mantiene en pie al ejército, la policía, los tribunales, etc. Ahora, junto a ella cierra filas también el partido revisionista, que lucha para mantener a la clase obrera oprimida y sojuzgada, para corromperla en lo ideológico y desorientarla en lo político. Este partido se ha transformado en una institución del Poble burgués para apagar el espíritu revolucionario de la clase obrera, eclipsarle la perspectiva socialista, impedir que se haga consciente de la situación lamentable en que se encuentra y se alce en una resuelta lucha para derrocar a la burguesía.

El «socialismo» de los eurocomunistas es el actual sistema capitalista

¿Cómo conciben los eurocomunistas el socialismo? Pese a que por demagogia se ven obligados a hablar del socialismo, el «socialismo» que quieren construir es un bluf y pura mistificación.

Es sabido que con la idea del socialismo han especulado, no ya ahora, sino también en tiempos pasados, muchos filósofos y corrientes ideológicas burguesas y pequeñoburguesas. En torno al socialismo se han levantado muchos esquemas utópicos y se han hecho infinitas especulaciones.

28 V. I. Lenin, Obras, ed. albanesa, t. 5, pág. 555.

Marx rechazó todas las viejas formas de socialismo y enseñó al proletariado mundial a organizarse y luchar para instaurar el nuevo orden social basado en el auténtico socialismo Científico.

Ya en el primer documento programático del marxismo, en el Manifiesto Comunista, Marx y Engels sometieron a una crítica multilateral las diversas teorías pseudosocialistas, el «socialismo feudal», el «socialismo pequeñoburgués», el «socialismo verdadero» alemán, el «socialismo conservador o burgués». Revelaron su esencia de clase como teorías anticientíficas al servicio de los intereses de la burguesía. En la lucha contra las teorías burguesas y pequeñoburguesas, oportunistas y anarquistas, que obstaculizaban la emancipación del proletariado y su lucha, el Manifiesto indicaba a la clase obrera que sólo podía salvarse de la opresión y la explotación burguesa a través de la revolución y la dictadura del proletariado, que no se podía emancipar sin emancipar al mismo tiempo a toda la sociedad.

La historia ha confirmado que después del nacimiento del marxismo, cualquier otra corriente ideológica que se ha presentado con consignas socialistas, se ha transformado en el proceso de la lucha de clases en una corriente reaccionaria. Solamente el marxismo da la idea exacta de la auténtica sociedad socialista. Ningún socialismo puede ser emprendido ni edificado sin apoyarse en esta teoría.

La primera gran confirmación de la teoría marxista formulada en el Manifiesto Comunista fueron los acontecimientos revolucionarios de los años 1848-1849, que estremecieron a toda Europa.

Las revoluciones no sólo abren el camino del progreso social, sino que también se convierten en todo momento en la tumba de las doctrinas falsas, utópicas, revisionistas, etc. Así ocurrió también con las doctrinas del «socialismo burgués», del «socialismo pequeñoburgués», etc., que fueron sepultadas por las revoluciones de los años 1848-1849.

El mal principal de estas doctrinas, llamadas socialistas, fue el de ignorar enteramente la lucha de clase revolucionaria del proletariado y de imaginar el socialismo como la realización de tal o cual sistema inventado por uno u otro «teórico». De aquí venían todas las ilusiones de que la creación de asociaciones respaldadas por el Estado, la limitación del derecho a la herencia, la aplicación de los impuestos progresivos, conducirían de manera gradual y pacífica al socialismo. Este «socialismo doctrinario» era el que habían preconizado y preconizaban Proudhon y Luis Blanc, los socialistas «verdaderos» alemanes y los comunistas utópicos como Weitling, Cabet, Dezamy y otros.

Este socialismo doctrinario, dice Marx, la clase obrera se lo regala a la pequeña burguesía, mientras

«...el proletariado va agrupándose más en torno al socialismo revolucionario, en torno al comunismo ... Este socialismo, prosigue Marx, es la declaración de la revolución permanente, de la dictadura de clase del proletariado como punto necesario de transición para la supresión de las diferencias de clase en general, para la supresión de todas las relaciones de producción en que éstas descansan, para la supresión de todas las

*relaciones sociales que corresponden a estas relaciones de producción, para la subversión de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales»*²⁹

Actualmente, los nuevos proudhonistas, como Georges Marchais, Enrico Berlinguer, Santiago Carrillo y otros se esfuerzan por imponer al proletariado europeo occidental las viejas filosofías, aunque disfrazadas con diversos ropajes, que Marx había rechazado. Todos los revisionistas pretenden con sus «teorías embaucar a las masas, despojando al marxismo precisamente de sus bases científicas. No se trata sino de una falacia cuando dicen que ¡«son objetivos en el conocimiento de las leyes que impulsan hacia adelante la sociedad»! En realidad los revisionistas se han convertido en lacayos de la «sociedad de consumo», creada por la burguesía capitalista e imperialista para obtener el máximo de ganancias a través de la explotación de la clase obrera y de todas las demás masas trabajadoras. A su vez estos revisionistas desean recibir algo de la plusvalía que se le arranca al proletariado de sus países.

El saber qué es el socialismo, cuál es la sociedad socialista, qué representa ésta y qué realiza, ya no es una cuestión que concierne al futuro, sino una realidad concreta, toda una práctica histórica, un sistema social palpable. El auténtico socialismo científico, preconizado por los grandes genios de la revolución, Marx, Engels, Lenin y Stalin, se realizó y existió durante un largo tiempo en la Unión Soviética y en muchos otros países que fueron socialistas, existe y progresa en Albania socialista. Los actuales esfuerzos de los eurocomunistas para «probar» que el socialismo verdadero no habría existido nunca y en ninguna parte, que la sociedad socialista edificada en la Unión Soviética por Lenin y Stalin habría sido una «deformación del socialismo», incluso un «fracaso» de los conceptos y las concepciones que Marx y Lenin tenían sobre el socialismo, no son sino expresión de su hostilidad al comunismo, expresión de su deseo de conservar intacta la sociedad burguesa existente.

Para llegar a la negación del socialismo, los revisionistas italianos, franceses, españoles han tenido que recorrer un largo camino. En un comienzo pretendían que el socialismo en la Unión Soviética se dividía en dos partes, en un «socialismo leninista», que era bueno, justo, pero estaba sujeto a las condiciones históricas particulares de la Rusia zarista, por lo tanto era inadecuado para los países capitalistas desarrollados, y en un «socialismo stalinista», malo, porque supuestamente era una adulteración del primero, un socialismo deformado, burocratizado, etc. Esta evolución en los juicios no es casual. Si se aceptara la «experiencia leninista», aunque sólo fuera con reservas, si se aceptara, por ejemplo, la justeza de la utilización de la violencia revolucionaria para la toma del Poder, entonces para el «modelo» eurocomunista del socialismo no quedaría espacio. La teoría de Lenin sobre la revolución y la construcción del socialismo, que es un desarrollo ulterior de las enseñanzas de Marx, es tan completa, tan coherente, tan científica y lógica que, o bien se la acepta tal como es, o bien no se la acepta en absoluto. Esta teoría no puede fragmentarse sin correr el riesgo de caer en contradicciones irreconciliables y en puros absurdos.

Así los eurocomunistas ahora no sólo están contra Stalin, sino que han abandonado el leninismo creyendo haber encontrado la salvación y el camino para divulgar el «socialismo eurocomunista». Mas si ellos han renunciado al leninismo, el proletariado no hará otro

29 C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, ed. albanesa, Tirana, 1975, t.1, Pág. 226.

tanto. El leninismo es una ciencia viva, es la ideología combativa del proletariado, es la bandera de la revolución y de la edificación del socialismo. El leninismo es la poderosa arma con que los auténticos revolucionarios, todos los que aman el comunismo y se batan por el socialismo, luchan contra todos los enemigos, contra la burguesía y sus colaboradores. El leninismo es el espejo que descubre la verdadera catadura de los eurocomunistas y todos los demás revisionistas, que revela la falsedad de sus teorías oportunistas, demuestra su actividad reaccionaria contra el proletariado, el socialismo, la causa de los pueblos.

Para eludir el descontento de la base de sus partidos, las sospechas que despiertan sus «teorías» sobre el «socialismo», y en general sus tesis confusas y contradictorias, los eurocomunistas declaran que su socialismo no representa todavía un «modelo», todavía no es algo claro y definido, sino simplemente «la necesidad de hallar una vía» hacia esta sociedad, la cual debe ser discutida. En una palabra, batir agua en un mortero, pues nada de eso se cumple.

El «socialismo» que conciben los eurocomunistas es una sociedad en la que se entrelazan y coexisten elementos socialistas y capitalistas en la economía y la política, en la base y la superestructura. En su «socialismo» habrá cabida para la «propiedad socialista» y para la propiedad capitalista, existirán pues clases explotadoras y explotadas, a la par del partido de la clase obrera existirán también partidos burgueses, la ideología proletaria convivirá con las otras ideologías, el Estado en dicho «socialismo» será un Estado donde todas las clases y todos los partidos tendrán poder.

Los eurocomunistas pueden soñar todo lo que quieran en tal sociedad híbrida capitalista-socialista, mas esta sociedad que ellos proyectan es irrealizable. El socialismo y el capitalismo son dos sistemas sociales diferentes que se excluyen mutuamente. El capitalismo existirá mientras mantenga oprimidos y explotados al proletariado y las masas trabajadoras, en tanto que el socialismo se erige y marcha adelante únicamente sobre las ruinas del capitalismo y tras el completo derrocamiento de éste.

Para justificar sus puntos de vista profundamente oportunistas, los eurocomunistas sobrestiman el papel de la técnica, de los medios de producción en el desarrollo de la sociedad, cayendo así en la llamada teoría de las fuerzas productivas, que ha sido la base ideológica de todo el oportunismo de la II Internacional.

Según ellos, el empuje hacia el socialismo viene por sí solo, de manera espontánea, por el desarrollo de las fuerzas productivas. Por eso, dicen, la transición al socialismo no precisa ni de lucha de clases ni de revolución proletaria. Incluso en los países donde se ha llevado a cabo la revolución y se han instaurado las relaciones socialistas de producción, si existe un nivel relativamente bajo de las fuerzas productivas, según los eurocomunistas, no se puede hablar de socialismo auténtico, real.

Para saber hasta qué punto los eurocomunistas se han alejado de la idea del socialismo y qué tipo de sociedad socialista pretenden construir, basta ver algunas de sus principales tesis, las cuales son pregonadas a bombo y platillos como el «sumo desarrollo del pensamiento progresista de la sociedad humana actual».

«Para realizar una sociedad socialista -declaran los revisionistas italianos- no es necesaria una estatización integral de los medios de producción. Junto a un sector público... actuará la iniciativa privada... Particular función desempeñarán la propiedad campesina libremente asociada; la artesanía; la pequeña y media industria; la iniciativa privada en el campo de las actividades terciarias. . . En esta concepción del proceso de transformación de la sociedad en sentido socialista, debe existir una articulación del sistema económico que asegure una integración entre la programación y el mercado, entre la iniciativa pública y privada...»³⁰

Un «socialismo» tal postulan también los revisionistas franceses. Esta sociedad, enfatizan ellos, **«precisa un conjunto suficiente de nacionalizaciones democráticas, junto a otras formas de propiedad social y de un sector económico basado en la propiedad privada»**.³¹

Carrillo dice: **«Este sistema todavía mixto en lo económico va a traducirse en un régimen político en el que los propietarios podrán organizarse no sólo económicamente, sino en partido o partidos políticos representativos de sus intereses. Ese va a ser uno de los componentes del pluralismo político e ideológico.»**³²

No se requiere ningún conocimiento particular de las leyes sociales para comprender que el cuadro de la sociedad llamada socialista, que presentan los eurocomunistas, no es sino el cuadro exacto y más típico de la sociedad burguesa actual. El elemento básico que caracteriza un sistema social es la propiedad de los medios de producción. Si la propiedad de los medios de producción es privada, entonces tenemos que ver con un sistema donde el hombre explota al hombre, donde en un polo, una minoría amasa riquezas, mientras que en el otro polo la mayoría abrumadora del pueblo vive en la pobreza y en la miseria. Ya se ha confirmado que el socialismo no puede existir si no se suprime la propiedad capitalista, si no se destruye el Estado burgués. No puede haber socialismo allí donde la propiedad social sobre los medios de producción no se implanta, sin excepción, en todos los sectores, y no se instaure la dictadura del proletariado.

El proletariado, para destruir las relaciones capitalistas de propiedad sobre los medios de producción, ha luchado y lucha con denuedo y abnegación, haciendo enormes sacrificios. Con este objetivo elaboró su propia ideología, el marxismo-leninismo, a fin de que lo guiara en la revolución y en la instauración de la propiedad social sobre los medios de producción, en la supresión de la explotación que emana de la propiedad privada sobre estos medios y en la eliminación de la pobreza. El proletariado realizó este objetivo en los países donde triunfó la revolución y se instauró el socialismo. Esta experiencia, confirmada cada día más también por la práctica de la edificación del socialismo en Albania, demuestra que una condición fundamental para edificar la sociedad socialista es precisamente la expropiación de la burguesía y la transformación de toda la economía del país sobre bases socialistas, la instauración de la propiedad social sobre los medios de producción.

Albania, el día de su liberación era un país atrasado desde el punto de vista económico,

30 La política e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma; 1979, págs. 12-13.

31 L'Humanité, 13.I.1979.

32 S. Carrillo, «Eurocomunismo y Estado» ed. esp. Pág. 103

social y cultural, un país esencialmente agrícola, casi sin industria, con un ínfimo grado de desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Constituía esto un obstáculo a la edificación de las relaciones socialistas de producción? Por supuesto, incluso un gran obstáculo, pero no insuperable. Nuestro Partido no podía esperar que se alcanzase un elevado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, para dar inicio a la instauración de las relaciones socialistas.

Una de las primerísimas y más importantes medidas que adoptó el Poder popular fue la liquidación del capital extranjero y la conversión de sus empresas en propiedad estatal socialista, la realización de una reforma agraria vasta y radical, que no sólo liquidó la gran propiedad de los feudales y los terratenientes, sino que también limitó considerablemente la propiedad de los campesinos ricos. Estas medidas de profundo carácter revolucionario crearon importantes premisas para la gradual transformación socialista del campo, para impulsar en él el movimiento cooperativista.

El Partido del Trabajo de Albania, guiándose por la brújula infalible del marxismo-leninismo, y contando igualmente con la experiencia de la edificación socialista en la Unión Soviética, planteó como objetivo principal liquidar la base económica del capitalismo y construir la base económica del socialismo en la ciudad y en el campo.

La socialización de los principales medios de producción se llevó a cabo en un período relativamente corto y se cumplió a través de las nacionalizaciones sin indemnización. Dos años después de la Liberación, en 1946, los bancos, la industria las minas, las centrales eléctricas, los transportes, las comunicaciones, el comercio exterior, el comercio interior al por mayor, una parte del comercio al por menor, las estaciones de máquinas y tractores, los bosques, las aguas, el subsuelo, eran propiedad socialista. Así pues, el sector socialista de la economía tenía posiciones de mando.

Un gran problema para toda revolución socialista es el problema agrario. De su justa solución depende el desarrollo de toda la economía y la estabilidad del Poder popular. En Albania, donde el campesinado constituía la aplastante mayoría de la población y la agricultura la principal base de la economía, el problema agrario era de los más agudos y decisivos. El camino seguido por nuestro Partido para resolver esta cuestión cardinal fue el camino leninista de la cooperación socialista.

Ateniéndose rigurosamente al principio de la libre voluntariedad del campesinado para unirse en cooperativas, el proceso de la colectivización de la agricultura, que empezó casi inmediatamente después de la Liberación del país y se prolongó de 15 a 20 años, se llevó a cabo sin haber previamente estatizado la tierra. Esto fue decretado sólo después de haber finalizado por completo la colectivización, al ser sancionado en la nueva Constitución en 1976.

Con la edificación de la base económica del socialismo en la ciudad y en el campo fueron liquidadas las clases explotadoras como clases, desapareció la explotación del hombre por el hombre. Quedaron sólo dos clases amigas, la clase obrera y el campesinado cooperativista, ligadas entre sí por ideales, objetivos e intereses comunes, así como la capa de la intelectualidad socialista, surgida del seno del pueblo trabajador y formada durante los

años del Poder popular.

La edificación del socialismo no puede realizarse a fuerza de decretos ni de manera espontánea. El socialismo se edifica redoblando las fuerzas, con la participación de todo el pueblo trabajador y siguiendo un plan general, coordinado y centralizado.

Aplicando una correcta política de industrialización del país, Albania logró transformarse rápidamente de país agrícola atrasado en país dotado de una industria y agricultura desarrolladas, de una enseñanza y cultura avanzadas, en país donde el pueblo vive verdaderamente libre y feliz.

Nuestra experiencia, así como la de la Unión Soviética y de otros países, cuando fueron socialistas, los eurocomunistas no la aceptan. Quieren inventar un «nuevo» socialismo. Pero hay que tener una lógica disparatada para aceptar la existencia de la propiedad privada sobre los medios de producción en la sociedad y al mismo tiempo ir con la idea de poder evitar la explotación del hombre por el hombre, hablar de «transformaciones socialistas», de «igualdad», de «justicia», etc. como pretenden los eurocomunistas. Mantener la propiedad privada sobre los medios de producción, la «iniciativa privada», es decir, mantener la posibilidad de la acumulación capitalista en la sociedad que proponen los eurocomunistas, significa de hecho conservar intacto el sistema capitalista, sin afectarlo ni tocarlo en lo más mínimo.

En todas las elucubraciones filosóficas, así como en los programas que han proclamado sus partidos, los revisionistas eurocomunistas no abordan en absoluto la cuestión de saber qué se hará con las multinacionales y los capitales extranjeros. Si no mencionan esto, quiere decir que continuarán siendo parte integrante de la sociedad «socialista» que preconizan, significa que el gran capital norteamericano, germano occidental, inglés, francés, etc., dejarán de pensar en sus superganancias y pasarán a servir al socialismo. A esto se le llama soñar despierto. En esta cuestión Carrillo, Berlinguer y Marchais están incluso lejos de aquellos círculos de la burguesía, en varios países en desarrollo, quienes, aunque no están por el socialismo, buscan expulsar al capital monopolista extranjero y liberarse de las sociedades multinacionales.

En cuanto al llamado «sector público», cuya existencia la prevé el «socialismo eurocomunista», nos encontramos ante una simple especulación en materia de terminología, ante un trivial intento de hacer pasar por sector socialista de la economía, el sector del capitalismo de Estado, que actualmente en una u otra medida existe en todos los países burgueses.

El sector del capitalismo de Estado, o el «sector público», como lo llama la burguesía, es sabido cómo y por qué ha sido creado.

El capitalismo de Estado en los países industrializados de Europa ha existido ya con anterioridad, pero fue a partir de la Segunda Guerra Mundial cuando empezó a tomar un notable desarrollo. Su creación fue resultado de algunos factores. En Italia por ejemplo, fue instaurado por la burguesía como resultado de la agudización de la lucha de clases y de la gran presión de las masas trabajadoras que exigían la expropiación del gran capital, en

especial del capital ligado con el fascismo y que era el responsable de la catástrofe que sufrió el país. Para evitar una radicalización ulterior de la lucha de las masas trabajadoras y los estallidos revolucionarios, la debilitada burguesía italiana procedió a estatizar algunas grandes industrias, estatización que satisfacía las exigencias mínimas de los partidos comunistas y socialistas, que salían fortalecidos de la guerra. En Inglaterra, la creación del «sector público», como el ferroviario o el del carbón, fue resultado del abandono por parte del gran capital de algunas ramas atrasadas y no rentables. Estas se las traspasó al Estado para que las subvencionara con los ingresos de su presupuesto, con las sumas aportadas por los contribuyentes, mientras que sus propios capitales los destinó a los sectores de las nuevas industrias dotadas de alta tecnología, donde se obtenían superganancias más jugosas y con mayor rapidez.

Estatizaciones de este tipo se han hecho y siguen realizándose por una u otra razón en otros países, pero no han modificado ni jamás podrán modificar la naturaleza capitalista del sistema vigente, no podrán eliminar la explotación capitalista, el desempleo, la pobreza, la falta de libertades y de derechos democráticos.

El capitalismo de Estado, tal como ya lo ha probado una larguísima experiencia, es mantenido e impulsado por la burguesía, no para crear las bases de la sociedad socialista, contrariamente a lo que sostienen los revisionistas, sino para reforzar las bases de la sociedad capitalista, de su Estado burgués, para explotar y oprimir aún más a los trabajadores. Quienes dirigen el «sector público» no son los representantes de los obreros, sino gente del gran capital, son los que manejan los hilos de toda la economía y del Estado. La posición social del obrero en las empresas del «sector público» no se diferencia en nada de la que tiene en el sector privado; su posición respecto a los medios de producción, a la gestión económica de la empresa, a la política inversionista, salarial, etc., es la misma. En estas empresas es el Estado burgués, es decir, la burguesía, quien se apropia de las ganancias. Únicamente los revisionistas pueden encontrar diferencias entre el carácter «socialista» de las empresas del IRI y el carácter «burgués» de la FIAT, entre los obreros «libres de la Renault y los «oprimidos» de la Citroën.

La sociedad del «socialismo democrático», que predicán ahora los eurocomunistas, es la sociedad burguesa actual que existe en sus países. A esta sociedad buscan darle sólo algunos retoques de modo que la vieja burguesía europea, al borde de la tumba, torne el aspecto de una moza lozana y llena de vitalidad. Según los eurocomunistas, bastan algunos retoques, basta conservar el sector capitalista del Estado al lado del privado, crear algún consejo obrero consultivo anejo a las direcciones empresariales, permitir que los bonzos sindicalistas reclamen justicia e igualdad en las plazas, dejar que los revisionistas ocupen algún sillón en el gobierno y... el socialismo viene por sí solo.

Los revisionistas eurocomunistas en su irreprimible celo de combatir y renegar el marxismo-leninismo embellecen por todos los medios la actual realidad de la sociedad capitalista. Para ellos el sistema social vigente en Italia, Francia, España, etc., el Estado que domina en estos países es un tipo de democracia supraclasista, una democracia para todos. En esta sociedad y en este Estado sólo ven algunas dificultades, algunos errores, cuanto más algunas deformaciones, y eso es todo. Sobre esta concepción y premisa fundamentales trazan también los esquemas de su «socialismo democrático», que en el fondo será la

misma sociedad burguesa actual, pero sin las «deficiencias», «limitaciones», «dificultades que tiene hoy.

Los revisionistas declaran que en su «socialismo» existirá y funcionará más de un partido, y se dará la posibilidad de que se alternen en el gobierno. Hay que reconocer que en esta cuestión los eurocomunistas son verdaderamente coherentes. Es natural que en una sociedad donde existan clases antagónicas, diferentes capas de la burguesía, grupos de capitalistas con intereses particulares, existirán también diversos partidos, existirá necesariamente la práctica corriente de la sociedad capitalista de que, según el caso y las necesidades, los diversos partidos se alternen en el Poder. Pero en lo que los eurocomunistas especulan es en presentar este «pluralismo», es decir la práctica del cambio de caballos en la carroza del Poder burgués, como el sumo de la democracia, como una situación que permite solucionar todos los problemas sociales. Con esto pretenden deformar el propio concepto existente sobre la sociedad socialista y presentar la democracia burguesa y sus instituciones como idóneas para realizar los objetivos socialistas, sin necesidad de recurrir a la revolución ni de destruir el aparato del viejo Estado burgués. Su Estado ideal es en efecto el actual sistema político norteamericano y sobre todo el alemán, donde imperan dos grandes partidos burgueses, que se relevan a la cabeza del gobierno. Quieren que también en Italia y Francia o en España existan dos grandes partidos: uno abiertamente burgués, democrático o liberal y otro obrero, digamos socialista, comunista, laborista o de otra manera, así como unos cuantos partidos pequeños y sin importancia, justo para enriquecer el surtido. De esta forma se nos vendría a crear el «socialismo italiano», el «socialismo francés», el «socialismo español», tal como anteriormente se había creado el «socialismo sueco», el «socialismo noruego», etc.

En el «socialismo democrático» el Estado no debe ser el Estado de los obreros y campesinos, es decir, el Estado que preconizaban Marx y Lenin, donde en su dirección estén los obreros fabriles y los campesinos que trabajan la tierra. Los eurocomunistas buscan un Estado que sea «de todos» y su gobierno sea también «de todos». Pero este Estado «de todos» ni ha existido ni existirá jamás.

Los conceptos de los eurocomunistas sobre el Estado son muy afines a los de Proudhon y Lassalle, rebatidos por Marx hace más de un siglo. Lassalle, por ejemplo, predicaba que el Estado reaccionario prusiano podía transformarse en un Estado libre, popular, a través de las reformas, por la vía pacífica, con elecciones generales y la ayuda del mismo Estado burgués y de las asociaciones de productores que debían ser creadas. Este tipo de «Estado» lo presentaba como modelo del nuevo Estado socialista, por el cual debían combatir los obreros.

El concepto lassalleano sobre el «Estado popular» negaba el carácter de clase del Estado como dictadura de una determinada clase.

Al concepto lassalleano sobre el «Estado libre popular», Marx opuso, especialmente en su célebre obra Crítica del programa de Gotha, la noción del Estado como un órgano de clase, opuso la concepción marxista de la dictadura del proletariado.

«...y por más que acoplemos de mil maneras la palabra «pueblo» y la palabra «Estado»,

-dice Marx-, *no nos acercaremos ni un pelo a la solución del problema. Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado*». ³³

Las tesis teóricas y la doctrina marxista sobre el Estado, enunciadas en la monumental obra de Marx y Engels, encontraron una brillante confirmación en los acontecimientos de la Comuna de París.

La Comuna de París demuestra que para derrocar el régimen capitalista, el proletariado no puede conservar intacta la vieja máquina del Estado burgués y utilizarla para sus propios fines. La Comuna destruyó esta máquina y en su lugar creó organismos e instituciones estatales totalmente nuevos por su forma y contenido. La Comuna fue la primera forma de organización política del Poder proletario. La Comuna de París mostró, como ha señalado Lenin, el condicionamiento histórico

«... y el valor limitado del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa... » ³⁴

Se comprobó en la práctica que el Estado erigido por la Comuna de París representaba el tipo superior de la democracia, la de la aplastante mayoría del pueblo. Las libertades y los grandes derechos democráticos que la burguesía proclama, pero nunca realiza, fueron materializados por la Comuna.

Más tarde Lenin combatiendo las tergiversaciones oportunistas de los cabecillas de la II Internacional, defendió de manera brillante la teoría de Marx sobre el Estado. Rechazó las concepciones de estos cabecillas, según las cuales el Estado no es el órgano de dominación de una clase sobre otra, sino el órgano de reconciliación de clases, el aparato del Estado burgués no debe ser destruido, sino utilizado en interés de los trabajadores. En su famoso libro *El Estado y la Revolución*, Lenin argumentó que el Estado es producto de las contradicciones entre las clases y expresión de lo irreconciliable de estas contradicciones. Demostró que el aparato del Estado burgués, como un aparato fundado para mantener oprimidas y explotadas a la clase obrera y demás masas trabajadoras, no puede servirles para suprimir la opresión y la explotación. El proletariado tiene que construir su propio Estado, nuevo por su forma y contenido, por su estructura y organización, por los hombres que lo dirigen y por sus métodos de trabajo, un Estado que garantice la libertad a las masas trabajadoras y aplaste a los enemigos del socialismo en sus tentativas de restaurar el sistema capitalista.

El libro de Lenin *El Estado y la Revolución*, las tesis leninistas sobre la dictadura del proletariado desempeñaron un importante papel en la preparación de la Revolución de Octubre y en la instauración del Poder de los soviets en Rusia.

Estas tesis continúan siendo poderosas armas en manos de los auténticos revolucionarios para combatir las teorizaciones de los revisionistas modernos, los cuales tratan de resucitar

33 C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, ed., albanesa, t. II, Tirana, 1975, Pág. 24.

34 V. I. Lenin, *Obras*, ed. albanesa, t. 28, Pág. 535.

los puntos de vista de Kautsky y compañía acerca del Estado, desenmascarados y desbaratados por Lenin.

Las teorizaciones de los eurocomunistas sobre el Estado son consecuencia de la línea antimarxista de estos renegados, los cuales pretenden que en el capitalismo no existe la lucha de clases, sino la paz de clases, que el ejército y la policía han dejado de ser fuerzas regresivas de la burguesía, y que por tanto la dictadura del proletariado y la verdadera democracia que instauro el proletariado son innecesarias. Ellos quieren sólo un Estado, una democracia, el Estado de democracia burgués-revisionista.

La vía «democrática al socialismo», máscara para la defensa del Estado burgués

La cuestión fundamental de la ideología y de la política de cada partido, independientemente de los intereses de clase que represente, es siempre la cuestión del Poder estatal. Tampoco el eurocomunismo podía eludir esta cuestión. Precisamente en este terreno comenzó la lucha, convirtiéndose en una nueva arma en manos de la burguesía para preservar su Poder de opresión y explotación e impedir que el proletariado haga la revolución, destruya este Poder e implante el socialismo.

En su propaganda contra el marxismo-leninismo, los eurocomunistas recalcan que en las condiciones de la sociedad moderna, como denominan la sociedad capitalista actual, la teoría de Marx sobre el derrocamiento del capitalismo a través de la revolución violenta requiere nuevas «interpretaciones». Entre los primeros que empezaron el ataque frontal, que pisotearon y consideraron sin valor la tesis de Marx y de Lenin sobre la necesidad de la revolución violenta y la deformaron radicalmente, como señalamos más arriba, se encuentran los revisionistas soviéticos. Para hacer «convinciente» su teoría de la transición pacífica al socialismo, llegaron al extremo de pretender que la Revolución de Octubre ha sido una revolución pacífica, a despecho de la historia que la conoce como la primera revolución, que derrocó de manera violenta a la burguesía rusa e instauró la dictadura del proletariado. Al mismo tiempo comenzaron a teorizar que la dictadura del proletariado era un fenómeno pasajero que cedería el lugar al llamado Estado de todo el pueblo. Con estas teorías pretendían rebajar el contenido de clase revolucionario de la dictadura del proletariado, negar la dictadura del proletariado.

Esta deformación consciente del marxismo-leninismo por parte de los revisionistas soviéticos fue la base sobre la que fueron erigidas las teorías eurocomunistas acerca de esta cuestión. Las tesis jruschovistas, de que la edificación del socialismo en la Unión Soviética ponía fin a la lucha de clases, que la victoria del socialismo estaba garantizada y que no había ningún peligro de retroceso, que la dictadura del proletariado y el partido de la clase obrera ya no eran necesarias, se convirtieron en un alimento para los demás revisionistas y les estimularon a ir más lejos. Especulando con los cambios que se han operado en el mundo y con una correcta frase de Lenin acerca de las particularidades de la transición al socialismo, remarcan que en la época actual se puede llegar al socialismo también a través del parlamentarismo y las reformas.

El camino de la transformación de la sociedad capitalista en socialista, los euro comunistas lo presentan como el sùmmum del desarrollo de la democracia política burguesa, como, según dicen ellos, una vía pacífica que no conduce a un cambio cualitativo, sino cuantitativo. *«La democracia política, dicen los revisionistas italianos, se presenta, por eso, como la más alta forma institucional de organización de un Estado, incluso de un Estado socialista».*³⁵

Si analizamos esta supuesta tesis, resulta que ya en el capitalismo existiría la «democracia política» para los trabajadores, que al socialismo se llegaría ampliando esta democracia y, finalmente, que el rasgo fundamental de la sociedad socialista sería la democracia burguesa, la que se identifica con la democracia socialista.

Mientras que los revisionistas españoles pretenden a su vez que *«la democracia política y social no es una tercera vía, ni capitalista ni socialista; es la etapa de transición entre el capitalismo y el socialismo».*³⁶ Marchais dice: *«La democracia es al mismo tiempo el objetivo y el medio de las transformaciones».*³⁷

Como se ve, para «razonar» sus puntos de vista revisionistas, Berlinguer, Carrillo, Marchais y otros presentan ideas bastante confusas sobre la democracia y el Estado. Tales razonamientos que no se apoyan en las relaciones de clase existentes en la sociedad burguesa, que están al margen de las relaciones entre la base económica y la superestructura capitalista, al margen de la realidad y de toda lógica, tienen por objeto demostrar que la verdadera democracia no sería la que instaura la dictadura del proletariado, la democracia de la gran mayoría de las masas explotadas sobre la minoría capitalista explotadora o sobre sus remanentes, sino que sería la democracia a lo Marchais a lo Carrillo, es decir, «la democracia para todos, donde todos convivan en paz y en armonía de clase». Pero la historia ha comprobado que no hay ni puede haber democracia burguesa fuera de la dictadura burguesa, al igual que no puede haber democracia socialista fuera de la dictadura del proletariado. Los derechos y los deberes de los ciudadanos están en relación directa con la dominación de la clase que está en el Poder. Allí donde domina la clase capitalista existen derechos para la burguesía y limitación de los derechos, opresión y denigración de las masas, en cambio allí donde domina la clase obrera hay derechos y libertades para los trabajadores y limitación de los derechos y coerción para la minoría ex dominante y explotadora, así como para los enemigos del socialismo.

Los eurocomunistas no son los primeros oportunistas en negar la necesidad de la revolución como medio único y fundamental para derrocar el capitalismo y edificar el socialismo. Antes de ellos ha hecho lo mismo Proudhon, que fue desenmascarado por Marx, lo han hecho Bernstein y sus compañeros, que acabaron siendo los abiertos defensores del sistema capitalista.

Bernstein, por ejemplo, preconizaba que mejorando la legislación laboral, acrecentando el papel y la actividad de los sindicatos y las cooperativas, aumentando la representación de la clase obrera en el parlamento, se podía resolver de manera pacífica y por vía evolucionista

35 La política e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1979, Pág. 11.

36 Noveno Congreso del Partido Comunista de España, Barcelona, 1978, Pág. 83.

37 L'Humanité, 13.2.1979.

todos los problemas económicos, políticos y sociales del proletariado. Decía expresamente que basta que la clase obrera gane la mayoría absoluta en el parlamento, el 51 por ciento de los votos, para poder realizar todos sus objetivos. Sostiene que en la democracia, puesto que reina la «voluntad de la mayoría» el Estado pierde su carácter de clase, se transforma de órgano de dominación de clase, en órgano por encima de las clases, que representa los intereses de toda la sociedad. En semejante Estado, decía, la clase obrera y su partido pueden y deben colaborar con todas las demás clases y partidos. Y todos, conjuntamente, deben defender y consolidar este Estado contra los «reaccionarios».

Bernstein sostenía que el camino de la transformación de la sociedad pasa por las reformas parciales y paulatinas, por la vía de la evolución, de la integración gradual del capitalismo en el socialismo. Por eso, según él, también el partido de la clase obrera debería ser no un partido de la revolución social, sino de las reformas sociales. Estos puntos de vista de Bernstein, adaptados más tarde por Kautsky y compañía, Lenin los ha criticado enérgicamente y ha mostrado toda su falsedad. El veredicto histórico en el gran debate entre los marxistas con Lenin a la cabeza, que defendían la idea de la revolución y de la dictadura del proletariado, y los oportunistas, revisionistas, que eran partidarios de la vía pacífica, reformista, de la democracia «pura», etc., lo dio la gran Revolución de Octubre.

Esta revolución mostró al proletariado y a los pueblos del mundo que el camino de la victoria sobre el imperialismo y el capitalismo pasa no por las reformas y los acuerdos con la burguesía, sino por la revolución violenta. .

Para «argumentar» su oposición a la teoría marxista-leninista sobre la revolución y la dictadura del proletariado, los eurocomunistas pretenden que también el propio Marx ¡«sólo una vez ha mencionado este término»! Pero es sabido que la idea de la dictadura del proletariado constituye la cuestión fundamental en toda la doctrina de Marx sobre el socialismo.

«Lo que yo he aportado de nuevo -escribía Marx en el año 1852- ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases...»³⁸

Marx no veía la dictadura del proletariado como un simple cambio de algunas personas en el gobierno, sino como un Poder cualitativamente nuevo, que se eleva sobre los escombros del viejo poder burgués. La destrucción violenta de la vieja máquina estatal burguesa la consideraba como una condición imprescindible para el triunfo no sólo de la revolución proletaria, sino de toda auténtica revolución popular dirigida por la clase obrera. Esta conclusión planteada por Marx en su célebre obra El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, Lenin la ha calificado de «un gigantesco paso adelante». Precisamente esta piedra angular de la doctrina marxista-leninista que ha sido atacada y negada por todos los viejos revisionistas, es atacada también por los nuevos revisionistas eurocomunistas.

38 C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, ed. albanesa, t. II, Tirana, 1975, Pág. 486.

La actitud de los eurocomunistas hacia la cuestión de la revolución, del Estado y la democracia coincide en el fondo con la de los revisionistas soviéticos, los cuales han declarado que actualmente en la Unión Soviética el partido «comunista» se habría transformado en «partido de todo el pueblo» y que la dictadura del proletariado ha sido reemplazada por el «Estado de todo el pueblo». Basándose en estas declaraciones de los revisionistas soviéticos, Marchais y Carrillo tienen motivos para objetar: «¿Por qué ustedes transforman el partido y el Estado del proletariado en partido y Estado de todo el pueblo, y nosotros en Occidente no tendríamos derecho a hacer lo mismo sin recurrir a la revolución violenta y a la dictadura del proletariado? Nosotros marcharemos en «pluralismo» y en buena comprensión con la burguesía, movilizándolo a la opinión pública en pro de una «verdadera democracia», la cual en su país no se ha realizado. Ustedes pretenden en vano que tienen democracia si al mismo tiempo refuerzan la opresión.»

En lo que a los titistas se refiere, éstos también se encuentran en difíciles posiciones respecto a los eurocomunistas en lo relativo a la «democracia» y al pluralismo». Los revisionistas yugoslavos hablan de la unidad del «mundo no alineado» y con esta fórmula «eliminan» la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Lo único que ellos piden al imperialismo y al capitalismo mundial es que los países «no alineados» «mantengan el actual status quo y sean ayudados económicamente». En este sentido los titistas comparten la opinión de los eurocomunistas, con la única diferencia de que mientras los yugoslavos hablan de una supuesta «independencia respecto a las superpotencias y los bloques», los eurocomunistas no lo hacen ni siquiera formalmente.

Con las ideas que expresan, los eurocomunistas dicen a los revisionistas yugoslavos, aunque sin atacarles directamente, que la existencia de un solo partido en Yugoslavia está lejos del camino de la verdadera democracia y que por tanto también el sistema político de Yugoslavia debe modificarse.

Berlinguer, Marchais, Carrillo y sus colegas, atacando directamente a Lenin y toda la teoría marxista-leninista del Estado y la revolución, invitan a los jruschovistas a llevar hasta el fin su traición, diciéndoles que en su sucia empresa no se ocupen solamente de los «errores» de Stalin, sino del propio sistema socialista, el cual, si bien era un sistema apropiado después de Octubre, hoy ya no lo es porque supuestamente niega la democracia.

Cierto es que esta tesis no les conviene a los jruschovistas quienes, para encubrir su traición y hacerse pasar por marxista-leninistas, se atienen todavía a algunas formas supuestamente leninistas.

Para conservar esta máscara el grupo de Brezhnev dirige de vez en cuando a los partidos desobedientes alguna suave crítica y supuestamente les aconseja que preserven los principios de clase de Lenin sobre las vías y las formas de transición al socialismo. Pero los partidos revisionistas de los países occidentales no se muerden la lengua y le dicen a Brezhnev que ellos no hacen nada que no hubieran hecho antes los revisionistas soviéticos, que actúan a tenor de sus propias condiciones que supuestamente dictan el camino pacífico, el camino de las reformas democráticas, del pluralismo político e ideológico, etc., etc.

Berlinguer, Marchais, Carrillo, que han ido todavía más lejos que Togliatti, les dicen a los

soviéticos: «¿No son ustedes los que han hablado de la coexistencia pacífica? Entonces, pongamos manos a la obra en esta coexistencia y llevémosla hasta el fin.» ¿Y con quién se coexistirá de manera pacífica? Con los adversarios del comunismo, es decir, con la burguesía capitalista, con el imperialismo norteamericano, etc. Pero para que lleguemos a la coexistencia pacífica, dicen ellos, primero debemos revisar los «dogmas» en materia de política, ideología, economía, arte, ya que los «dogmas» son incompatibles con la sociedad actual, y dado que también las ideas de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la dictadura del proletariado, sobre la lucha de clases, sobre la toma violenta del Poder serían, según ellos, unos «dogmas», tampoco estas ideas serían adecuadas. Por consiguiente el Poder debe ser tomado no por medio de la violencia, sino por la vía parlamentaria, a través de elecciones generales, es decir accediendo la clase obrera al Poder y retirándose la burguesía de manera democrática.

Con fines demagógicos y para crear una cierta ilusión en las masas, los eurocomunistas dicen entre dientes que la «tercera vía», o el «socialismo democrático», no es la socialdemocracia, porque ésta *«no ha llevado la sociedad fuera de la lógica del capitalismo»*.³⁹ Sin embargo, agregan inmediatamente, debemos unirnos con la socialdemocracia y las otras fuerzas políticas, y, con esta unión, no debemos destruir el aparato estatal de la burguesía capitalista, como sostienen los clásicos del marxismo-leninismo, sino influir sobre aquél a través de la propaganda, las reformas, la iglesia, la cultura, etc., para que paulatinamente este Poder adquiera la verdadera forma democrática, para que sirva a toda la sociedad y vaya creando las condiciones para edificar por vía pacífica el «socialismo». En una palabra preconizan la creación de un régimen social adulterado que no tenga nada en común con el socialismo científico.

El ideal de todos los revisionistas eurocomunistas son las tesis togliattistas, la línea del Partido Comunista Italiano, hasta tal punto que han suscitado la envidia de Carrillo y de Marchais. «Nos hemos demorado en 1956, escribe Georges Marchais en L'Humanité, en sacar lecciones de lo ocurrido en la Unión Soviética, y en elaborar una vía francesa al socialismo», es decir en hacer lo que hizo Togliatti. Cuando Marchais o Carrillo dicen que la policía está con el Partido Comunista Italiano y que en Roma vota por él, ellos aprecian los esfuerzos y los logros de Berlinguer en orden a la colaboración con la socialdemocracia, con los democristianos, con los socialistas en las cuestiones públicas, y también en la administración de los asuntos de la burguesía.

Los «éxitos» de Berlinguer en estos aspectos, es decir en su sumisión al capitalismo italiano y al capitalismo mundial, sirven a los demás revisionistas de apoyo concreto a sus tesis políticas oportunistas. Berlinguer trabaja con gran celo, no ataca la Constitución burguesa, no ataca el Poder de la burguesía, y no dice una sola palabra de la necesidad de derrocar este Poder y sus aparatos, ni de destruir el ejército represivo italiano, sino por el contrario firma declaraciones con los partidos de la reacción para que se refuerce el ejército, para que se mantengan las bases norteamericanas, para que aumenten las competencias y los fondos de la policía, para que ésta tenga el derecho, al margen de la ley, de controlar todo lo que sea sospechoso, incluso las conversaciones telefónicas y la correspondencia privada.

39 La politica e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1979, Pág. 7.

El programa y la forma de actuar de los revisionistas italianos son ya todo un modelo experimentado al alcance de los otros revisionistas. En Italia, España, Francia está desarrollándose y adquiriendo forma concreta la integración del revisionismo en el capitalismo y no la del capitalismo en el socialismo, como pretenden los eurocomunistas en sus programas y discursos.

Los partidos comunistas italiano, francés y español no mencionan para nada a los revisionistas chinos, todo el rigor de su lucha lo dirigen contra Marx, Engels, Lenin y Stalin y cuando sus objetivos lo requieren lanzan algún que otro ataque a los revisionistas soviéticos. Con los revisionistas chinos convergen en todos los frentes. Estos últimos luchan por una alianza con los Estados Unidos de América, con los países capitalistas desarrollados, con las camarillas dominantes de los países neocoloniales. Tal alianza es propugnada también por los renegados eurocomunistas. El hecho es que la política exterior china coincide enteramente con la política que preconizan los eurocomunistas de cara a la unidad de los partidos revisionistas con los regímenes burgués-capitalistas en el Poder. Igualmente los revisionistas chinos y el Partido Comunista de China están por el pluralismo en el socialismo. Los partidos de la burguesía en China no sólo tienen existencia legal, sino que comparten el Poder y la dirección con el partido comunista, el cual no puede vivir ni dirigir sin contar con su colaboración. En estas cuestiones fundamentales los revisionistas chinos están de acuerdo con los revisionistas europeos.

Por otro lado, en China, a la par con el sector capitalista de Estado, existen empresas privadas chinas, empresas privadas mixtas con capitales chinos y extranjeros, empresas privadas extranjeras, sectores cooperativistas, etc. Esto coincide enteramente con la «tercera vía», con el «socialismo» preconizado por los eurocomunistas.

Mao Tse-tung había enunciado su teoría de «las cien flores y las cien escuelas». ¿Qué significa esto? Esto significa que en China se permiten y se desarrollan todas las ideas, idealistas, socialdemócratas, republicanas, religiosas, etc. «Que compitan todas las escuelas» esto es dialéctico, dice Mao Tse-tung, y dado que el pluralismo sería dialéctico, cosa que sostienen también los eurocomunistas, entonces la marcha al socialismo se emprendería también con la burguesía y en unidad con ella y sus partidos, en paz y en emulación pacífica.

Si en China existen partidos burgueses que comparten la dirección con el partido comunista esto significa que el Estado no puede ser un Estado de dictadura del proletariado, sino un organismo híbrido que, si de palabra es un Estado de dictadura del proletariado, de hecho es una democracia burguesa.

La práctica china responde a la línea de los eurocomunistas y sirve para «confirmar» que es posible marchar al «socialismo» sin recurrir a la revolución ni a la dictadura del proletariado. Alguien podrá decir: «Pero China ha ido al socialismo mediante la revolución» «en China existe la dictadura del proletariado», etc., Esto no corresponde en absoluto a la realidad. Si bien es cierto que China, luchó contra los ocupantes japoneses combatió al Kuomintang, en este país jamás se instauró la dictadura del proletariado ni se edificó el socialismo. El Poder en China era denominado dictadura del proletariado, pero su contenido era diferente y hoy vemos cómo las máscaras que utilizaba el Partido Comunista de China y el Estado chino están rodando por los suelos. Después de la muerte de Mao Tse-

tung, que era un ecléctico, y de Chou En-lai, que era un demócrata burgués, vemos que China revela sus verdaderos rasgos, y aparece como una república burguesa y un Estado imperialista.

En cuanto a las divergencias que los eurocomunistas tienen con los revisionistas soviéticos acerca del carácter del Estado en el socialismo, hay que decir que no tienen en absoluto un carácter de principios. Atacan al Estado soviético revisionista, presentándolo como una deformación, y pretenden que ni Marx, ni Engels aprobarían semejante Estado y que ni el propio Lenin encontraría justas muchas cosas. Mas esto no deja de ser una trivial especulación. El actual Estado soviético no es un Estado socialista. Se ha transformado en una dictadura de la burguesía revisionista, que oprime y explota a las masas trabajadoras. Con esta especulación los eurocomunistas tratan de demostrar que su línea pluralista es la única línea «científica marxista», la única línea adecuada para la edificación del socialismo auténtico. Según ellos, esta línea es una consecuencia dialéctica del desarrollo materialista de la historia, que Marx y Engels «no habían previsto», y «tampoco Lenin». Son pues Berlinguer, Marchais, Carrillo y otros revisionistas de Europa Occidental, los que habrían descubierto este desarrollo y que vanagloriándose dicen que «somos los que vemos la verdadera transformación de la sociedad y analizamos a fondo los fenómenos del mundo actual». En realidad, se oponen a toda transformación revolucionaria. Quieren conservar la actual sociedad burguesa de «consumo», preservar la dominación del capitalismo y la explotación de los trabajadores. Este es su ideal y su objetivo, y por él trabajan y luchan. Lo demás es sólo propaganda, demagogia, mistificación, son medios que la burguesía emplea en su lucha contra el socialismo y la revolución.

La «independencia» de los eurocomunistas es dependencia del capital y de la burguesía

La lucha contra el imperialismo en general y sus instrumentos dentro de cada país es una de las cuestiones fundamentales de la estrategia de cada partido comunista y una de las condiciones decisivas para la victoria de toda revolución, tanto si es democrático-popular, antiimperialista o socialista. Al mismo tiempo la actitud hacia el imperialismo sirve también como piedra de toque para apreciar política e ideológicamente toda fuerza política que actúa tanto en el marco nacional de cada país, como a escala internacional. En una palabra, la actitud hacia el imperialismo ha sido y sigue siendo una línea de demarcación que separa a las auténticas fuerzas revolucionarias, patrióticas y democráticas, por un lado, y las fuerzas de la reacción, la contrarrevolución y la traición nacional, por el otro.

¿Cuál es la actitud de los eurocomunistas en esta cuestión vital y con una importancia de principios tan grande?

A partir del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, cuando Jruschov salió con la línea de la reconciliación y acercamiento con el imperialismo norteamericano y planteó esto como una línea general para todo el movimiento comunista, los partidos revisionistas de los países de Occidente abandonaron toda posición antiimperialista, tanto en el plano teórico, como en el práctico. Fue como si hubieran esperado liberarse de las cadenas para correr hacia la reconciliación con la gran burguesía imperialista, colonialista y

neocolonialista. La nueva estrategia que Jruschov presentaba para el movimiento comunista era lo que deseaban desde hacía tiempo los dirigentes de los partidos comunistas occidentales, era lo que había empezado a llevarse a la práctica, pero que todavía no había obtenido, digamos, un certificado oficial.

Ya antes del XX Congreso del PCUS, a causa de las diversas vacilaciones y concesiones, en Francia, en Italia, había comenzado a descender la lucha contra la OTAN, contra el rearme y la reanimación del imperialismo alemán, contra la ingerencia del capital norteamericano y contra sus bases militares en Europa, etc. Y si algo se hacía en esta época, ese algo quedaba reducido al terreno de la propaganda, mientras que las acciones no se veían por ninguna parte. El Partido Comunista Francés se encontraba, respecto a la cuestión argelina, casi en las mismas posiciones que los partidos burgueses del país. Pero su chovinismo y nacionalismo en esta cuestión ablandaba cada vez más su actitud hacia el gran aliado de la burguesía francesa, el imperialismo norteamericano, hacia su expansión política y económica. Puesto que se defendía la «Argelia francesa», también sería defendida la «África francesa», se haría la vista gorda y oídos sordos ante la «Asia inglesa» y la «América norteamericana».

Los revisionistas italianos, que trataban por todos los medios de convencer a la burguesía de su sinceridad y lealtad, se esforzaban en probárselo precisamente no oponiéndose a la política exterior del gobierno democristiano, que consistía en la alianza incondicional con el imperialismo norteamericano, en la total sumisión a la OTAN, en abrir las puertas al gran capital norteamericano y transformar el país en una gran base militar de los Estados Unidos de América.

En cuanto a los revisionistas españoles, toda su preocupación en aquella época era legalizar su partido y regresar a España. Pensando que la «democratización» de su país sólo podría lograrse bajo la presión de los Estados Unidos de América, que, según ellos, estaban interesados en suprimir el «obstáculo» Franco, no querían ver en absoluto, ni mucho menos combatir, la política expansionista y hegemónica norteamericana.

Las «vías nacionales hacia el socialismo» que los partidos revisionistas de los países de Europa Occidental adoptaron inspirados por el XX Congreso del PCUS, les conducían no sólo a la sumisión a la burguesía nacional, sino también a la internacional, y en primer lugar al imperialismo norteamericano. Además, era natural que la renuncia al marxismo-leninismo, a la revolución y al socialismo fuese acompañada del abandono de los principios del internacionalismo proletario, de toda ayuda y respaldo a los movimientos revolucionarios y de liberación.

Si los partidos comunistas francés, italiano y español comenzaron un gradual distanciamiento respecto a la Unión Soviética, a criticar a Moscú en algunos aspectos de su política interior y exterior, a desaprobar algunas de sus acciones en las relaciones internacionales, jamás llegaron a caracterizar y a denunciar la Unión Soviética de hoy como un país imperialista. Ciertamente condenaron, por ejemplo, su agresión a Checoslovaquia, pero aprobaron, en cambio, sus intervenciones en África; exigieron la retirada de su flota del Mediterráneo, pero guardan silencio ante el envío de armas soviéticas a todos los confines del mundo. La política soviética, según los eurocomunistas, es antidemocrática en

el interior del país, pero en el exterior es en su conjunto socialista, antiimperialista. Una postura de este tipo ha hecho y hace que los partidos eurocomunistas, no obstante alguna oposición, vengan respaldando por lo común la política expansionista y hegemónica de la Unión Soviética.

De este modo, los partidos revisionistas de Europa Occidental, a la vez que defensores del régimen burgués de sus respectivos países, se han hecho combatientes no menos ardientes de la defensa del sistema imperialista a escala internacional. Los eurocomunistas se convirtieron en defensores del status quo burgués-imperialista en todos los frentes.

Si en lo que concierne a los problemas internos los eurocomunistas conservan todavía algún disfraz, tratan de hacerse pasar por adversarios, aunque indecisos, de la burguesía y del régimen capitalista, en la correlación a nivel mundial entre la revolución y el capitalismo internacional, entre los pueblos oprimidos y el imperialismo, entre el socialismo y el capitalismo, declaran ser contrarios a todo cambio.

Los partidos revisionistas de Italia, Francia, España y los otros partidos de la corriente eurocomunista se han transformado actualmente en fuerzas políticas proimperialistas, que por su línea y sus acciones no se diferencian en nada de los partidos burgueses de estos países. Tomemos su actitud hacia la OTAN y el Mercado Común Europeo que representan dos de las bases políticas, económicas y militares en las que se apoya y a través de las cuales se realiza la dominación de la gran burguesía europea y la hegemonía del imperialismo norteamericano en Europa.

Desde su creación hasta hoy, la OTAN no ha cambiado ni de naturaleza, ni de planes, ni de objetivos. Los acuerdos firmados en 1949 continúan en vigor. Todos saben por qué fue creado el Pacto del Atlántico y por qué lo mantienen en pie. Pero aun si no se supiese, lo recuerdan a diario tanto el Pentágono como los estados mayores de Bruselas. La OTAN ha sido y sigue siendo una alianza política y militar del gran capital norteamericano y europeo para defender ante todo el sistema y las instituciones capitalistas de Europa, para impedir que la revolución estalle y ahogarla en sangre en caso de que avance. Esta organización contrarrevolucionaria es por otra parte un guardián armado del neocolonialismo y de las zonas de influencia de las potencias imperialistas y un arma al servicio de su expansión política y económica. Tener esperanzas de transformar la sociedad capitalista europeo occidental y edificar el socialismo aceptando la OTAN y las bases norteamericanas, significa soñar despierto. Los esfuerzos de los eurocomunistas por destacar tan sólo la función antisoviética de la OTAN, silenciando su misión de oprimir la revolución en Europa Occidental, tienen por objeto engañar a los trabajadores, impedir que vean la realidad.

Los eurocomunistas no quieren ver la existencia de un gran problema nacional, la cuestión de la dominación norteamericana en Europa Occidental y la necesidad de rechazarla. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el presente, el imperialismo norteamericano mantiene amarrada esta parte de Europa con todo tipo de cadenas, políticas, económicas, militares, culturales, etc. Sin romper estas cadenas es imposible instaurar no sólo el socialismo, sino tampoco la democracia burguesa que los eurocomunistas ponen por las nubes. El capital norteamericano ha penetrado tanto en Europa, se ha entrelazado tanto con

el capital local que ya no se distingue dónde comienza uno y termina el otro. Los ejércitos europeos se han integrado de tal modo en la OTAN, dominada por los norteamericanos, que prácticamente han dejado de existir como fuerzas nacionales independientes. Un proceso de integración cada vez mayor se está dando asimismo en el campo financiero y monetario, tecnológico, cultural, etc.

Es verdad que entre los países europeos miembros de la OTAN y los Estados Unidos existen contradicciones de diversa índole, contradicciones normales e inevitables entre los grandes grupos y agrupaciones capitalistas, pero de hecho, en todas las grandes cuestiones políticas y económicas a escala mundial los países de la OTAN siempre se han sometido a Washington. La gran burguesía europea, al igual que todas las demás burguesías, cuando se trata de optar entre sus intereses de clase y los intereses nacionales siempre tiende a sacrificar estos últimos. Por esta razón los comunistas han luchado en todo momento en defensa de los intereses nacionales, viéndolos estrechamente ligados a la causa de la revolución y del socialismo.

El que los eurocomunistas nieguen la existencia en sus países de un problema nacional, concretamente la necesidad de luchar contra la dominación y el diktat norteamericanos y de consolidar la independencia y la soberanía nacionales, es otra prueba de su degeneración política e ideológica, de su traición a la causa de la revolución. Ahora los revisionistas italianos no sólo insisten en que Italia siga en la OTAN, sino que se han hecho más atlantistas que los democristianos y los otros partidos burgueses pronorteamericanos. **«La permanencia de Italia en la Alianza Atlántica, dicen los revisionistas italianos, se debe a la necesidad de conservar el equilibrio de potencia del cual depende la salvaguardia de la paz en Europa y en el mundo.»**⁴⁰

Con esta tesis los berlingueristas dicen a los trabajadores: no se opongan a la OTAN, no exijan que los norteamericanos se marchen de Nápoles, Caserta, no denuncien la instalación de cohetes con ojivas nucleares cerca de sus viviendas, no protesten contra el estacionamiento de los aviones norteamericanos en los aeropuertos italianos, prestos a despegar hacia donde los intereses de los imperialistas norteamericanos se vean afectados. No importa, dicen los revisionistas italianos, que se sacrifiquen los intereses nacionales de Italia en nombre de la política hegemónica norteamericana, que Washington dicte quién y cómo debe gobernar Italia, y en un extremo, que el fuego atómico arrase toda Italia, basta que se conserve el equilibrio entre las superpotencias.

La tesis del equilibrio entre las grandes potencias, como factor y medio para salvaguardar la paz, es una vieja consigna imperialista que el mundo y sobre todo Europa conoce de sobra. Con esta tesis siempre se ha pretendido justificar la política hegemónica de las grandes potencias imperialistas, el derecho que se arrogan de inmiscuirse en los asuntos internos de los demás y de mantenerlos dominados.

Admitir la necesidad de la existencia y del fortalecimiento de los bloques imperialistas como medio para salvaguardar la paz, tal como dicen los revisionistas, significa aprobar también su política. Si los bloques militares imperialistas existen, no es para salvaguardar la

40 La política e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1979, Págs. 39-40.

paz y defender la libertad, la independencia o la soberanía de los países miembros, como pretenden hacer creer los revisionistas eurocomunistas, sino para arrebatarlas, para preservar la dominación y la hegemonía de las superpotencias en estos países. Es sabido que uno de los principales objetivos del imperialismo norteamericano al crear la OTAN fue el de defender con su política, pero también recurriendo a las armas, los intereses del capital y de los Estados Unidos de América en Europa y reprimir a sangre y fuego toda revolución que pudiera estallar en ella. Estos objetivos de la OTAN son los que precisamente apoyan los revisionistas eurocomunistas.

La política de los bloques es la política agresiva de las superpotencias, que emana de su estrategia expansionista y hegemónica, de sus objetivos de establecer la dominación global y exclusiva en todo el mundo. Los eurocomunistas no ven o no quieren ver esta naturaleza rapaz del imperialismo, porque según sus «teorías», el gran capital, que es la base del mismo, está «democratizándose», haciéndose «popular», porque la gran burguesía se está «integrando en el socialismo»

Tampoco los revisionistas franceses se diferencian de sus hermanos italianos en lo que respecta a su fidelidad a la OTAN, pero para ir al unísono con los giscardianos o los gaullistas defienden también la posición preferencial que debe tener Francia en estas organizaciones. A su vez, el partido de Carrillo no cesa en sus intentos de convertirse en el abanderado del ingreso de España en la OTAN. Así, el frustrado sueño de Franco podría realizarse al fin.

El Mercado Común Europeo y la Europa Unida, esta gran unión de los monopolios capitalistas y de las sociedades multinacionales para explotar a los pueblos y a las masas trabajadoras de Europa y del mundo, son para los eurocomunistas una «realidad» que debe ser admitida. Pero admitir esta «realidad» significa admitir la supresión de la soberanía y de las tradiciones culturales y espirituales de los diversos países europeos en favor de los intereses de los grandes monopolios, la liquidación de la personalidad de los pueblos europeos y su transformación en una masa de oprimidos por las multinacionales, dominadas por el gran capital norteamericano.

Las consignas de los eurocomunistas de que su participación en «el parlamento y en los otros organismos de la comunidad europea conducirá a la transformación democrática» y a la creación de una «Europa de los trabajadores», son puro engaño y demagogia. Tal como la sociedad capitalista de cada país no puede transformarse en una sociedad socialista a través del «camino democrático», Europa tampoco puede llegar a ser socialista a través de los discursos que los eurocomunistas pronuncian en las reuniones propagandísticas del parlamento de la Europa Unida. Por eso la actitud de los eurocomunistas hacia el Mercado Común Europeo y la Europa Unida es una actitud propia de oportunistas y esquirolas, que emana de su línea de reconciliación de clase y de sumisión a la burguesía, y tiende a desorientar a las masas trabajadoras, contener su ímpetu combativo en defensa de sus propios intereses de clase y los de la nación entera.

La ideología reformista, la sumisión a la burguesía y la capitulación ante la presión imperialista ha transformado a los partidos eurocomunistas no sólo en partidos antirrevolucionarios, sino también en partidos antinacionales. Rara vez se puede encontrar,

incluso en las filas de la burguesía, personas que se autodenominen políticos, y que acepten el concepto de «soberanía limitada», tal como hace Carrillo. « ... Somos conscientes, escribe, de que esa independencia será siempre relativa... ». En la España «democrática y socialista», programada por él, «...la inversión de capitales extranjeros y el funcionamiento de las multinacionales... no serán obstaculizados... » Y añade: **«Tendremos que pagar un tributo en plusvalía al capital extranjero durante bastante tiempo... pero esto facilitará el desarrollo de aquellos sectores que conviene al interés nacional»**⁴¹

Con sus actitudes en defensa de los monopolios y de los intereses de las potencias imperialistas, los eurocomunistas se han opuesto a las tradiciones antiimperialistas y democráticas de los obreros franceses, españoles e italianos. Se han opuesto también a las tradiciones patrióticas y a la lucha que los trabajadores y los hombres progresistas de estos países han librado en contra de la OTAN, las bases norteamericanas en Europa, las ingerencias y las presiones del imperialismo norteamericano. Los eurocomunistas abandonaron estas posiciones y pasaron al campo de la reacción.

La idea de la reconciliación de clases y del sometimiento a la dominación extranjera que penetra toda la línea política e ideológica de los eurocomunistas queda patente también en la actitud que adoptan hacia los movimientos revolucionarios, de liberación nacional y antiimperialistas. Al no estar por la revolución en su propio país, tampoco están por la revolución en los otros países. No buscan debilitar a la burguesía imperialista y neocolonialista de sus países, por lo tanto jamás pueden considerar la revolución en los países oprimidos como una ayuda directa al desmoronamiento del sistema capitalista. Para ellos no existen el proceso único de la revolución, los vínculos naturales de sus diversas corrientes, la necesidad de la ayuda mutua.

Alguna vez para salir del paso, con fines propagandísticos, hacen alguna que otra alusión a favor de los movimientos antiimperialistas. Pero esto se queda en frases vacías, sin un contenido concreto y sobre todo no va acompañado de acciones políticas. Su «respaldo» es fundamentalmente una pose en cierto modo «izquierdista», una manera de estar a la moda y hacerse pasar por progresistas, demócratas.

En su actitud hacia el movimiento revolucionario y de liberación, los eurocomunistas, en su conjunto, han hecho suya la ideología del no alineamiento, la cual les viene al pelo para justificar la sumisión de los pueblos a la dominación de las potencias imperialistas y presentar el neocolonialismo como la vía que permite a los países ex coloniales salir de la pobreza y asegurar su desarrollo. **«Momento fundamental de la lucha por la paz, por la cooperación internacional y por una política de coexistencia pacífica es cada vez más el esfuerzo por la construcción de un nuevo sistema y orden internacional, también en el campo económico»**,⁴² han escrito los revisionistas italianos en las tesis de su último congreso. Estos revisionistas son consecuentes en su línea oportunista. Al igual que buscan reformar el régimen capitalista en el interior del país, piensan que con algunas reformas se puede modificar el carácter explotador de las relaciones económicas internacionales del sistema capitalista. Acerca del nuevo orden económico mundial, o de lo que imaginan los eurocomunistas, también habla Carrillo. Incluso lo hace de modo más explícito. **«De todos modos, dice él, hay que partir de una realidad objetiva: que pese a que el imperialismo ya**

41 S. Carrillo, «Eurocomunismo» y Estado, ed. esp. Págs. 135-138.

42 La politica e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1979, Pág. 40.

no es el sistema único mundial, sigue existiendo un mercado mundial, que se rige por las leyes objetivas del intercambio de mercancías, leyes, en definitiva, capitalistas.»⁴³

Según Carrillo estas «leyes» objetivas capitalistas no pueden cambiar ni sustituirse tampoco en las condiciones del socialismo. Para «argumentar» esta tesis toma como ejemplo el carácter capitalista de las relaciones económicas entre los países revisionistas. En otras palabras, según Carrillo, resulta inútil que los pueblos se alcen en lucha contra la opresión nacional y neocolonialista, contra los intercambios desiguales entre los países capitalistas desarrollados y los poco desarrollados, que se traducen sobre todo en el feroz saqueo de las materias primas de estos últimos. Este es el régimen internacional que Carrillo busca preservar y que Berlinguer trata de darle algún retoque para que parezca joven y bien parecido.

Una línea que está en oposición con los verdaderos intereses nacionales del país, una línea que defiende la hegemonía y la expansión imperialista, que elogia el neocolonialismo y canoniza la explotación capitalista extranjera está condenada al fracaso. Las leyes objetivas de desarrollo de la historia son inmutables. El nuevo orden mundial por el que combaten el proletariado y los pueblos, no es el orden imperialista que pregonan los eurocomunistas, sino el orden socialista al que pertenece el futuro.

La actitud de los partidos revisionistas italiano, francés y español hacia la Unión Soviética y sus relaciones con este país, se han convertido en los últimos años en un importante objeto de discusión e interpretación por parte de toda la burguesía internacional. Los esfuerzos de los eurocomunistas por mostrarse «independientes» de Moscú, «originales» e incluso adversarios de la Unión Soviética, en apariencia para engañar a la burguesía de sus países, tienen de hecho como objetivo embaucar al proletariado de sus países y al proletariado internacional. No se excluye en absoluto la posibilidad de que sea una maniobra de los revisionistas soviéticos para hacer creer que tienen diferencias y contradicciones profundas y de «principio» con los partidos comunistas de Europa Occidental, en particular con los partidos italiano y francés, con el fin de propiciar la participación de estos partidos en los gobiernos burgueses de sus países. Si esto se lograra, redundaría en interés del socialimperialismo soviético, en interés de su dominación mundial, porque debilitaría a sus rivales, acrecentando la influencia y la hegemonía de la Unión Soviética en los diversos países. Los revisionistas jruschovistas necesitan esto también para apoyar su tesis antimarxista de la «toma del Poder por la vía pacífica», y «probar» así lo que no pudo probarse en Chile. En el XXV Congreso del PCUS, Brezhnev señaló que la experiencia chilena no invalida la teoría de la toma del Poder por la vía parlamentaria.

Por otro lado, el eurocomunismo es una especie de idea que encaja perfectamente en la gran burguesía capitalista europea, la cual incita e inflama por todos los medios las contradicciones entre los eurocomunistas y los socialimperialistas soviéticos en su interés por debilitar la potencia ideológica revisionista y la influencia de la Unión Soviética. Trata de presentar el revisionismo italiano, español, francés, etc., como un bloque ideológico que se está creando en Europa contra el bloque revisionista soviético. Y puesto que se trata de

43 S. Carrillo, «Eurocomunismo y Estado», ed. esp. Pág. 159.

una agrupación ideológica antisoviética, se comprende que este eurocomunismo está bajo la influencia de la burguesía reaccionaria de los países industrializados de Europa.

Como quiera que sea, al Kremlin no le agradaría que el eurocomunismo se saliera completamente de su influencia. Por eso la propaganda que se ha montado en Occidente en torno al eurocomunismo, presentándolo como corriente ideológica «independiente» enciende las iras de Moscú. y esto se debe también a que así se hace pública la escisión que de hecho existe, ya desde hace tiempo, entre los partidos revisionistas de Europa Occidental y el partido revisionista de la Unión Soviética y sus satélites de Europa Oriental.

Entre estos partidos no ha habido, no hay ni habrá unidad. Pero al Partido Comunista de la Unión Soviética, le interesa que externamente se note una cierta unidad entre los partidos revisionistas, no sólo de Europa, sino también de todo el mundo. El Partido Comunista de la Unión Soviética, disimulando sus verdaderas intenciones, trata de conservar su hegemonía ideológica sobre todos los demás partidos revisionistas del mundo. Está ansioso de firmar declaraciones y comunicados conjuntos con los otros partidos revisionistas para aparentar que existe la unidad con ellos y el respeto hacia la dirección soviética.

Fisuras y desacuerdos entre el Partido Comunista Italiano y el Partido Comunista Francés por un lado y los revisionistas jruschovistas por el otro, han existido ya en la época de Togliatti y de Thorez, y los desacuerdos y divergencias han venido aumentando y agrandándose .continuamente. Sin embargo, jamás habían llegado a tal grado de exacerbación como en el presente. Ahora la agravación de sus relaciones ha salido a la luz. Pravda atacó a Carrillo y condenó el eurocomunismo. Carrillo a su vez respondió a Moscú en términos igualmente duros. Puso los puntos sobre las «íes» a la orientación ideológica y política revisionista de su partido y rompió los lazos de dependencia con el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Después de la crítica de Pravda y de la respuesta de Carrillo, la Liga de los Comunistas de Yugoslavia asumió la apasionada defensa del Partido Comunista de España. Los revisionistas yugoslavos tomaron abiertamente la defensa de Carrillo, porque siempre han sido favorables a esta separación, a la ruptura de los partidos revisionistas con Moscú. Este ha sido su objetivo de siempre.

Los partidos revisionistas francés e italiano, por su parte, son algo más comedidos en esta polémica unas veces la endurecen, otras veces bajan el tono o la extinguen por completo. Esto no lo explica el que posean una «cordura» especial, sino, por lo que parece, es debido a la existencia de algunos vínculos materiales o de otra índole, que quieren conservar porque les aportan beneficios. Precisamente para mantener estos hilos anudados a fuerza de rublos, que existen desde hace tiempo entre ellos y los soviéticos, desean calmar un poco los ánimos e impedir que la polémica con los jruschovistas adquiera proporciones incontrolables. Las visitas de Berlinguer, Pajetta y otros a Moscú persiguieron este mismo objetivo. Los líderes revisionistas italianos declararon que iban a Moscú para explicar a los dirigentes soviéticos que entre ellos no debe existir una dura polémica y que Moscú no tiene derecho a inmiscuirse e intervenir en la línea de un partido comunista de otro país, ya que cada uno de estos partidos tiene derecho a definir su propia estrategia y su línea conforme a la situación del país y teniendo en cuenta, según dicen, también la experiencia

del movimiento comunista internacional. Moscú está dispuesto a suscribir estas tesis, pero como contrapartida exige el reconocimiento de su «socialismo» y sobre todo la aprobación de su política exterior en sus principales direcciones. Cuando Marchais aplaude la invasión soviética de Afganistán y presenta la política expansionista del Kremlin como la más alta expresión de la «solidaridad internacional», Brezhnev no puede por menos de recompensárselo aprobando la «vía democrática» tan querida por los revisionistas franceses y que por lo demás coincide enteramente con las tesis del XX Congreso jruschovista.

Los partidos revisionistas italiano, francés y español, aunque actualmente tienen una estrategia idéntica, en sus tácticas presentan ciertas diferencias, debido a las peculiaridades de la burguesía en estos tres países. La burguesía francesa es una burguesía fuerte, una burguesía con una larga experiencia. Además tiene una gran potencia político-ideológica, sin hablar ya de su fuerza económica y de su potencial militar y policíaco. En cambio la burguesía italiana es menos poderosa que la francesa. No obstante detentar el Poder, tiene bastantes puntos débiles. Esta situación ha permitido al partido revisionista italiano entablar negociaciones, establecer muchas formas de colaboración, incluso las parlamentarias, con los otros partidos, por no hablar de la colaboración a través de los sindicatos con la burguesía capitalista italiana y en primer lugar con su partido democristiano. Es por esta razón que el partido de Berlinguer trata de avanzar junto con la burguesía, haciendo al mismo tiempo una política de bascule entre Moscú y la burguesía de su país, a sabiendas de que también la burguesía italiana tiene sus intereses respecto a la Unión Soviética. No olvidemos las grandes inversiones que ha hecho en este país.

También la burguesía francesa, que conoce a la Unión Soviética revisionista, no marcha a ciegas en su política, como quisieran y como predicán los revisionistas chinos, los cuales buscan que Francia agudice sus relaciones con la Unión Soviética. Naturalmente las relaciones entre estos dos países no son dulces que se diga, pero tampoco tensas como desearían los chinos. Mientras tanto también el Partido Comunista Francés, en su política de entendimiento con los socialistas, tiene cuidado de no oponerse a Moscú de manera abierta y categórica, sino de mantener con éste un cierto statu quo, en unos momentos en que trata de alinearse y unirse con la burguesía francesa.

Las cosas son diferentes con la burguesía española. Después de Franco, el partido de Suárez en el Poder, en colaboración con otros partidos, es el representante de una burguesía que tiene sus propias tradiciones, pero que más bien son tradiciones de dictadura fascista. Es una burguesía que ha pasado por muchas perturbaciones, que no le han permitido crear la estabilidad que ha creado la burguesía francesa y tras ella la burguesía italiana. Ahora está levantándose. Carrillo con su ideología revisionista se ha integrado en este proceso, en el proceso de la consolidación y del fortalecimiento de un régimen capitalista que mantiene estrechos vínculos con el imperialismo norteamericano y que está esforzándose por entrar en la OTAN, en la Europa Unida, etc. Todo esto limita el campo de maniobra tanto de la burguesía como del partido revisionista español, a cuyo juego con Moscú no le queda mucho espacio.

El eurocomunismo es también del agrado del Partido Comunista de China, como ideología y como actividad práctica. El Partido Comunista de China está de acuerdo tanto con la denominación como con el contenido de la línea de estos tres partidos. China en tanto que

Estado y el partido que determina la línea y la estrategia de este Estado, marchan según las coyunturas mundiales, que varían sin cesar. El Partido Comunista de China ve en la agrupación llamada eurocomunismo un adversario ideológico de la Unión Soviética que considera el enemigo número uno.

Por eso China, al igual que apoya sin la menor vacilación, que sostiene sin la menor reserva a toda fuerza que se oponga a la Unión Soviética (con excepción de los marxista-leninistas y de los revolucionarios auténticos), respalda y aprueba también el eurocomunismo. Hace tiempo que el Partido Comunista de China ha establecido lazos con Carrillo, como lo está estableciendo también hoy con Berlinguer. Dio un paso en este sentido delegando al embajador chino en Roma como representante oficial del Partido Comunista de China al último congreso del Partido Comunista Italiano. Recientemente Berlinguer fue recibido en Pekín. No cabe duda de que establecerá vínculos también con el partido revisionista francés. Estos vínculos irán gradualmente aumentando y reforzándose. Esto es enteramente realizable cuando existen identidad de estrategia y tácticas similares. Si hay retrasos en establecer estrechas relaciones, la causa de ello es China, la cual teme avanzar muy de prisa en dirección a los partidos eurocomunistas por no enojar a los altos círculos de la burguesía dominante de estos países, y principalmente a los partidos de la derecha, a los que da la prioridad y considera como sus más estrechos aliados.

Los auténticos partidos marxista-leninistas de Europa y de todos los continentes no se dejan engañar por las tácticas y las maniobras de los revisionistas soviéticos, los cuales pretenden hacer ver que están en polémica y en oposición con el llamado eurocomunismo. No creen que entre ellos puedan encontrar alguna brecha. En sus principios los revisionistas no presentan brechas, pero sí en sus tácticas con el fin de realizar mejor su estrategia que tiende a la dominación global del revisionismo moderno sobre el proletariado mundial. Por eso, los partidos marxista-leninistas desenmascaran y combaten por igual tanto el revisionismo moderno soviético como el yugoslavo, chino y eurocomunista. En esta cuestión no existe ni debe existir ninguna ilusión.

LA IDEOLOGÍA REFORMISTA Y EL OPORTUNISMO POLÍTICO, CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DE LOS PARTIDOS EUROCOMUNISTAS

Como hemos visto, el revisionismo moderno se manifiesta en corrientes y adquiere diversos aspectos según las condiciones políticas, económicas y sociales concretas de cada país o grupo de países. Así ha sucedido también con los partidos que actualmente son conocidos con el nombre de eurocomunistas. A pesar de representar una corriente en sí del revisionismo moderno, la corriente que más se ajusta a los intereses de la burguesía de los países capitalistas desarrollados, como son los países de Europa Occidental, los partidos revisionistas italiano, francés y español tienen también algunas peculiaridades.

La Constitución del Estado burgués, base del «socialismo» togliattista

Hablando sobre la «tercera vía», que constituye la nueva estrategia del revisionismo eurocomunista, Berlinguer, en su informe El progreso hacia el socialismo en paz y en

democracia ... presentado al XV Congreso del PCI, da algunas explicaciones más completas de lo que él y sus compañeros entienden por tercera vía. «Se trata, dice él, de una expresión que ha tenido fortuna... que hemos acabado por aceptarla... Tuvimos primero la experiencia de la II Internacional: la primera fase de la lucha del movimiento obrero para salir del capitalismo... Pero esta experiencia... terminó cediendo frente a la Primera Guerra Mundial y a los nacionalismos.

La segunda fase, prosigue Berlinguer, se inauguró con la revolución rusa de Octubre... »... Aunque también al respecto, según él, debe procederse a un análisis crítico de la historia y de la realidad de la Unión Soviética, porque tampoco esta experiencia es valiosa. Y resulta ahora que la tercera fase ha comenzado con el eurocomunismo. La tarea del movimiento obrero en Europa Occidental, declara Berlinguer, es **«la búsqueda de nuevas vías de avance al socialismo y de construcción del socialismo»**.⁴⁴

La vía para llegar a esta «sociedad», según los revisionistas italianos, es **«la línea trazada por la Constitución republicana, a fin de encauzar la transformación de Italia hacia una sociedad socialista fundada en la democracia política»**⁴⁵ En cambio, los revisionistas franceses, que no pueden presentar la Constitución de De Gaulle como base de su socialismo, no sólo porque no han participado en su elaboración sino también porque han votado en su contra, no la mencionan, pero en la práctica tampoco la niegan.

La idea de ir al «socialismo» a través de la Constitución burguesa, los revisionistas italianos la han amalgamado desde hace tiempo. Ya en 1944 Togliatti declaraba en sus discursos que los tiempos habían cambiado, que había cambiado también la clase obrera, que habían cambiado también las vías para la toma del Poder. Con esto quería decir que «había pasado el tiempo de las revoluciones y era el momento de las evoluciones», que «el Poder sólo puede tomarse a través de la vía de las reformas, de la vía parlamentaria, a través de los votos».

Más tarde, en la reunión del Comité Central del Partido Comunista Italiano del 28 de junio de 1956, inmediatamente después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Togliatti decía que «se debe prever un progreso socialista que pueda desarrollarse precisamente en el terreno que define y prevé la Constitución y que es el terreno de las libertades democráticas y las transformaciones sociales progresistas... Esta Constitución aún no es una Constitución socialista, pero, puesto que es expresión de un amplio movimiento unitario, renovador, difiere radicalmente de las otras Constituciones burguesas, representa una base efectiva del desarrollo de la sociedad italiana en la vía que conduce al socialismo».

El que la Constitución italiana difiera, por ejemplo, de la Constitución de los tiempos de la monarquía y el fascismo, y que en ella figuren una serie de principios democráticos, esto es comprensible, estos principios han sido impuestos por la lucha de la clase obrera y del pueblo italianos contra el fascismo. Pero no sólo la Constitución italiana contiene tales principios. Después de la Segunda Guerra Mundial, la burguesía de todos los países capitalistas de Europa se esforzó en una que otra medida por cortarles los vuelos a la clase

44 E. Berlinguer, Per il socialismo nella pace e nella democrazia in Italia e in Europa, Roma, 1979, Pág. 38.

45 La politica e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1971, Pág. 3.

obrero, reconociéndole algunos derechos sobre el papel y negándoselos en la práctica.

Las libertades y derechos que prevé la Constitución italiana son libertades y derechos puramente formales, que son violados diariamente por la burguesía. Prevé por ejemplo una cierta limitación de la propiedad privada, lo que no ha impedido que los Fiat y los Montedison se enriquezcan cada vez más y los obreros se empobrezcan cada vez más. La Constitución prevé el derecho al trabajo, pero esto no constituye un obstáculo para que la patronal capitalista y su Estado arrojen a la calle a unos dos millones de obreros. La Constitución garantiza una serie de derechos democráticos, pero no impide que el Estado italiano, los carabinieri y la policía actúen casi abiertamente, en base a los derechos reconocidos por la Constitución, en la estructuración de ese mecanismo que está listo para instaurar un régimen fascista. También los diferentes comandos fascistas, desde los de extrema derecha, hasta los autodenominados brigate rosse y los terroristas de plaza Fontana, encuentran su justificación en la Constitución italiana.

No es sino un simple absurdo imaginar que la burguesía italiana ha elaborado su conocida Constitución para conducir la sociedad hacia el socialismo, como creen los togliattistas. La Constitución italiana, al igual que las demás leyes fundamentales de los países burgueses, sanciona la dominación política, legislativa y ejecutiva indivisible de la burguesía del país, sanciona la defensa de su propiedad y su Poder para explotar a las masas trabajadoras. Confiere bases legales a los órganos represivos para restringir la libertad y la democracia del pueblo, para ejercer su represión y su dominación sobre todos y sobre todo. Algunas bellas palabras, como libertad, igualdad, fraternidad, democracia, justicia, etc., bien pueden figurar doscientos años en la Constitución, pero en la práctica, esto no se realizará ni en otros dos mil años, si la burguesía capitalista no es derrocada junto a sus Constituciones y sus leyes.

Para los revisionistas italianos la Constitución existente es su biblia y la burguesía no puede encontrar abogados mejores para defenderla y propagandistas más celosos para divulgarla. La ardiente defensa que los revisionistas italianos prodigan a la Constitución de su Estado capitalista, testimonia que fuera de la sociedad burguesa existente, fuera de sus instituciones políticas, ideológicas, económicas, religiosas, militares, no pueden concebir ningún otro sistema social. El socialismo y el actual Estado capitalista italiano, son para ellos una misma cosa. El oportunismo, a cuya sombra han nacido y crecido los cabecillas del partido revisionista italiano, les ha ofuscado la vista y cerrado todos los horizontes. Los revisionistas italianos se han convertido en guardianes del régimen capitalista. Y este papel incluso lo presentan como una virtud y también lo mencionan en sus documentos. **«...en estos treinta años -se dice en las tesis para el XV Congreso del PCI- el partido comunista ha seguido una línea de coherente defensa de las instituciones democráticas (léase: burguesas), una línea de organización y desarrollo de la vida democrática entre las masas trabajadoras y los ciudadanos, de luchas por las libertades individuales y colectivas, por el respeto y la aplicación de la Constitución. Tal política, el PCI la ha aplicado a través de la búsqueda constante de la unidad con el Partido Socialista Italiano, con las otras fuerzas democráticas, laicas y católicas, y a través de cualquier posible convergencia con la misma Democracia Cristiana, aun en la lucha desde la**

oposición, a fin de evitar la ruptura del marco democrático constitucional.⁴⁶ Más abiertamente no se puede hablar. No puede haber otro testimonio de fidelidad más servil hacia la burguesía. «Evitar la ruptura del marco democrático constitucional», significa evitar el derrocamiento del régimen burgués existente, evitar la revolución, evitar el socialismo. ¿Qué más puede pedir la burguesía de los revisionistas?

Se cumplen 35 años desde que la burguesía italiana, los revisionistas, la iglesia y otros vienen engañando al pueblo italiano diciéndole que la vida agobiante que lleva, la miseria en que vive, la explotación feroz, la corrupción, el terrorismo y todas las demás lacras sociales que caracterizan a Italia, son consecuencia de la «no aplicación consecuente de la Constitución». Pero la situación en Italia ha sido y continúa siendo deplorable, no porque la Constitución no ha sido llevada a la práctica, sino a causa del sistema que ésta defiende. El presente es el resultado de todo el desarrollo de la Italia posterior a la guerra.

Italia, que conoció los males del régimen monárquico de Saboya, los horrores del régimen fascista, que conoció la pobreza económica y la degeneración moral y política que supuso este régimen, que sufrió las destrucciones de la Segunda Guerra Mundial, salió de esta guerra arruinada económicamente y se hundió en una profunda crisis política, moral y social, que persiste todavía hoy.

Una vez acabada la guerra, Italia se sumió en el caos, pero también se convirtió en circo, donde el papel de los acróbatas y de los payasos lo jugaban nuevos jerarcas, luciendo las vestimentas de los partidos reformados con distintivos «rutilantes», socialistas, socialdemócratas, democristianos, liberales, comunistas, etc. Un partido se hacía pasar por continuador del partido de Gramsci, otro de Don Sturzo, otro de Croce, otro de Mazzini. De país del silencio y la boca cerrada como era Italia en los tiempos del fascismo, se convirtió en el país tradicional de ensordecedor alboroto.

Si el capital norteamericano ha metido sólo un pie en los diversos países de Europa, en Italia ha metido los dos. Y ello porque la burguesía de este país es la más degenerada, la más cosmopolita, la más apátrida y la más entregada a una corrupción general.

Los democristianos siempre han llevado y siguen llevando las riendas de Italia. También los otros partidos burgueses exigen tener su parte en esta feria donde todo se vende al por mayor y al por menor, incluso la propia Italia. Una expresión de esta pugna por el Poder, de la competencia y la rivalidad entre los partidos son los innumerables y frecuentes cambios de gobierno. Cambios se hacen, pero el eje siempre sigue siendo el partido democristiano, que toma la parte del león. Los democristianos han dado muestras de ser unos equilibristas ágiles en la formación de los consejos ministeriales, dando a sus rivales algo a cuentagotas, tratando de hacerles creer que son y no son los dominantes incontestables del país. De esta forma, sacan a escena unas veces el centrosinistra, otras el centrodestra, unas veces erigen un gabinete monocolor y otras bicolor. Todo esto no pasa de ser meras ilusiones, con lo cual quieren demostrar que estarían encontrando una solución al caos, la miseria, el hambre, el desempleo, la crisis terrible y multilateral por la que atraviesa el país.

46 La politica e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1979, pág. 11.

Actualmente en Italia florecen todos los crímenes. El nuevo fascismo se ha organizado en partido parlamentario y dispone de un sinnúmero de grupos terroristas y escuadristas, que los italianos califican de «corderos» del secretario general del partido fascista, Almirante. La mafia criminal ha clavado sus garras en todas partes y el crimen, los robos, los asesinatos y los secuestros se han erigido en industria modernizada. Ningún italiano se siente seguro. El ejército, el cuerpo de carabinieri y los órganos de la policía secreta se han inflado tanto que sofocan al país. Los han inflado supuestamente para defender el pueblo y el «orden democrático» contra los «brigadistas» ultraizquierdistas y ultraderechistas. Pero en realidad, sin estos órganos, es imposible defender a los grandes ladrones y asesinos que ocupan sillones en el parlamento o ejercen cargos en los estados mayores del ejército, la policía, etc.

Al mismo tiempo Italia está atrapada por las deudas y su moneda es la más débil de todas las monedas de los países de Europa Occidental. Hoy se la llama el «enfermo» de la Europa de los nueve. Nadie tiene confianza en esta Italia con este régimen putrefacto, en esta Italia que puede evolucionar hacia vías peligrosas no sólo para el pueblo italiano sino también para sus vecinos.

Los diferentes gobiernos italianos, por no hablar ya del período del fascismo mussoliniano, han mantenido en general actitudes no amistosas con respecto a Albania, abiertas o solapadas. La traidora reacción albanesa, que huyó en barcos ingleses, se concentró en Italia, donde fue organizada y entrenada por los gobiernos de postguerra de este país, por el permanente enemigo de Albania, el Vaticano, y por los anglo-norteamericanos para actuar contra la nueva Albania. En los primeros años de la liberación, nuestro pueblo tuvo que librar una dura lucha contra los elementos subversivos introducidos desde Italia. Todos conocen la suerte que corrieron, pero no fue mejor la que corrieron otros. Una parte de los traidores albaneses exiliados permanecieron en Italia y los otros se dirigieron a los Estados Unidos de América, Bélgica, Inglaterra, Alemania Federal y a muchos otros países, a donde fueron enviados por los servicios de espionaje imperialistas.

Los gobiernos italianos conscientes de que con actos de subversión nada podían hacer contra la nueva Albania, pasaron a adoptar una actitud política «consistente en ignorar» a nuestro Estado. Ciertamente que entre los dos países se establecieron relaciones diplomáticas, pero las otras relaciones siempre permanecieron a un bajo nivel. Los gobiernos italianos jamás dieron muestras de buena voluntad para desarrollarlas. Jamás, ningún gobierno condenó públicamente la salvaje agresión de Mussolini contra Albania. Sin embargo dichos gobiernos se interesaron en desenterrar y llevar a Italia los restos de los soldados italianos aniquilados por nuestros guerrilleros durante la Lucha de Liberación Nacional, consagrarlos como «héroes que habían luchado por la grandeza de Italia» y rendirles homenaje todos los años.

Los órganos de prensa italianos, en su mayoría, muy pocas veces publican algo de positivo sobre Albania. Entre toda la prensa mundial, se ha destacado por una actitud de desinformación y denigración en lo relativo a nuestro país.

Las posiciones de los revisionistas italianos al respecto no se distinguen en absoluto de esta actitud de la prensa y de los gobernantes italianos. En 1939, los dirigentes del Partido

Comunista Italiano miraron desde lejos a los ejércitos fascistas que partían para arrebatar la libertad a un pequeño pueblo vecino. Ni siquiera se mostraron al nivel de los socialistas italianos, los cuales condenaron al imperialismo de su país en los tiempos de la guerra de Vlora en 1920. Los principales dirigentes del Partido Comunista Italiano, tampoco después de la guerra se dignaron venir a Albania, denunciar los crímenes del fascismo y expresar su solidaridad al pueblo albanés, que había sufrido masacres y desolaciones, y había combatido heroicamente al fascismo italiano.

El Partido Comunista Italiano ha luchado y lucha para despojar a sus miembros y al proletariado italiano del espíritu revolucionario, para inculcarles la idea de la conciliación de clases y quitarles la idea de arrancar el Poder a los capitalistas mediante la violencia. No es sino un partido socialdemócrata como los otros partidos, pero que lo han dejado en la oposición y no lo llaman a participar en la danza por haber sido miembro de la III Internacional, y porque, al parecer, la burguesía busca de él mayores garantías.

El Estado burgués «democrático» italiano subvenciona al Partido Comunista Italiano con miles de millones de liras igual que a los otros partidos parlamentarios. Pero, el partido revisionista tiene muchos otros ingresos que proceden de sociedades comerciales y a título de diferentes subvenciones, concedidas bajo diversas formas de comisión. Cuenta con su aristocracia y sus plebeyos. Los aristócratas son los diputados, los senadores, los alcaldes y concejales de los ayuntamientos, así como los funcionarios permanentes.

Las ideas de Togliatti, la línea socialdemócrata y el abierto alejamiento del marxismo-leninismo fueron codificados por el X Congreso del Partido Comunista Italiano que tuvo lugar en 1962. Togliatti era un intelectual reformista y continuó siéndolo hasta el final de sus días, hasta el Testamento de Yalta, donde reiteró su «policentrismo», y se expresó por el «pluralismo» de partidos para el supuesto paso al socialismo, «por la libertad de la religión», «de expresión», «por los derechos humanos», etc. Esta era la vía del llamado socialismo italiano.

El X Congreso presentó la «vía italiana al socialismo» como una vía original, como un desarrollo nuevo del marxismo, como superación de las enseñanzas de la Revolución de Octubre y de todas las experiencias de las revoluciones socialistas hasta aquel entonces. En realidad, se trataba de la vía de las «reformas estructurales», de la vía revisionista, oportunista, adaptada a las necesidades ya la situación del capital monopolista italiano.

Según la «teoría» de las «reformas estructurales», al socialismo se llegaría por medio de reformas graduales, que le serían arrancadas al capital monopolista de forma pacífica. Dichas reformas graduales serían posibles sólo a través del parlamentarismo, gracias a la fuerza del voto, independientemente del hecho de que los monopolios capitalistas poseían las riquezas, las armas y ejercían: la dirección en el parlamento y en la administración. Según ellos, «la reforma de las estructuras sociales y económicas», que supuestamente podría realizarse en el marco del Estado burgués, ***«eliminará la explotación y la desigualdad, permitirá... una gradual superación de la división entre gobernantes y gobernados, hará posible encauzarse hacia una plena emancipación del hombre y de la***

sociedad». ⁴⁷

Los revisionistas italianos han caído totalmente en las posiciones del tradeunionismo y la socialdemocracia, que limitan la lucha de los obreros únicamente a las reivindicaciones económicas y democráticas y piensan que es posible evitar las consecuencias del orden capitalista manteniéndolo intacto. Pero la historia ha confirmado que esto no pasa de ser una utopía, puesto que los efectos no pueden ser eliminados sin liquidar sus propias causas, que radican en el propio sistema capitalista. En la actualidad, el abierto deslizamiento a las posiciones de la socialdemocracia lo aceptan también los propios cabecillas revisionistas italianos, incluso con una cierta jactancia por haber logrado dar este paso «histórico». En el último congreso del Partido Comunista Italiano, el ex presidente del parlamento italiano y miembro de la dirección del partido, Ingrao, declaró: «Tenemos mucho que aprender de la socialdemocracia». Que los cabecillas del partido revisionista italiano son todavía alumnos principiantes con respecto a los viejos profesores socialdemócratas en la revisión del marxismo-leninismo y en la lucha contra la revolución, eso también es cierto. Pero aquéllos pueden igualarse con éstos en el irreprimible afán de servir incondicionalmente y de manera lacayuna a la burguesía.

Los revisionistas pueden quedarse a predicar día y noche, pueden quedarse con la boca seca de tanto hablar en todas las plazas y rezar en todas las iglesias de Italia, pero jamás podrán realizar su sueño reformista de pasar al socialismo a través del parlamento, de la Constitución y del propio Estado burgués.

La línea de las «reformas estructurales» de Togliatti ha pasado a ser hoy el «compromiso histórico con la burguesía, proclamado por Berlinguer. Esta consigna con la que se arrulla la dirección revisionista italiana ha sido lanzada precisamente en unos momentos en que el Estado burgués capitalista italiano se encuentra en una crisis muy profunda. Con el «compromiso histórico», el Partido Comunista Italiano ofreció a la Democracia Cristiana, representante del gran capital y de la alta jerarquía eclesiástica, su colaboración para salir de esta situación y salvar este Estado.

El «compromiso histórico» de Berlinguer es la continuación de las viejas orientaciones del Partido Comunista Italiano, que nada más acabada la guerra, solicitó participar en el Poder burgués y unirse con los socialistas de Nenni. Es la continuación de su conocido flirteo con el entonces presidente de los democristianos, Alcide de Gasperi, es la mano de Togliatti y de Longo extendida a los católicos. Berlinguer convirtió esta orientación de táctica en estrategia. El «compromiso histórico», propuesto por el Partido Comunista Italiano, es la vieja política liberal que siempre le ha venido a Italia comme un gant⁴⁸.

El «compromiso histórico» de Berlinguer fue un intento y una esperanza surgida bajo la influencia de los acontecimientos de Chile. Cuando los revisionistas italianos vieron que el socialista Allende no pudo mantenerse en el Poder sin colaborar con el Partido Demócratacristiano de Frei, pensaron que tampoco podían acceder al Poder y mantenerse en él sin el apoyo y la colaboración de los democristianos. El miedo a la instauración del fascismo con la ayuda del imperialismo norteamericano, les indujo a retroceder y a hacer

⁴⁷ La política e l'organizzazione dei comunisti italiani, Roma, 1979, pág. 11.

⁴⁸ Francés en el original - como anillo al dedo.

grandes concesiones de principio y en el terreno práctico, a abandonar la posición en cierto modo independiente que mantenían hasta entonces, al pensar que podrían conquistar la mayoría parlamentaria y gobernar conjuntamente con una coalición de izquierda. A partir de ese momento, para evitar que en Italia se repitieran los acontecimientos de Chile, aceptaron jugar el papel secundario del que se somete a una coalición no ya de izquierda, sino de derecha con los democristianos.

Cuando el Partido Comunista Italiano lanzó la consigna del «compromiso histórico», Italia daba la impresión de que iba transformándose en un poderoso país industrial. Tanto la reacción como los propios «comunistas» creían que el «compromiso histórico» era en este período una «estrategia» a largo plazo. Pero vino la crisis y el fascismo se reanimó, se volvió amenazador; las bombas comenzaron a estallar, la gente era asesinada y desaparecía. El «compromiso histórico» empezó a ser más actual y le parecía «razonable» también a un sector de la burguesía y de los democristianos. Representante de esta corriente era también Aldo Moro, pero fue eliminado, porque los democristianos no estaban, ni están todavía, dispuestos a entrar en este compromiso, no obstante los reveses que han sufrido en las elecciones.

En las actuales condiciones de crisis, los democristianos han descubierto algunos métodos y formas de coordinar su actividad con los «comunistas» en lo referente a ciertas cuestiones, ya sea a nivel de sindicatos o a nivel de partidos, pero como quiera que sea ellos tienen miedo incluso de un partido comunista italiano a l'eau de rose⁴⁹.

¿Aceptará el capital monopolista italiano la mano que le tiende el partido comunista? Aquél exige que los revisionistas apoyen al gobierno en el parlamento, voten sus programas y sus leyes, ingresen en la «mayoría parlamentaria», en la «mayoría gubernamental», pero no en el gobierno, en el Poder ni en los centros donde son tomadas las decisiones políticas para la dirección del país. Los Estados Unidos de América se han pronunciado en contra de la presencia de los revisionistas europeos en los gobiernos de los países miembros de la OTAN. La burguesía italiana cumple esta orden de sus amos.

El Partido Comunista Italiano se encuentra ante un gran dilema siempre que se celebran elecciones parlamentarias no sabe cómo actuar ante la eventualidad de ganar un mayor número de votos que los democristianos. Berlinguer, atemorizado, se atiene a la fórmula de que en todo caso es preciso formar un gobierno amplio, con todos los partidos del «arco democrático», que haga unas ciertas reformas, naturalmente en el marco de una «democracia pluralista» e Italia no se salga de la OTAN.

¿Por qué desarrolla Berlinguer esta perspectiva? Porque ésta es la línea revisionista del Partido Comunista Italiano, que teme asumir responsabilidades frente a la crisis y a la bancarrota del sistema burgués, que no puede sanearse con reformas. Por otro lado, el Partido Comunista Italiano teme igualmente a la masa de obreros y trabajadores de Italia, que, en caso de un triunfo de este partido, ya no pedirán una colaboración con la patronal, sino la toma del Poder. Esta situación, el Partido Comunista Italiano no la quiere ni jamás la permitirá. Pero todavía menos la quiere la burguesía monopolista norteamericana e italiana,

49 Francés en el original.

que hará todo lo que esté a su alcance por que no se dé tal situación.

Un compromiso antihistórico podría lograrse en un comienzo, en la eventualidad de que el Partido Comunista Italiano ganase en las elecciones, pero dicho «compromiso» sería efímero, suficiente para tranquilizar la opinión hasta que no se le apretasen las clavijas. El capital no entrega nunca las armas, si no le son arrancadas por la fuerza. El Partido Comunista Italiano no es de aquellos partidos que marchan hacia la revolución. Nunca ha estado por la instauración de una sociedad socialista en Italia, no lo está hoy, ni tampoco lo estará mañana ni nunca.

Los sucesores de Proudhon en Francia

La elaboración teórica de las «vías» hacia una «nueva sociedad socialista» preconizada por los eurocomunistas, Togliatti y sus discípulos italianos la han hecho desde hace tiempo. Pero en la actualidad son los revisionistas franceses los que pronuncian discursos «filosóficos» megalómanos, que pretenden recuperar el tiempo perdido y presentarse como abanderados del eurocomunismo, como sus interpretadores y legisladores. Precisamente este papel que han asumido los hace ridículos y los desenmascara aún más a los ojos de la clase obrera de su país y de los trabajadores de todo el mundo.

Georges Marchais se ha convertido en celoso, seguidor de las teorizaciones de Roger Garaudy, que imponía su criterio ideológico en el Partido Comunista Francés en los tiempos de Thorez y que más tarde fue expulsado de este partido. Garaudy pretendía «confirmar» que en los países capitalistas desarrollados el proletariado ha dejado de existir, que se ha nivelado con los empleados de la administración, los ingenieros y los técnicos, los cuales, según él, todos ellos son explotados en la misma medida. Ahora Georges Marchais ha hecho suya esta teoría e incluso ha ido más lejos. Por el socialismo que preconiza, estarían todos, no sólo la clase obrera y todos los trabajadores, sino también la burguesía e incluso su propio ejército y su policía. En sus peroratas, Marchais repite: «queremos ir al socialismo, mas nos lo impiden sólo las veinticinco familias que constituyen el grueso del capital en Francia». «¿Cómo es posible que nosotros, que constituimos toda esta fuerza, no podamos hacer oír nuestra voz y vencer la casta que detenta el Poder?!», se pregunta sorprendido Marchais. Y se responde que, para ir al socialismo, Francia sólo precisa reformas económicas y políticas. La cuestión de vencer al capital lo considera como algo fácil, como algo que se logra con algunas palabras, como algo que se derriba de un soplo. La vía que preconizan los revisionistas franceses podrá ser todo lo que se quiera, pero no tiene nada en común con la verdadera vía al socialismo.

A los representantes del Poder actual en Francia, Marchais los compara y los iguala a la aristocracia francesa de los tiempos anteriores al triunfo de la burguesía, de hace dos siglos, y al referirse a sus dirigentes utiliza el término: «estos príncipes que nos gobiernan». Pero los revisionistas franceses no están a su vez ni siquiera en las posiciones de los que hicieron la revolución burguesa francesa de 1789. Es sabido que dicha revolución decapitó a la reina, al rey y a todos los «príncipes» que gobernaban entonces en Francia. La burguesía progresista de aquel entonces, que derrocó a la monarquía y el feudalismo, no se limitó a esto, sino que llevó adelante la revolución decapitando también a todos los cabecillas de las

fracciones reaccionarias de la burguesía que estaba surgiendo: a los Feuillants, Vergniaud y Danton. Esta revolución llegó a su punto culminante con la dictadura jacobina dirigida por Robespierre, que fue conducido a la guillotina por la reacción burguesa.

Al príncipe Poniatowski, ex ministro del interior de Giscard d'Estaing, Marchais lo califica de versallés. Pero se olvida de la Comuna de París, que luchó con las armas contra Thiers y los versalleses. «Los comuneros asaltaron los cielos» ha dicho Marx, mientras que Marchais, con sus teorías revisionistas, libra contra los Poniatowski una guerra en dentelles.

50

Los dirigentes del partido revisionista francés se esfuerzan por explicar las «profundas razones» del decaimiento de Francia. **«Desde 1976 -se escribe en las tesis del XXIII Congreso del Partido Comunista Francés- el índice de inflación se ha mantenido prácticamente en un nivel elevado; el desempleo ha superado casi el 30%, el poder adquisitivo de los trabajadores ha descendido, el desarrollo económico casi se ha estancado ... La austeridad, el desempleo, la superexplotación vienen acompañados de un aumento de las ganancias capitalistas... Francia, que dispone de una economía industrial diversificada, está viendo hoy dismantelarse ramas enteras, como la siderurgia, la construcción naval, la textil, del calzado, de producción de maquinarias, etc. El número de trabajadores en la industria ha descendido en más de 500.000»**⁵¹ Lo que se dice sobre la situación de Francia es algo conocido. El problema estriba no en constatar la grave situación de la economía y de los trabajadores en Francia, sino en cómo cambiar esta situación.

Marx no se ha limitado únicamente a diagnosticar la sociedad capitalista, sino que ha definido también el camino para derrocarla. Los revisionistas modernos han abandonado este camino científico y sólo se dedican a hablar y hablar para hacer creer al partido y a la clase obrera que se interesan por su situación.

Los revisionistas franceses hablan asimismo de la grave crisis por la que atraviesa el mundo capitalista. **«La crisis actual de los países capitalistas, dice Georges Marchais, es una crisis también internacional... una crisis que en definitiva es la crisis de su sistema de explotación, de dominación y de saqueo de los trabajadores y los pueblos»**⁵² Ahora bien, ¿cómo piensa aprovechar este momento crucial por el que atraviesa no solo Francia sino todo el mundo? ¿Con qué tipo de lucha? ¿Mediante la lucha de clases o con perorata? ¿Acaso abriga la esperanza de poder liquidar con sus discursos a la burguesía monopolista francesa que reprime a los trabajadores franceses con todo ese ejército y la policía, que los cree a su lado? No, hace demagogia, por un lado de cara a la «galería» y por otro lado para no amedrentar a la patronal.

Tales revisionistas se apoyan en las pseudotorias que ellos mismos se han inventado, segundas cuales, las situaciones habrían madurado en tal medida que ya no serían necesarias ni la revolución ni la dictadura del proletariado para edificar la nueva sociedad socialista. Según ellos, ahora cada clase de la sociedad, incluso cada individuo piensan

50 Francés en el original - con lujos, con finuras.

51 Cahiers du communisme, junio-julio, París, 1979, Págs. 361. 363.

52 Cahiers du communisme, junio-julio, París, 1979, Págs. 356, 358.

como socialistas. Según ellos, el socialismo se ha arraigado tan profundamente en la conciencia de la gente que ambos constituyen un todo único. «El socialismo -se dice en la resolución adoptada por el XXIII Congreso del Partido Comunista Francés- se realiza ya, y se realizará aun más en una gran diversidad de formas»⁵³ Con estas pseudoteorías se pretende decir a los obreros que lo que Lenin hizo con revolución y con sangre, ahora se ha logrado sin revolución, sin violencia, incluso bajo la cruel represión del capital.

Los dirigentes revisionistas del Partido Comunista Francés tratan de convencer a los obreros de que todo miembro de la actual sociedad de Francia, de Europa y del mundo entero ha llegado a comprender que la sociedad industrial ha dejado de ser una sociedad que tiene como base la ganancia capitalista. Esta es una teoría completamente falsa, porque el capital monopolista que domina esta sociedad no exige simplemente ganancias, sino el máximo de ganancias. Georges Marchais habla asimismo de la exportación de capitales, pero no dice que esta exportación es un medio para explotar bárbaramente no sólo a los obreros de las metrópolis, sino también a los obreros de los países atrasados o en vías de desarrollo. La exportación de capitales se ha convertido actualmente en rasgo fundamental del neocolonialismo.

Georges Marchais llega al punto de afirmar que en las situaciones actuales «el imperialismo está obligado a buscar nuevas soluciones internacionales, acordes a las situaciones de los pueblos». ¡Cuán humanitario resulta ser este imperialismo que supuestamente actúa según las necesidades de los pueblos! Pero el imperialismo continúa siendo imperialismo y no cambia con una verborrea y con análisis propios de sofistas. Con estas prédicas, los revisionistas eurocomunistas franceses no hacen sino ayudar al imperialismo, embelleciéndolo, difundiendo y alimentando la ilusión de que aspira a rehacer un mundo nuevo.

Considerando como infundada y una calumnia la acusación de que los revisionistas franceses quieren acabar con los ricos, Marchais, en toda una intervención en el XXII Congreso del PCF, llega a decir sin tapujos que desean que exista la propiedad privada, que exista la burguesía media con todas sus propiedades, que exista el campesinado propietario de tierras; que sólo desean que las riquezas comunes del Estado sean nacionalizadas y administradas por el pueblo. Estas estructuras capitalistas que defiende Marchais las defiende también la socialdemocracia. En este caso tiene razón para enojarse con los que le acusan de no ser enteramente fiel a la burguesía, en la misma medida en que lo son sus hermanos socialdemócratas.

A comienzos del año 1979, Georges Marchais escribía: «**Queremos una democracia social, una democracia económica, una democracia política y deseamos seguir adelante hasta una transformación radical de las relaciones sociales, que permiten al pueblo de Francia vivir en un socialismo democrático, de autogestión**».⁵⁴ Así pues, Marchais se presenta también como el continuador de Tito, que ha llevado a la práctica en Yugoslavia precisamente las teorías anarcosindicalistas de Proudhon y de Bakunin sobre la «autogestión obrera», severamente condenadas por Marx y posteriormente por Lenin. Ahora Georges Marchais, bajo el disfraz del marxismo «creador», pero sin «dignarse»

⁵³ Ibidem, Pág. 371

⁵⁴ L'Humanité, 13.II.1979.

utilizar jamás las palabras de los grandes maestros del marxismo, no se atreve a defender abiertamente los puntos de vista antimarxistas de Proudhon ni afirmar que es su continuador. Pero, defendiendo la «autogestión» no hace más que cambiar los términos de la teoría pequeñoburguesa de Proudhon, al mismo tiempo que la desarrolla.

Los dirigentes del Partido Comunista Francés hablan mucho sobre los salarios y plantean el problema de la lucha reformista por el aumento de los mismos. Es preciso reforzar el poder adquisitivo de los trabajadores y sus familias, remunerando más a los que reciben menos, dicen ellos. Hay que intensificar las medidas orientadas a reducir la desigualdad en los ingresos y las remuneraciones. Se debe reducir la jerarquía de los asalariados de abajo arriba. Los revisionistas plantean esos problemas porque en los momentos actuales el aumento de los salarios representa una reivindicación general de las masas.

Georges Marchais se sorprende y pregunta cómo es posible que exista un fenómeno tal, es decir que los trabajadores y los ancianos no tengan la posibilidad de vivir debidamente, y no tengan derecho de hablar por la radio y la televisión.

Todos estos derechos deben ganárselos, dice él. «Mi Partido ha luchado y lucha por la elevación de los salarios, la reducción de los impuestos, porque el parlamento no sea como el actual, al que se le han impuesto condiciones intolerables de funcionamiento y se le han reducido las prerrogativas». Limitando la lucha de la clase obrera sólo a las reivindicaciones diarias, los revisionistas franceses soslayan las enseñanzas de Marx, el cual había explicado que, de forma enmascarada, los salarios encubren la explotación de los obreros por los capitalistas, los cuales se apropian de una parte del trabajo, precisamente del trabajo no remunerado de los obreros que crea la plusvalía para el capitalista. Intencionadamente no hablan sobre el pensamiento de Marx, el cual señala que la solución del problema no reside en el aumento de los salarios ni en su equiparación como creía Proudhon, este reformista clásico. Marx recalca que limitar la lucha de la clase obrera únicamente a los salarios, no es más que un intento destinado a prolongar la esclavitud de los asalariados. Sólo la supresión definitiva de la explotación de los obreros asalariados, dice Marx, constituye la solución justa y radical del problema.

Los revisionistas franceses dejan en la oscuridad la teoría de Marx relativa al carácter social de la producción y al carácter capitalista, privado, de los medios de producción en el capitalismo, a las relaciones de producción entre las clases. No mencionan, intencionalmente, el hecho de que en lo referente a esta cuestión existen diferentes intereses de clase, que están continuamente en pugna entre sí para cambiar el carácter de la propiedad. Estos problemas los tratan de manera general, como simples asuntos económicos, al igual que lo hacían los teóricos del economismo. Su «teoría» no es la teoría de Marx, sino la «teoría» de los desviacionistas que sucedieron a Marx. Marchais reduce la misión y la lucha del proletariado a una lucha por derechos económicos y no para derrocar el Poder del capital. En el Manifiesto del Partido Comunista, Marx lanzaba el llamamiento «¡Proletarios de todos los países, uníos!» Y ¿para qué? Para hacer la revolución. Mientras que Marchais dice: ¡Obreros, campesinos, burgueses, policías, soldados y oficiales, uníos... para hacer reformas! Los revisionistas franceses consideran la noción «proletariado» como una noción romántica, un tema de poesías.

Los revisionistas franceses, en vez de luchar para que el proletariado se coloque al frente de

la revolución y forje una estrecha alianza con las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, se esfuercen para que aquél se una en «otro bloque histórico» en «la unión de la izquierda», como llaman los revisionistas franceses la colaboración con los partidos burgueses, o en el marco del «compromiso histórico», como la llaman los revisionistas italianos.

Esta teoría sobre las alianzas, los revisionistas franceses la desarrollan en base a su punto de vista, según el cual en el régimen capitalista actual los obreros «ven cada día como mejoran sus condiciones de vida» y que «el proletariado en la verdadera acepción de la palabra está desapareciendo». Esta es la tesis del revisionista Garaudy, al que en vano mantienen marginado del partido revisionista francés. Da lo mismo que éste permanezca fuera o dentro del partido, si los dirigentes revisionistas del Partido Comunista Francés admiten en su danza también a los partidos burgueses para ir al socialismo. Aquí vegetan también Garaudy y compañía. La dirección revisionista francesa criticó y expulsó a Garaudy del Partido, no partiendo de posiciones de principio, sino porque se precipitó y enarboló la bandera de la «línea nueva», lo que, según el grado, correspondía a Marchais y a los otros líderes de un rango superior a aquél. Esta dirección actúa hoy de la misma manera también con Elleinstein y Althusser, los cuales exigen que se avance más deprisa en la vía revisionista. Pero, no cabe la menor duda que muy pronto la dirección del Partido Comunista Francés se conciliará y se unirá no sólo con Garaudy y Elleinstein, sino también con Mitterrand, Rocard y todos los socialdemócratas. No tiene ninguna importancia si en un comienzo pasarán por una «unión de la izquierda», por un «programa común» o por alguna otra fórmula. Desde el momento en que existen puntos de vista y fines idénticos, lo demás vendrá por sí solo.

Con sus teorías, los revisionistas en general y los revisionistas franceses en particular se oponen a que el Estado dirija la economía en el socialismo. **«Nosotros -dice Marchais- hoy luchamos contra este autoritarismo este centralismo asfixiante... Queremos, por el contrario, que las empresas estatales dispongan de autonomía de gestión... que los trabajadores, obreros, empleados, ingenieros y cuadros participen cada vez más activamente en aquélla. Asimismo queremos que las comunas, los departamentos y las regiones se conviertan en verdaderos centros de toma de decisiones y de gestión democrática».**⁵⁵ Estos puntos de vista de los revisionistas y del Partido Comunista Francés coinciden enteramente con la línea de la «autogestión» yugoslava y el federalismo de Proudhon, el cual señalaba que «debe existir sólo una democracia industrial, una anarquía positiva. Quien dice libertad dice federalismo o no dice absolutamente nada, quien dice república, dice federalismo o no dice propiamente nada, quien dice socialismo, dice federalismo o no dice nada». Por lo tanto, según Proudhon el principio federativo es aplicado en la economía y en la política. Puede ser que Georges Marchais no mencione estas cuestiones con los términos que ha empleado Proudhon, mas cuando habla de su «socialismo democrático» dice: «Deseamos una sociedad buena, con justicia, con libertad, etc.», y pregunta si es justo que los obreros sean reprimidos por estas aspiraciones tan simples y que estas aspiraciones continúen siendo sólo un sueño.

Proudhon exigía democracia y libertad y, según él, éstas se podían conquistar muy

⁵⁵ Le socialisme pour la France, París, 1976, págs. 84-85.

fácilmente, se las podían arrebatar a los capitalistas con mucha facilidad. Marchais no se limita sólo a ello, sino que recalca que hace doscientos años los obreros gozaban de mayores libertades en la democracia burguesa, participaban en los asuntos del Estado y de las fábricas y, por último, se «indigna» por el hecho de que hoy no gozan de esta libertad. Pero Marchais no va más allá de esta indignación y no va más allá porque no quiere chocar con los capitalistas, porque quiere convivir en paz con ellos. Todo esto semeja un cuento destinado a los gogos⁵⁶.

Marchais sostiene que, a través de las reformas, es posible que el proletariado, aun en las condiciones de la existencia del régimen capitalista, participe incluso en la dirección de la economía. Sueña y dice que en el marco de este régimen puede existir una democracia social, en la que todos los obreros sin excepción pueden aprovecharse de los bienes, puede existir una democracia política donde cada ciudadano ejerza su control, dirija, esté verdaderamente en la dirección, en una palabra «autogestions». ¿Acaso no es ésta la completa teoría de Proudhon?

En relación con su «socialismo democrático», Marchais aborda igualmente la cuestión de la propiedad y de la dirección planificada de la economía. La propiedad en esta sociedad la divide en estatal y en privada. Pero las propiedades que deja a los privados son colosales. Con esto viene a decirle a la burguesía en el Poder: no nos acuséis en vano a los comunistas franceses, porque nosotros respetamos la propiedad privada, no estamos por la revolución proletaria, no estamos por «el puño en alto», sino por «tender la mano». Marchais habla de las propiedades municipales, departamentales, regionales. No utiliza el término de Proudhon, «federalismo», pero es igual, la cuestión no cambia. Cuando dice: luchamos contra el autoritarismo y el centralismo asfixiantes, Marchais, en oposición con las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin, entiende la lucha contra el centralismo democrático. También el plan, señala, debemos estructurarlo de manera democrática, y que en él participen no sólo los obreros y demás trabajadores, sino también aquellos que poseen propiedades.

Marchais sabe que la planificación de la economía no es un método que puede ser aplicado en cada sistema social, que depende de los buenos deseos de los que se encuentran en la dirección del país. La planificación única y centralizada sólo es posible allí donde existe la plena dominación de la propiedad social sobre los medios de producción, que sólo es característica del socialismo. La propiedad privada de cualquier forma que sea, jamás se ha sometido ni se someterá a la planificación centralizada. Estas son verdades objetivas y no pueden cambiar sólo porque así lo desean Marchais y los otros «teóricos» eurocomunistas.

No sólo en Francia, sino en todos los países capitalista-revisionistas, el revisionismo moderno está atacando al marxismo-leninismo también en el terreno de la literatura y el arte, porque también con éstos busca envenenar y hacer degenerar a la gente. Los escritores, los poetas y los artistas revisionistas se han introducido por el camino de la degeneración burguesa. En la actualidad es difícil distinguir un Aragon de un Beauvoir, un André Stil de un Sagan. Aquí no se trata de uniformidad de estilos ni de formas, sino del contenido y los fines idénticos de sus obras, que se inspiran en corrientes filosóficas

56 Francés en el original - tontos.

antimarxistas, para acabar saliendo en un mismo camino, combatir la revolución, aplacar los ánimos, convertirlos en «almas muertas», degeneradas en la misma medida.

Todos los «teóricos» revisionistas defienden las tesis de que Marx y Engels habrían dedicado un lugar muy reducido a la estética, por no decir que no le han dedicado la más mínima atención. Los estetas del Partido Comunista Francés van aún más lejos. Pretenden «confirmar» que Marx no se interesaba en absoluto por el arte o que era un ignorante en esta materia. En oposición a los hechos, pretenden que Marx «no logró comprender qué es lo que hace que el arte tenga un valor eterno, independientemente de los momentos históricos, no logró comprender cómo el arte griego, ligado a la infraestructura de aquel tiempo, continúa emocionándonos». Tal deformación del pensamiento de Marx no es gratuita. Por un lado, pretenden hacer creer que no existe un pensamiento marxista sobre el arte, pensamiento que supuestamente están elaborando los revisionistas; por otro lado intentan negar el carácter de clase del arte y poner en tela de juicio si el arte «forma parte de la superestructura o de la estructura, si es ideología o no, si está ligado o no a la clase y a la revolución», en qué medida y hasta qué punto, etc.

Una serie de «teóricos» del Partido Comunista Francés han sostenido diferentes opiniones sobre la literatura y el arte en períodos distintos, lo que ha causado confusión y caos en las filas del partido y de los militantes y bandazos en la misma creatividad literaria y artística de los escritores y artistas comunistas. En un determinado período el Partido Comunista Francés luchaba por que las creaciones se apoyaran en el arte popular, en el arte revolucionario, más tarde en el realismo socialista. Después, en las creaciones de los artistas comunistas penetraron corrientes antimarxistas.

La burguesía, con su arte decadente, influía no sólo en los militantes de base del partido comunista, sino también en los cuadros que se ocupaban de la agitación y propaganda. Estos elementos, influidos por este arte, teorizaban, deformaban e interpretaban de una manera retorcida a Lenin, el cual ponía de relieve que la revolución crea su arte, que los comunistas no rechazan el anterior patrimonio progresista del pueblo. Esta gente, asimismo, interpretaba de una forma revisionista y burguesa los criterios de Lenin, Stalin y Zhdanov de que los escritores y los artistas de la sociedad socialista deben ser libres en sus creaciones, tener iniciativa personal, pero sin dejar de ser realistas y de crear obras que sirvan realmente a la revolución y al socialismo.

Algunos estetas seudomarxistas llegaron al punto de defender la tesis de que Lenin habría preconizado la libertad absoluta de creación. El filósofo antimarxista Garaudy proclamó el «realismo sin riberas». Otros defienden la tesis de que, cuando la literatura y el arte son dominados por la ideología, por el partido, no hay libertad, por lo tanto no hay creatividad.

Naturalmente, todo era de esperar en el terreno de la estética, cuando en el Partido Comunista Francés tenían influencia y posaban de comunistas gente como André Gide, Malraux o Paul Nizan, que junto con Aragon asistieron al primer congreso de los escritores soviéticos en Moscú, pero que finalmente traicionaron y llegaron a ser anticomunistas declarados. Tales «teóricos» en Francia, dentro y fuera del partido comunista, ni siquiera podían tener la idea del valor del arte apoyado en los principios del marxismo-leninismo. Estos elementos han tenido como objetivo separar el arte y la literatura de la política y la

ideología, naturalmente de la política proletaria y de la ideología marxista. Se esforzaban por desbrozar el terreno a la propagación de la ideología y la política burguesas, al desarrollo del arte decadente, a las novelas psicoanalistas, sexuales, policíacas y pornográficas, de modo que los mercados, las librerías, las vitrinas, los teatros y cines se llenaran de obras de este género.

Tomemos a Picasso. Este era miembro del Partido Comunista Francés y murió siéndolo, pero jamás llegó a ser un marxista. Esto se refleja en sus obras. En cambio, el Partido Comunista Francés se sentía orgulloso de él, y la única crítica que le hizo fue a propósito de un garabato titulado el «Retrato de Stalin», que su amigo y compañero Aragon publicó en el periódico *Les lettres françaises*, siendo su director.

El realismo socialista no, fue apoyado con fuerza y convicción por el Partido Comunista Francés. Una parte de los escritores, filósofos y críticos, miembros del partido, como Marguerite Duras y Claude Roix desertaron. Después que Jruschov lanzara sus calumnias contra Stalin, el Partido Comunista Francés vaciló y los primeros que capitularon fueron esta clase de intelectuales. Este partido lanzó la consigna de la «completa liberación en el arte y la cultura», y los antiguos defensores del realismo socialista como Aragon, André Stil, André Wurmser no solamente cambiaron de camisa, sino que se vendieron en cuerpo y alma al revisionismo. Así, los literatos pseudocomunistas franceses empezaron a sentirse atraídos por los Lukács, los Kafka, los Sartre. En todo el partido se dio inicio a discusiones críticas en la plataforma que deseaba la burguesía como por ejemplo: ¿«cuál debe ser la correlación entre literatura e ideología»? ¿Qué forma debe admitirse en el arte: «el sectarismo en la interpretación» o «el eclecticismo oportunista»? Rolland Leroy como una «autoridad» resumió que «no puede haber arte específicamente proletario, ni arte que sea enteramente revolucionario».

El Partido Comunista Francés, inmerso en el oportunismo y en el revisionismo, permitió que estas tesis antirrevolucionarias circularan como aguas inmundas y se convirtiesen en tesis dominantes entre sus artistas y creadores.

Como conclusión podemos decir que en la literatura y el arte, la línea del Partido Comunista Francés ha tenido sus altibajos. Ha estado siempre en una situación de *ballottage*⁵⁷. Sus bandazos se originaban en la «ortodoxia» de la preservación de los principios, por un lado, y en la influencia directa o indirecta de la ideología burguesa en la literatura y el arte, a través de sus intelectuales, por otro lado.

Para el Partido Comunista Francés los intelectuales que trabajaban en el terreno de la creatividad artística han jugado por lo común un papel más bien negativo que positivo. Ellos, independientemente de su origen de clase, cursaban sus estudios e iban en busca de la «fama». Este partido jamás logró influirlos y dirigirlos a través de la ideología y la cultura proletarias. Para estos intelectuales del partido, lo importante era la libre creación, subjetiva, individual y nunca los verdaderos intereses del proletariado y de la revolución. Estos elementos vivían y trabajaban lejos de la clase obrera y separados de ella. La clase, para ellos, era la «economía», mientras que los intelectuales eran la «cabeza de Zeus» que

57 Francés en el original.

debía dirigir a lo «económico». Los intelectuales franceses del partido habían crecido y se habían inspirado en la bohemia de Montparnasse, en la Closerie des Lilas, Pavillon de Flore, Bateau-Lavoir y en otros locales donde se entrecruzaban toda suerte de corrientes decadentes, de las cuales han surgido los Aragon, los Picasso, las Elsa Triolet y muchos otros amigos de los Lazareff, los Tristán Tzara, de los dadaístas, cubistas y de mil y una escuelas decadentes de literatura y arte. Esta tradición y este camino se prolongó en el Partido Comunista Francés de manera ininterrumpida hasta que se llegó al XXII Congreso, donde el revisionista Georges Marchais sacó a flote toda la podredumbre antimarxista que el Partido Comunista Francés venía acumulando desde hacía tiempo.

En este congreso los revisionistas franceses salieron incluso oficialmente en contra del papel dirigente del partido de la clase obrera en el terreno del arte y contra el método del realismo socialista. Con el pretexto de luchar contra la «uniformidad», pretendieron que la cultura socialista debía ser abierta a todas las corrientes, a todo tipo de experimentos y creaciones.

El pseudomarxista Georges Marchais ha publicado en el libro que contiene su informe al XXII Congreso también un verso escrito por Aragon en el libro titulado El loco de Elsa. Elsa era la mujer de Aragon. He aquí lo que dice Aragon, miembro del Comité Central del Partido Comunista Francés, en este verso: «Qué siempre habrá guerras querellas/ Maneras de reyes y frentes prosternadas/ y el hijo de la mujer inútilmente nacido /mieses destruidas siempre por las langostas/ Qué siempre los baños y la carne bajo la rueda/ La masacre siempre justificada con ídolos/ (y los ídolos son Marx, Engels, Lenin y Stalin) Siempre cadáveres cubiertos de este mantel de palabras/ La mordaza para la boca y para la mano el clavo/ Un día sin embargo un día vendrá color de naranja ... » Así, Aragon dice que él y su partido han renunciado al color rojo, al comunismo.

De esta manera, los revisionistas franceses echaron por la borda los principios de la teoría inmortal del marxismo-leninismo. Ahora este partido nada en un revisionismo mezclado con las viejas teorías utópicas bernsteinianas, proudhonistas, kautskianas, anarquistas. Haciendo causa común con la ideología de los otros partidos burgueses, lucha para que en Francia y en todas partes se cree la idea de que el marxismo es caduco y en su lugar aparezca en primer plano el eurocomunismo.

En 1968, en París se enfrentaron los estudiantes con las «fuerzas del orden». Estos enfrentamientos fueron aprovechados por los trotskistas, por Sartre, teórico del existencialismo, Simone de Beauvoir, Cohn Bendit, etc., para darles un tinte anarquista. Y en efecto se desarrollaron en medio de un gran desorden. El Partido Comunista Francés no participó. Pero ¿por qué no lo hizo? ¿Quizá porque en principio estaba en contra del anarquismo? Pienso que no es ésta la razón. Y es que este partido no quería hacer causa común con la juventud estudiantil que atacó al gobierno De Gaulle. Fue este movimiento que de hecho obligó a De Gaulle a convocar el referéndum y al no salir vencedor, como esperaba, se retiró al «Colombey-les-Deux-Églises», donde murió.

El Partido Comunista Francés impidió que la clase obrera entrara en acción y asumiera la dirección de la rebelión. Contaba con fuerzas suficientes para hacer que el fuego se propagara a toda Francia y para estremecer, de no llegar a conquistar, el Poder de los

«príncipes» o, como lo llamaban en aquel entonces, el Poder de los «barones». No hizo esto porque era partidario de seguir el mismo camino y los mismos métodos que hoy recomienda el revisionista pequeñoburgués Georges Marchais.

El Partido Comunista Francés pone grandes esperanzas en una «coalición de izquierdas», por la cual aunó sus esfuerzos con el partido socialista de Mitterrand en las elecciones presidenciales francesas y en las elecciones parlamentarias. El Partido Comunista y el Partido Socialista Francés llegaron a un cierto acuerdo, pero era coyuntural. No sólo no ganaron en las elecciones, sino que después de éstas y de la victoria de Giscard d'Estaing se notó que los amores entre comunistas y socialistas se habían enfriado, incluso comenzó una pugna entre ellos. Ni la gran burguesía, ni sus partidos, ni tampoco el partido socialista de Mitterrand hubieran consentido que un partido comunista, aún siendo de color de naranja, como lo califica Aragon, participase en el gobierno de Francia. Esto no ocurrió en la época del Frente Popular, cuando al frente del partido socialista estaba Léon Blum, tampoco ocurre hoy estando a su cabeza Mitterrand ni tampoco ocurrirá mañana con cualquier otro.

Los intereses de la burguesía capitalista francesa y los de las 200 familias, que Marchais ha reducido a 25 para hacer creer que actualmente se está ante un Poder reaccionario exiguo, están estrechamente ligados entre sí para proteger sus privilegios, para proteger sus grandes propiedades y sus capitales, para aumentar las ganancias a costa del proletariado y de todos los trabajadores de Francia. Ciertamente que los socialistas tienen contradicciones con los otros partidos de la burguesía pero, cuando se da el caso en que el Poder burgués es amenazado por el proletariado, entonces se llega a la unidad, pero no entre comunistas y socialistas, sino entre éstos y la burguesía. Esto es lo que pasa en Italia con el partido socialista, que se une a los democristianos, al partido liberal, al partido socialdemócrata, y no hace frente común ni siquiera con los «comunistas» togliattistas.

Pero aún suponiendo por un momento que un cartel de «izquierdas» llegue a tomar el Poder en Francia, y aún siendo de color de naranja, esto para los comunistas franceses sería efímero y nada cambiaría. ¿Por qué? Porque así sucedió cuando De Gaulle, para remediar sus dificultades, aceptó en el gobierno algunos comunistas con Thorez a la cabeza, a los cuales despidió una vez que los hubo utilizado como bomberos. ¿Y cuándo fue que hizo esto? En un momento en que el Partido Comunista Francés salía de la Segunda Guerra Mundial con no poca autoridad, como el único partido que había combatido de manera consecuente contra los ocupantes. Por eso las pretensiones que hoy tiene Marchais de «tomar el Poder y edificar el socialismo» basándose en la estrategia eurocomunista, en la ideología revisionista, proudhoniana, bernsteiniana, jamás se realizarán. Los cabecillas del Partido Comunista Francés a lo más llegarán a convertirse en accionistas en la explotación del trabajo y el sudor del proletariado y del pueblo francés, a engrosar el cuerpo de bomberos de la revolución y a nada más.

Revisionismo sin ambages

Una particular atención debemos dedicarle a la línea de los revisionistas españoles, no porque éstos sean diferentes de los italianos o franceses, sino por el papel especial que han asumido, como voceros y globo cautivo de todos los revisionistas. Carrillo y sus

compinches hablan sin tapujos, hablan abiertamente y, lo quieran o no los demás revisionistas, con los soviéticos a la cabeza, expresan la verdadera opinión del revisionismo moderno. Si los revisionistas soviéticos «critican» algunas veces a Carrillo, no lo hacen por sus ideas revisionistas traidoras, sino porque revela las opiniones y los objetivos de todos los revisionistas.

Carrillo es producto de la corrupta sociedad burgués-capitalista en putrefacción, es producto de la lumpen-intelectualidad al servicio de la burguesía capitalista.

Carrillo ha residido en Francia y, por lo que parece, allí le han influido profundamente las podridas teorías antimarxistas, sartristas, anarquistas, trotskistas y quien sabe cuántas otras. Estas teorías las emplea ahora en sus discursos y entrevistas con los que llena las páginas de la prensa burguesa y sobre todo en su libro tan cacareado «Eurocomunismo y Estado». En esta «obra» completamente antimarxista, el secretario general del Partido Comunista de España ha hecho un resumen y una codificación de las tesis y los puntos de vista oportunistas de Togliatti, Berlinguer, Marchais, Jruschov, Tito y demás cabecillas del revisionismo moderno. Su principal objetivo es justificar su renuncia al marxismo-leninismo, atacar la idea de la revolución y del socialismo, legitimar el revisionismo.

Carrillo ha titulado su libro «Eurocomunismo y Estado» para contraponerlo a la famosa y genial obra de Lenin El Estado y la Revolución, en la que expuso la estrategia de la revolución socialista y del Estado de la dictadura del proletariado. El megalómano Carrillo, con todo un amasijo de frases recogidas de uno y otro de los renegados del comunismo, tiene la pretensión de derribar uno de los monumentos más grandes del pensamiento marxista, como es El Estado y la Revolución, que la vida y la práctica revolucionarias han sancionado con el gran sello de la historia, haciéndolo inmortal.

Según el renegado Carrillo, que pregonaba las tesis de los intelectuales pequeñoburgueses, hoy ya no es el proletariado la clase más revolucionaria de la sociedad que dirige la lucha por el socialismo, sino quien más y quien menos serían todas las clases y en primer lugar la intelectualidad. Pretende que el proletariado, en la época de Lenin, habría sido una clase atrasada, mientras en la actualidad, dice este renegado, la clase obrera es una clase avanzada y a su lado ha elevado su nivel de conciencia también la intelectualidad. En una palabra, también Carrillo se adhiere a las tesis del filósofo revisionista Roger Garaudy. Según Carrillo, hoy los comunistas deben conquistar el Poder sin recurrir a la violencia, sin destruir el Estado burgués e instaurar la dictadura del proletariado, sino utilizando otras formas, de acuerdo con los cambios que ha sufrido el sistema capitalista. La actual sociedad burguesa contendría en sí el germen del socialismo, por eso no es el proletariado la única clase interesada en instaurar el socialismo.

Debemos comprender, dice Carrillo, que el actual Estado capitalista se ha transformado, y, según él, esta transformación del Estado capitalista no la ven los demás; ahora bien, la mente de Carrillo sí la descubre. Y lo que descubre es una realidad imaginaria, sobre la cual levanta su «teoría» de paja. El Estado capitalista, según él, ha estatizado una serie de empresas, que han tomado otras formas, diferentes de los viejos consorcios del capitalismo o del imperialismo. Estas empresas son administradas por el Estado más o menos de manera correcta a través de sus funcionarios, los cuales tienen una mentalidad burguesa.

Ahora, para Carrillo, se trata únicamente de cambiar esta mentalidad y todo se arreglará. Esta mentalidad burguesa de los funcionarios, dice Carrillo, ha sufrido grandes cambios, pero hace falta trabajar aún más para que se eleve a un nivel que haga a sus portadores comprender la necesidad de realizar ulteriores reformas para ir al socialismo.

Carrillo intenta «demostrar» que el actual Estado de los países capitalistas no representa el Poder de la burguesía, su aparato represivo para proteger su propiedad y su dominación, sino un Poder por encima de las clases, de todas las clases. No consiguiendo hacer pasar lo negro por algo completamente blanco, admite que en todo caso existe una cierta preponderancia de la burguesía en este Poder, que la considera una reminiscencia de las condiciones históricas en que ha surgido este Poder, pero que en los actuales momentos puede remediarse.

¿Pero cómo se realizará esta transformación, cómo será suprimida esta preponderancia y creado el Estado del «socialismo democrático»? Se comprende, según él, que la teoría leninista, supuestamente válida para los tiempos del pasado, no puede ser aplicada dado que las condiciones socioeconómicas, etc., han cambiado. Ahora hace falta una nueva teoría que Carrillo ya tiene lista.

La propiedad sobre los medios de producción, dice él, ya no es sólo la que pertenece a la burguesía: A la par de aquélla existe también la propiedad estatal, que Carrillo considera «socialista», existe también la propiedad cooperativista, etc. El proletariado ha dejado de existir, puesto que se ha fusionado con toda la intelectualidad, con los empleados, los curas, los jueces, los gendarmes, etc. Entretanto los capitalistas se han reducido a un pequeño grupo de burgueses testarudos, que todavía se atienen a lo viejo. En estas condiciones, según Carrillo, hay que ir hacia la democratización, mediante reformas y a través de la educación, de las instituciones de la superestructura burguesa, que ya se han encauzado por este camino. Así pues, la única tarea que resta a los comunistas es la de acelerar este proceso.

Según el renegado Carrillo, el conflicto entre las masas trabajadoras y el actual Estado burgués ha sufrido una radical transformación. Este conflicto ya no es el de antes, porque ahora el Estado sería un empresario que ya no defiende los intereses de la burguesía en su conjunto, sino sólo los de una fracción de la misma que controla los grandes grupos monopolistas. Por eso ahora, según él, este Estado no está en oposición únicamente con los proletarios avanzados, sino también de un modo directo, con clases y capas sociales más amplias, incluida una gran fracción de la propia burguesía. En el aparato del Estado, declara él, no sólo es posible penetrar, sino que ahora ya ha penetrado el elemento procedente de diferentes clases, que está en oposición con la gran oligarquía financiera y con el Estado empresario. Gracias a este «elemento progresista», el Poder puede tomarse mediante reformas.

Para «fundamentar» estos sueños, Carrillo pone como ejemplo Italia, donde, como él dice, incluso la policía en Roma vota por el Partido Comunista Italiano. Con esto busca llegar a la conclusión de que también las fuerzas coercitivas y represivas de la burguesía capitalista han sufrido transformaciones. Según él, es cierto que muchas veces estas fuerzas actúan siguiendo los deseos del capital, pero esto lo harían traicionando su conciencia, porque

cuando se les presenta la ocasión de expresar esta conciencia, sin exponerse ante el Poder capitalista, actúan en oposición con la voluntad de este Poder.

Lo mismo se puede decir de los tribunales.

Los tribunales, dice Carrillo, aplican naturalmente las leyes de la burguesía, pero también allí ha comenzado a operarse una metamorfosis en la conciencia del cuerpo judicial.

En este mismo espíritu aborda también el problema de la religión y de la iglesia. La iglesia, dice él, ha cambiado, ha dejado de ser aquella vieja iglesia dogmática. Los propios clérigos son partidarios en la actualidad de un cambio en los dogmas, ya no se oponen a la ciencia, sino que están a su favor. Por eso, dadas sus nuevas convicciones, están por una vida muy distinta de la que antaño han recomendado y predicado el Evangelio y el Vaticano, habiendo éste evolucionado hacia una sociedad más progresista y más humana, hacia una sociedad en la que existe una democracia más amplia y más completa.

Según Carrillo también la iglesia ¿estaría dando su contribución en las transformaciones sociales hacia el socialismo! Apoyándose en esta fantasía, llega a la conclusión de que la alta jerarquía clerical, aún sin haber llegado a admitir el socialismo, el marxismo, como salida a los problemas del futuro, ha comenzado a poner en duda las capacidades del capitalismo. Declara que estrecha la mano a los clérigos, porque han realizado una evolución en sus dogmas, por eso los euro comunistas deben rechazar sus «propios dogmas», es decir el marxismo-leninismo, para que sean más «progresistas» de lo que son la iglesia y el Vaticano.

La enseñanza, uno de los aparatos ideológicos más consistentes de la burguesía, no presenta para Carrillo ningún problema, puesto que ya estaría casi transformada. Pretende que actualmente la enseñanza, al adquirir un carácter masivo, ha cambiado también su contenido ideológico.

En lo que respecta a la familia, según Carrillo, ésta ha cambiado completamente su modo de vida y de pensar. Los niños de hoy, lejos de obedecer a sus padres, se oponen también a sus ideas. Se puede decir que mentalmente ya casi están viviendo en el socialismo.

En otras palabras, para Carrillo toda la sociedad capitalista se ha transformado, ya no es la sociedad de la época de Marx ni de la época de Lenin, ya no es el Poder en putrefacción de 1917, cuando la gran Revolución Socialista de Octubre derribó al zarismo. Tanto la Revolución de Octubre en la Unión Soviética, como las demás revoluciones que triunfaron en otros países, Carrillo las relaciona con las guerras mundiales, profiriendo así una monstruosa calumnia contra los verdaderos revolucionarios, los cuales, según él, están por la guerra como medio para lograr el triunfo de la revolución. Es cierto que las guerras mundiales, exacerbando al extremo las contradicciones sociales y acrecentando de modo sin precedentes la miseria de las masas, incitan y aceleran el estallido de las revoluciones, como la única alternativa para evitar las guerras y salvarse del régimen que las engendra. Pero las guerras mundiales y las locales no son la causa de las revoluciones sociales. La causa más profunda de las revoluciones son las contradicciones del propio sistema capitalista, sobre todo el conflicto entre las viejas relaciones de producción y las nuevas

fuerzas productivas, conflicto que puede ser resuelto, como lo ha confirmado la historia, incluso sin ser acompañado de guerras entre Estados.

El socialismo, declara Carrillo, no se puede relacionar con una conflagración mundial, porque una guerra de este tipo en nuestra época conduciría a la humanidad a su total destrucción. Así Carrillo no deja de asumir por otra parte el papel de propagandista del chantaje atómico del imperialismo. Siguiendo las huellas de Jruschov, declara que en las actuales condiciones, en que existe la bomba atómica, no son convenientes las revoluciones ni las luchas de liberación nacional, por el hecho de que pueden originar guerras atómicas y de las cuales ninguna de las partes saldría vencedora. Si estamos por un «mundo sin armas y sin guerras», entonces esta idea, dice Carrillo, llevémosla hasta el fin. Ya que queremos edificar un mundo sin guerras, como se dijo en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, trabajemos para ello, no sólo exigiendo el desarme y pronunciando discursos pacifistas, sino también minando y saboteando en todas partes la revolución.

Por otra parte, según Carrillo, a la revolución violenta se le ha cerrado toda perspectiva, ya que el imperialismo norteamericano no iba a permitirla. Carrillo busca elevar a teoría su temor de pequeñoburgués, y transformar en norma su capitulación ante el imperialismo y la burguesía. Hace tiempo que el imperialismo, y no sólo el norteamericano, sino toda la reacción mundial, viene amenazando con intervenir y aplastar toda revolución, lo que es parte constitutiva de la estrategia agresiva de los imperialistas norteamericanos y los demás imperialistas. Pero la historia ha demostrado que los pueblos se han lanzado a la revolución, se han enfrentado también a la intervención norteamericana, y han triunfado. Tomemos el ejemplo reciente de la revolución iraní. El imperialismo norteamericano recurrió a todo tipo de amenazas, pero no se atreve a intervenir directamente con las armas, pues sabe que, frente a la resuelta actitud del pueblo iraní, sufriría una derrota mayor de la que sufrió con su gendarme, el Sha, a quien había armado hasta los dientes y dotado de los medios más modernos.

Lo que es nuevo en las prédicas de Carrillo es que éste pregona y defiende la política imperialista, siembra el pánico y sirve a la reacción para propagar entre las masas la semilla de la desmoralización y de la capitulación. Ya quién previene contra los extranjeros? Al heroico pueblo español que luchó con tanto valor y osadía, no sólo contra Franco, sino también contra la intervención armada de Hitler y de Mussolini, contra los socialistas como Blum que sabotearon la revolución española y en suyo discípulo se ha convertido hoy Carrillo.

A Carrillo le parece innecesario que la burguesía mantenga en pie un numeroso aparato policíaco y represivo. ¿Y para qué se necesita todo esto cuando la opinión pública no desea tal cosa? - dice Carrillo. El Poder de la oligarquía financiera y del capital, predica este nuevo cura cristiano, debe entenderse con los obreros. Las huelgas, según él, pueden proseguir, pero deben ser coordinadas y organizadas tanto por la patronal como por la representación obrera, es decir por la aristocracia obrera. Es muy fácil, dice Carrillo, que se entiendan los dirigentes con los obreros, que se renuncie a la arrogancia y al dictado. Para él, esto puede lograrse fácilmente y sin problemas, pero Carrillo hace sus cálculos sin contar con el amo, sin haber preguntado lo que piensan los que detentan el Poder, que tienen en sus manos los aparatos represivos, la máquina de propaganda, la iglesia, etc. Estos

no se tragan las patrañas de Carrillo, pero le dan su apoyo para que invente conceptos tales y los difunda en el seno de la clase obrera y de las capas trabajadoras a fin de que éstas vivan de los sueños de Carrillo.

En lo que se refiere al ejército, el problema para Carrillo es muy simple. El ejército actual, escribe en su libro, debe transformarse sobre la base de exclusiva competencia de la derecha, sino también de la izquierda. Según Carrillo, esta política de los partidos comunistas hará que el ejército abandone la política de derecha y se pase en mayor medida al lado de la nación. Así, las dos juntas, la izquierda y la derecha, deben luchar y controlarse mutuamente y, a la manera tradicional, controlar también el Estado, no el Estado burgués, sino el Estado de Carrillo, el que se «va a crear» a través de las reformas.

Como conclusión de estos «análisis» sobre la actual sociedad capitalista y el Estado burgués, Carrillo, que presume de ideólogo y de teórico del eurocomunismo, elabora también su estrategia para ir al socialismo. La actual estrategia de los revolucionarios, indica Carrillo, no es derribar el Poder de la burguesía, puesto que ésta ya no lo detenta, ni de subvertir las relaciones burguesas de producción, puesto que ya han cambiado. Lo único que debe hacerse es transformar de manera gradual y a través de reformas las instituciones políticas e ideológicas existentes, para adaptarlas a la realidad social, para que pasen a servir al pueblo.

El cabecilla de los revisionistas españoles predica que ahora es del todo viable transformar gradualmente la superestructura capitalista en socialista, sin cambiar su base. Esto es antidialéctico y está en oposición incluso con la más simple lógica. Pero lo que interesa a Carrillo son sus esquemas inventados y no la ciencia. Si adopta esta actitud, esto no es con la intención de indicar una salida a los problemas, sino de ofuscar su solución, meter al proletariado en caminos sin salida y errados apartarlo de la revolución.

Carrillo, como acabamos de señalar, se ha inspirado en todas las «teorías» de los jruschovistas, de los trotskistas, de Browder y de mil y un traidores a la clase obrera. Pero pretende que se hable abiertamente, que se pongan los puntos sobre las «íes», en otras palabras, que se unifiquen las acciones con el capitalismo y el imperialismo mundial. En primer lugar, con argumentos supuestamente teóricos, llama a todos los revisionistas y pseudocomunistas del mundo a levantarse contra Marx, Engels, Lenin y Stalin. Deforma e interpreta a su antojo los escritos de Marx sobre los acontecimientos de 1848, sobre la insurrección de junio en Francia, sobre la Comuna de París, y llega al punto de afirmar abiertamente que sus tesis traidoras las ha tomado de Trotski o de Kautsky. Al mencionar a estos conocidos renegados y adversarios del marxismo, ya desacreditados, muestra en qué pesebre ha metido sus hocicos y cuál es la fuente de sus descubrimientos «teóricos».

La total negación de la lucha de clases es la base de todas las ideas de Carrillo. Para él, todas las clases se encuentran juntas a la cabeza del actual Poder burgués. Para Carrillo, la capa de los intelectuales lo es todo, es la más inteligente, la más instruida, la más capaz y la mejor administradora. Si se hubiesen afirmado estas cosas en la época en que vivían Marx, Engels y Lenin, declara el propio Carrillo, las hubieran considerado ideas utópicas. Nuestros clásicos no sólo hubieran considerado utopías estas ideas contrarrevolucionarias, sino que las hubieran calificado de traiciones, al igual que han calificado de traidores a los

predecesores de Carrillo.

Carrillo es un revisionista que en su traición no conoce límites. Todos los revisionistas son traidores, pero de una u otra forma han tratado de -encubrir su traición. Se han guardado de atacar de manera tan abierta a Marx, Engels, Lenin, mientras que a Stalin lo han atacado todos.

En su camino Carrillo va más lejos que Jruschov y que muchos otros. Jruschov, pese a haberlo intentado, no se atrevió a rehabilitar públicamente también a Trotski. Calificando a Stalin de criminal, condenando todos los juicios revolucionarios efectuados en la época de la construcción del socialismo en la Unión Soviética, Jruschov prácticamente rehabilitó a Kámenev y a Zinóviev. Rehabilitó también a muchos otros traidores, desde Rajk a otros de su especie. Sin embargo Carrillo está descontento de Jruschov. En su libro parece hacerle este reproche: «Ya que has rehabilitado a esta gente tan buena, que Stalin hizo pasar por las armas, ya que has traicionado a Marx, a Engels y a Lenin, ¿por qué no has rehabilitado a tu padre Trotski?» Así, Carrillo llama a rehabilitar a Trotski, a desarrollar una campaña para que sean reconocidos sus «méritos».

En otras palabras, Carrillo es un agente de los más rastreros y ordinarios del capitalismo mundial. Pero sus «teorías» no aportarán muchos beneficios al capitalismo, dado que, tal como son presentadas por Carrillo, desenmascaran en realidad el pseudomarxismo de los revisionistas modernos, Carrillo, por un lado, sirve al imperialismo y al capitalismo mundial, porque se opone a la revolución, niega las ideas marxista-leninistas que inspiran al proletariado y a los pueblos de todo el mundo, y, por el otro, arranca las máscaras y desenmascara a los otros revisionistas modernos, pone al descubierto sus verdaderos objetivos ante los ojos del proletariado y de los pueblos.

Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España, es un revisionista bastardo de bastardos. Ha tomado del revisionismo moderno lo que de más vil y contrarrevolucionario tenía y se ha convertido en apologista de la traición y de la completa capitulación.

SÓLO LOS MARXISTA-LENINISTAS ENARBOLAN Y LLEVAN ADELANTE LA BANDERA DE LA REVOLUCIÓN

La sociedad actual capitalista, burguesa y revisionista está preñada de revolución y la revolución siempre se ha guiado y se guiará sólo por las ideas de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Toda la gama de ideas que buscan revisar nuestra gran teoría, terminarán como siempre ha ocurrido en el basurero de la historia, y, junto al capitalismo, el imperialismo y el socialimperialismo, quedarán destruidas ante la gran fuerza del proletariado mundial, que guía la revolución y se inspira en la inmortal doctrina del marxismo-leninismo.

Las tácticas y las maniobras de los eurocomunistas no pueden oscurecer nuestra gran doctrina ni podrán prosperar. Sólo los que están moldeados con esta doctrina y se atienen

fielmente a ella, ven cuán peligrosos y pérfidos oportunistas tienen ante sí en la gigantesca lucha por el triunfo del mundo nuevo, del mundo Socialista, sin opresores, ni explotadores, sin imperialistas ni socialimperialistas belicistas, sin revisionistas demagogos y traidores, viejos o nuevos.

En Francia, Italia, España y otros países capitalistas, depende en gran medida del proletariado y de su partido marxista-leninista el que fracasen las teorías que les son hostiles, las teorías antirrevolucionarias, antimarxistas de los revisionistas. Sin un auténtico partido marxista-leninista, que guíe al proletariado en las batallas de clase y en la revolución, no se puede combatir estas teorías antimarxistas, que son propagadas por los partidos revisionistas, no se puede liquidar el Poder de la burguesía.

Conscientes del gran daño que para la causa de la revolución y del comunismo ha supuesto el surgimiento y la propagación del revisionismo moderno, sobre todo el jruschovista, los revolucionarios marxistas-leninistas han sabido y podido oponer resistencia a esta gran embestida contrarrevolucionaria, organizarse y combatirla decididamente.

Con un elevado sentido de responsabilidad ante el proletariado de sus países y ante el proletariado mundial, se pusieron al frente de la encarnizada lucha de principios para desenmascarar la traición revisionista y acometieron la tarea de crear nuevas organizaciones y partidos marxistas-leninistas.

En este gran proceso de diferenciación con el revisionismo moderno y de la lucha por la causa del comunismo, ha nacido y se ha desarrollado el movimiento marxista-leninista, que ha asumido la misión de enarbolar y llevar adelante la bandera de la revolución y del socialismo, traicionada y repudiada por los ex partidos comunistas, a quienes la degeneración revisionista ha transformado en bomberos de la revolución y de las luchas de liberación de los pueblos. La formación de los nuevos partidos marxistas-leninistas constituyó una victoria de importancia histórica para la clase obrera de cada país, así como para la causa de la revolución a nivel mundial.

Los partidos en los que arraigó el revisionismo moderno browderiano, titista, eurocomunista, maoísta, fueron liquidados como partidos comunistas. El revisionismo les despojó de su espíritu marxista-leninista revolucionario, les transformó de destacamentos organizados de la clase obrera para llevar a cabo la revolución, en armas para la «extinción» de la lucha de clases la instauración de la «paz» de clases, el sabotaje de la revolución y la destrucción del socialismo.

No perdiendo de vista la lucha que los revisionistas modernos están desplegando contra la teoría y la práctica leninista sobre el partido, los auténticos revolucionarios comunistas combaten por la defensa, el reforzamiento y el desarrollo de los partidos proletarios, edificados sobre la base de las enseñanzas del marxismo-leninismo. Son conscientes de que sin un partido de este tipo, sin un destacamento organizado y de vanguardia de la clase obrera, no se puede hacer la revolución, no se puede llevar a cabo correctamente y hasta sus últimas consecuencias la lucha de liberación nacional, no se puede hacer avanzar la revolución democrático-burguesa y pasar a la revolución proletaria.

No es por casualidad ni por un simple capricho que nace y se forma el partido marxista-leninista. Nace y se forma como resultado de algunos factores objetivos y subjetivos muy importantes. El partido marxista-leninista surge del seno de la clase obrera, representa sus elevadas aspiraciones, sus objetivos revolucionarios, desarrolla y lleva adelante la lucha de clases. Al margen de la clase obrera, al margen de sus objetivos revolucionarios, al margen de la teoría marxista-leninista, que es la teoría de la clase obrera, jamás puede haber un partido marxista-leninista.

Un partido de la clase obrera se convierte realmente en un destacamento organizado de ésta, en su estado mayor, cuando se educa en la teoría marxista-leninista y la asimila, y cuando esta poderosa e insustituible arma la utiliza con habilidad y de manera creadora en la lucha de clase por el triunfo de la revolución, por la instauración de la dictadura del proletariado y la construcción del socialismo.

El partido que asimila esta teoría, pero luego no la aplica o la aplica erróneamente, y persiste en sus errores, no podrá avanzar por un camino correcto y terminará por desviarse del marxismo-leninismo.

Un auténtico partido marxista-leninista se caracteriza por su actitud firme y resuelta hacia el revisionismo moderno, hacia el jruschovismo, el titismo, el pensamiento Mao Tse-tung, el eurocomunismo, etc. Trazar una clara línea de demarcación en esta cuestión es de gran importancia de principios.

Si un partido permite que en sus filas aniden ilusiones, tales como que «en la Unión Soviética, independientemente de la ideología jruschovista, se está construyendo el socialismo», que en la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética existen «burócratas», pero también existen «revolucionarios y marxistas-leninistas», entonces, quiérase o no, ese partido ya no se mantiene en posiciones marxistas-leninistas, se ha apartado de la estrategia y de la táctica revolucionarias, y, aunque no de manera abierta, de manera indirecta se habrá transformado en un partido filosoviético, por más que de palabra pueda estar en contra de las tesis del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y del jruschovismo. La experiencia revolucionaria ha confirmado que no se puede combatir el jruschovismo, si no se combate al mismo tiempo la política hegemónica, chovinista y socialimperialista que siguen los dirigentes de la actual Unión Soviética capitalista e imperialista, Brezhnev, Suslov y compañía.

De la misma naturaleza e igual de nefastos son también los puntos de vista de aquellos que separan la línea reaccionaria y la política proimperialista de la actual dirección china, de Mao Tsetung, del pensamiento Mao Tse-tung. No se pueden combatir ni desenmascarar las actitudes contrarrevolucionarias de Teng Hsiao-p'ing y Hua Kuo-feng, si no se combate y no se desenmascara la base ideológica de su actividad, el pensamiento Mao Tse-tung.

El Partido del Trabajo de Albania ha llegado a esta conclusión tras un profundo análisis del pensamiento Mao Tse-tung y de la línea que ha seguido el Partido Comunista de China. Defender a Mao Tse-tung y sus ideas sin ir al fondo de las cosas, sin analizar seriamente los acontecimientos y los hechos, significa caer en una desviación revisionista. No se puede tener una verdadera actitud marxista-leninista si no se define claramente esta posición.

Los partidos marxistas-leninistas y el proletariado de cada país no subestiman jamás la presión de la burguesía y de su ideología, la fuerza opresora del capitalismo, del imperialismo, del socialimperialismo y de las mistificadoras ideologías revisionistas. Estas presiones e influencias negativas se tornan nocivas, muy peligrosas, si el partido del proletariado no lleva a cabo una resuelta lucha contra ellas, si no cuenta con una fuerte organización y una férrea disciplina proletaria, si no se caracteriza por una sólida unidad de pensamiento y acción, que excluye todo espíritu de fraccionalismo y de camarilla.

Por esta razón los partidos marxista-leninistas, a la par de elevar su nivel ideológico y de arreciar su lucha contra el revisionismo y las influencias de la ideología burguesa, dedican el mayor cuidado a su reforzamiento organizativo interno sobre la base de los principios y de las normas leninistas. Un partido se hace y es revolucionario cuando en sus filas militan elementos revolucionarios abnegados, activos y probados. Estos partidos combaten decididamente las concepciones intelectualistas y sectarias que a menudo, al socaire de la necesidad de admitir «preparados» cierran las puertas a los obreros y a los elementos sanos procedentes de las otras capas de las masas trabajadoras quienes, militando en las filas del partido pueden adquirir todas las cualidades que deben caracterizar a la vanguardia del proletariado revolucionario.

El sentimentalismo, el liberalismo, la tendencia a buscar la cantidad para dar sensación de que las filas del partido se están engrosando con nuevos elementos, son funestos, de graves consecuencias. Admisiones de este género, sin aplicar rigurosamente las normas marxistas-leninistas, lejos de impedir que la influencia y la presión de la burguesía afecten al partido desde el exterior, permiten que se infiltren en él todo tipo de elementos que lo dividen y terminan por liquidarlo.

Los partidos marxistas-leninistas de los países capitalistas trabajan y luchan en condiciones difíciles y se enfrentan a numerosos peligros, que provienen de todas partes. Estos peligros no son imaginarios, son peligros reales, con los cuales se choca cada día, a cada paso, en cada acción. No pueden ser afrontados si los comunistas no comprenden que su programa de acción y de lucha se fundamenta en la necesidad de hacer sacrificios por los grandes ideales de la causa del proletariado y del comunismo, si estos sacrificios no se aceptan de manera consciente y se realizan sin vacilar en cualquier momento, situación y circunstancia que lo exija el gran interés del proletariado y del pueblo.

En los países capitalistas, la existencia de muchos partidos ocasiona una gran confusión entre la gente. Estos partidos son únicamente para las elecciones, están al servicio del capital local y mundial. Este capital conjunto domina con la ayuda del Poder del Estado y del dinero, impera gracias a la fuerza organizada del ejército, de la policía y demás órganos de represión. Los partidos que están ligados a los capitales, a los consorcios y a las diversas sociedades multinacionales, practican el juego de la «democracia» a fin de apartar a las masas del principal objetivo de su lucha, del objetivo de sacudirse el yugo del capital y conquistar el Poder del Estado, del objetivo de hacer la revolución.

Los partidos burgueses, no sin intención, aplican determinadas orientaciones y formas organizativas y políticas. Permiten, por ejemplo, que ingresen o salgan de sus filas quienes quieran y cuando quieran. Todos gozan de «libertad» de divagar y de alborotar, de lanzar

sus peroratas en reuniones y mítines, pero a nadie se le permite actuar, rebasar los marcos de la llamada libertad de expresión. El paso de la libertad de expresión a las acciones concretas es clasificado y tratado como un acto anarquista, de criminales y terroristas.

El partido marxista-leninista jamás puede ser un partido de este tipo. No es un partido de la cháchara, sino de la acción revolucionaria. Si sus miembros no emprenden acciones y una lucha concreta, no será un verdadero partido marxista-leninista, sino un partido marxista-leninista sólo de nombre. Un partido tal, sin duda alguna, en momentos determinados, se dividirá en diversas fracciones, tendrá muchas líneas que coexistirán y lo harán un partido liberal, oportunista y revisionista. Un partido de este tipo ni es adecuado a la clase obrera ni tampoco ésta lo necesita.

Un partido marxista-leninista revolucionario está reñido con el reformismo y con el anarquismo y el terrorismo. Se opone a todas estas corrientes contrarrevolucionarias en cualquier forma que se presenten. El partido debe tener en cuenta que la burguesía no permanecerá impasible, lo golpeará, calificará sus actos de anarquistas y terroristas, mas esto no debe llevarle a mantenerse a la zaga de los acontecimientos y del movimiento de las masas, a dejar de emprender acciones y a caer en el círculo vicioso de los partidos revisionistas y reformistas.

Son las propias acciones complejas de la lucha política, ideológica y económica de los partidos marxista-leninistas, a la cabeza de la clase obrera, contra la burguesía, la socialdemocracia, el revisionismo y el Estado burgués, las que definen a los ojos de las masas el verdadero carácter revolucionario de estas acciones. Las masas saben distinguir las verdaderas acciones revolucionarias que van en su interés del terrorismo y el anarquismo. Por eso se suman a las acciones revolucionarias que dirigen los partidos marxistas-leninistas y se alzan contra el Poder de la burguesía, independientemente de los ataques y la dura represión, a veces sangrienta, que la burguesía capitalista lanza contra la clase obrera y los verdaderos comunistas.

El partido comunista marxista-leninista no teme la guerra civil. A esta guerra conducen la represión y la feroz violencia de la burguesía. Es sabido que la guerra civil no se libra entre la clase obrera y los trabajadores honestos, sino que es librada por las masas trabajadoras contra la burguesía dominante capitalista y sus órganos de represión. La lucha revolucionaria del proletariado debe conducir a la conquista del poder por medio de la violencia. Este rumbo de la lucha es precisamente el que tanto temen los capitalistas, los burgueses, los revisionistas. Por eso la socialdemocracia y los revisionistas modernos se esfuerzan por impedir que la clase obrera adquiera conciencia revolucionaria, comprenda el significado de los problemas económicos, políticos e ideológicos, alcance la madurez revolucionaria y la sólida organización que contribuyen a crear las condiciones subjetivas de la lucha para la toma del Poder.

La estrategia y las tácticas de la burguesía, que han sido adoptadas también por los eurocomunistas, tienden a dividir a la clase obrera con el fin de impedir que se forme una fuerza de choque única a la que tengan que enfrentarse. Mientras que los partidos marxistas-leninistas, muy por el contrario, luchan por la unidad de la clase obrera.

La burguesía teme las organizaciones revolucionarias y la unidad del proletariado, que, opuestamente a las prédicas de los eurocomunistas y de los demás revisionistas, sigue constituyendo la principal fuerza motriz revolucionaria de nuestra época. Por eso, trata de mantener bajo su permanente control la organización sindical, las centrales sindicales, que en los países capitalistas pueden ser numerosas, con nombres y programas aparentemente distintos, pero no presentan diferencias esenciales entre ellas. A través de los partidos burgueses y revisionistas y de las propias estructuras estatales, la burguesía ha impulsado, como jamás lo había hecho, el papel diversionista de los sindicatos, que de una forma abierta son manipulados por ella.

Como lo demuestran los hechos, en muchos países esta especie de sindicatos se han integrado totalmente en la organización económica y estatal del capitalismo y se han convertido en su apéndice. Es bien conocida la colaboración cada vez más abierta de las centrales sindicales con la patronal, con el capital financiero y los gobiernos burgueses. El movimiento sindical, tal como se presenta en la actualidad, no desafía al capitalismo, sino que trabaja para él, busca someter al proletariado, limitar y sabotear su lucha contra el capitalismo. Algunos de ellos, más que organizaciones sindicales, tienen todo el aspecto de consorcios capitalistas.

Es un hecho que, como consecuencia de la actividad de zapa de los revisionistas y de la socialdemocracia, de las centrales sindicales burgués-reformistas que manipulan una parte considerable de los obreros, el proletariado europeo sigue dividido. El control que los revisionistas y los socialdemócratas ejercen sobre el movimiento sindical obstaculiza en extremo el desarrollo de la lucha de clases e impide la formación y el temple de la conciencia revolucionaria de los trabajadores. Por eso la única alternativa que se impone a los marxistas-leninistas y a los revolucionarios es desenmascarar la actividad de los revisionistas, desarticular sus posiciones en el movimiento sindical y crear sindicatos revolucionarios. Se sobreentiende que estos nuevos sindicatos no pueden pasar por alto el objetivo de alcanzar la unidad de la clase obrera contra el Poder del capital, contra su demagogia y la de los partidos burgueses y revisionistas.

Combatir los llamados sindicatos tradicionales no implica que haya que oponerse por principio a la existencia de los sindicatos, como organizaciones de masas de carácter amplio, como centros de organización y de resistencia de la clase obrera, históricamente inevitables e imprescindibles en las condiciones del capitalismo para unir a la clase obrera y lanzarla a la lucha de clase contra la burguesía.

Los marxistas-leninistas, al plantear la tarea de crear sindicatos revolucionarios, no abandonan en absoluto el trabajo en los sindicatos existentes donde están afiliadas grandes masas de obreros, ya que tal abandono supondría dejar las masas libres a los bonzos sindicalistas para manipular a su gusto a la clase obrera y servirse de ella en su propio interés y del capital. El que los comunistas militen en los sindicatos existentes no depende de las coyunturas y no es una «táctica» como pretenden presentarlo los trotskistas, sino una actitud de principios, que se basa en las enseñanzas leninistas sobre la necesidad de la unidad de la clase obrera, la cual no puede alcanzarse sino se trabaja entre las masas, si no se las aparta de la influencia de la burguesía y de los diversos oportunistas.

Naturalmente, la lucha del partido marxista-leninista en las centrales sindicales reformistas y revisionistas no tiene por objeto corregir o educar a los cabecillas sindicales, ni tampoco mejorarlas o reformarlas. Tal actitud sería un nuevo reformismo. Los marxistas-leninistas trabajan entre las masas de sindicalizadas, para educarlas y prepararlas para las acciones revolucionarias anticapitalistas, antiimperialistas y antirrevisionistas. En este proceso de trabajo y de lucha se logra también la cohesión y la unidad del proletariado.

Mas, como nos enseña el marxismo-leninismo, la unidad de la clase obrera se logra ante todo en el terreno práctico a través de las acciones políticas y las reivindicaciones económicas, armonizándolas y dando prioridad a las acciones políticas. Los marxistas-leninistas, manteniéndose firmemente en las posiciones de clase y revolucionarias, luchan porque las reivindicaciones económicas se conjuguen con las reivindicaciones políticas y en este terreno denuncian y desenmascaran la actividad traidora de los cabecillas sindicalistas, quienes, valiéndose de diversas maniobras sindicales, sacrifican los grandes intereses fundamentales del proletariado.

Actualmente se cuentan por millones las personas que participan en las huelgas, en las manifestaciones, exigiendo reivindicaciones económicas, las cuales tienen también un carácter político, porque se lucha contra el capitalismo, que se niega a reconocer los derechos de los obreros. Pero todo esto desemboca en acuerdos entre los bonzos sindicalistas y los capitalistas, quienes, para satisfacer un poco a los huelguistas, hacen alguna pequeña concesión. Mientras que, si a estas reivindicaciones se les diera realmente un carácter político, los instrumentos del capital en los sindicatos y el propio capital se verían envueltos en grandes dificultades.

Es precisamente la combinación de la lucha económica con la lucha política lo que tanto temen la aristocracia obrera y la burguesía capitalista. Una y otra tiemblan ante la lucha política, porque saben que ésta lleva lejos a la clase obrera, la conduce a enfrentamientos y choques. Las acciones políticas, desarrolladas debidamente, debilitan la dirección de la burguesía capitalista en los sindicatos, rompen las normas, las leyes y todo lo que ella ha establecido para esclavizar a la clase obrera; estas acciones le abren los ojos a la clase obrera.

La clase obrera es clase dirigente y como tal debe romper con la psicología burguesa y pequeñoburguesa. Para ello es necesario combatir tanto los puntos de vista oportunistas liberales, que conducen a desviaciones sindicalistas de derecha, como los puntos de vista sectarios, que apartan al verdadero partido marxista del trabajo vivo, masivo y concreto. Tanto uno como otro punto de vista acarrear consecuencias extremadamente nocivas para la causa de la revolución. Del mismo modo que no es justo reducir la lucha sindical únicamente a las reivindicaciones económicas, tampoco es justo vacilar en la lucha por las reivindicaciones económicas por miedo a caer en el oportunismo y desarrollar una lucha meramente sindical.

Luchando por la unidad de la clase obrera, los partidos marxistas-leninistas consideran todo esto como base de la unidad de todas las masas populares, que es algo radicalmente opuesto a las uniones y las alianzas sin principio y contrarrevolucionarias que predicán los eurocomunistas.

La profundización de la crisis que atraviesa el mundo capitalista y revisionista amplía la base social y de clase de la revolución. En el movimiento revolucionario toman parte cada vez más activamente, además de la clase obrera, otras capas sociales explotadas por el capitalismo, como el campesinado, la pequeña burguesía urbana, la intelectualidad y los estudiantes, la juventud y la mujer. Por eso la cuestión de ligarse a estas masas y de dirigir las constituye para los partidos marxista-leninistas una tarea primordial.

El trabajo directo del partido marxista-leninista y de sus militantes en el seno de las masas es imprescindible y muy valioso, mas resulta insuficiente para extender la influencia del partido entre las amplias masas trabajadoras de no organizar y poner en movimiento al mismo tiempo sus palancas, las organizaciones de masas, como las de la juventud, de la mujer, etc. El partido marxista-leninista trabaja en todas partes donde están las masas, incluso en esas organizaciones que son dirigidas y manipuladas por los partidos burgueses y revisionistas, para apartarlas de la influencia de su ideología reaccionaria oportunista del mismo modo que trabaja para crear organizaciones revolucionarias de las masas que militan siguiendo la línea del partido y actúan clandestinamente convencidas bajo su dirección.

La juventud, las mujeres y las otras masas trabajadoras de los países donde domina el capital, son una gran reserva de la revolución. Son millones las masas de jóvenes y de mujeres que actualmente se encuentran en paro, abandonadas y sin nada que esperar de la burguesía, de ahí que entre ellas bulla el descontento y se acumulen los elementos generadores de estallidos revolucionarios. Considerando el movimiento de la juventud, de los estudiantes, de la intelectualidad y de las mujeres progresistas como parte importante del amplio movimiento revolucionario democrático y de liberación en general, los marxista-leninistas luchan por entrelazar el ímpetu y las aspiraciones revolucionarias de estas masas con el ímpetu y las aspiraciones de la clase obrera, por organizarlas, educarlas y dirigir las en una correcta vía. Cuando las inagotables energías de la juventud, de las mujeres y de las otras masas se unen a las energías de la clase obrera bajo la dirección del partido proletario, no hay fuerza que pueda impedir el triunfo de la revolución y del socialismo.

La hegemonía del proletariado no sería completa y eficaz si no se extendiese a todas las capas de la población interesadas en la revolución, sobre todo al campesinado, que, en la inmensa mayoría de los países, representa el principal y más poderoso aliado de la clase obrera. La alianza de la clase obrera con el campesinado es al mismo tiempo la base para la unión en un amplio frente de todas las masas trabajadoras, de todos aquellos que de una u otra forma luchan contra el capitalismo y el imperialismo, contra la opresión y la explotación de los monopolios y las multinacionales.

Actualmente en las calles de los centros urbanos y rurales de los países capitalistas se desarrollan numerosos mitines y manifestaciones. Naturalmente, esto es organizado por los partidos burgueses, socialdemócratas y revisionistas, que, con determinados fines, sacan las masas a la calle.

Ante todo buscan mantener bajo control a las masas trabajadoras descontentas, limitar sus reivindicaciones al aspecto económico, aceptable por la burguesía. La tarea de los

comunistas no es la de mantenerse al margen de estas manifestaciones, sino participar en estos movimientos de masas y convertirlos en manifestaciones y choques de carácter político con la burguesía y sus lacayos.

El inmovilismo, la apatía y las discusiones estériles son la muerte de un partido marxista-leninista. Si un partido marxista-leninista no está continuamente en acción, en movimiento, con su agitación y propaganda, si no participa en las diversas manifestaciones de la clase obrera y de las demás masas trabajadoras, independientemente de que éstas puedan estar bajo la influencia de los partidos reformistas, no podrá desviar el rumbo que los partidos reformistas dan a los movimientos de masas.

La justa línea del partido marxista-leninista no puede llevarse a las masas únicamente a través de su prensa, que por lo general es bastante limitada. Esta línea es llevada a las masas por los propios comunistas, por los simpatizantes, por los miembros de las organizaciones de masas precisamente en el curso de la actividad y las acciones de la clase obrera y de las otras masas trabajadoras, cuando éstas se encuentran en movimiento, en lucha y se enfrentan por sus derechos económicos, y, con mayor motivo, por sus derechos políticos.

Una acción así, revolucionaria y activa, asegura dos importantes objetivos: por un lado, el temple del propio partido en sus acciones junto a las masas y el aumento de su autoridad e influencia, y por otro lado la posibilidad que el partido tiene de ver en acción a los elementos más avanzados política e ideológicamente de la clase obrera, los que en el futuro serán sus mejores y más resueltos militantes. Es aquí donde los partidos marxistas-leninistas adquieren la nueva savia para sus filas, y no entre los elementos intelectuales descontentos o entre algunos profesionales que se han quedado sin trabajo y que exigen justicia, que se sienten indignados, pero que no son constantes ni aceptan la disciplina férrea de un partido proletario marxista-leninista.

Los dirigentes de los partidos revisionistas creen que todo el trabajo del partido debe limitarse a continuas discusiones, a teorizaciones fútiles, a contestaciones huecas sobre una u otra cuestión. De una actividad así de estéril nada puede salir. Los partidos revisionistas trabajan a las masas a través de su prensa, la cual, hay que reconocer, no es poca. Estos mismos partidos constituyen grandes trusts capitalistas y realizan su propaganda mediante sus estipendiarios particulares. Estos son maestros en predicar a las masas lo que deben y lo que no deben hacer. Con su demagogia oscurecen el objetivo final de las masas trabajadoras, que es derrocar el sistema capitalista, y les hacen creer que lo que se consigue a través de una huelga común y corriente lo es todo. Esta gran superchería favorece a la burguesía capitalista. Por eso ésta no se inquieta por las palabras, los artículos, las peroratas de los estipendiarios revisionistas ni por las huelgas que se llevan a cabo bajo la dirección de sus partidos.

Los partidos marxista-leninistas no caen en estas triviales formas de propaganda de los partidos revisionistas. Son conscientes de que la insurrección, la revolución, no llegan por sí solas. Hay que prepararlas. Y su mejor preparación se realiza a través de las acciones. Pero, además de la acción se necesita también la teoría, la cual guía a la primera. Marx,

Engels, Lenin y Stalin nos enseñan que sin acción revolucionaria no hay teoría revolucionaria y sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria.

El trabajo del partido marxista-leninista entre las masas, el unir las en torno a objetivos políticos concretos, es una importante tarea, porque la revolución no la hace únicamente la clase obrera y mucho menos sólo su vanguardia, el partido comunista. Para realizarla, la clase obrera se alía con otras fuerzas sociales, con partidos progresistas o fracciones de los mismos, con hombres progresistas, a los que le unen intereses comunes sobre diversos problemas y en diversos períodos. Con ellas crea amplios frentes populares basados en determinados programas políticos. El partido de la clase obrera no se diluye en estos frentes, sino que siempre conserva su independencia organizativa y política.

La cuestión de las alianzas es un problema agudo y bastante delicado. El partido marxista-leninista debe seguir, estudiar y definir las tendencias, las exigencias y las contradicciones que existen en el movimiento de masas, en otras palabras, la dialéctica de la lucha de clases. Sobre esta base elige el correcto camino para concertar diversas alianzas. En el acertado análisis y valoración de las situaciones que existen en el seno de las masas, en el seno de las diversas agrupaciones políticas, estriba también la madurez del partido marxista-leninista para crear las alianzas necesarias. Sólo con una política correcta y una previsión exacta de los acontecimientos y de su desarrollo, el partido de la clase obrera conservará su personalidad en estas alianzas y aumentará su influencia entre las masas a las que busca agrupar y conducir a la revolución.

La formación de diversas alianzas, y sobre esta base la creación de amplios frentes populares, se plantea como una tarea imperativa particularmente cuando en muchos países el peligro del fascismo es grande e inmediato y las presiones e intervenciones de las superpotencias contra todos los países han aumentado. El logro de esta unidad y de estas alianzas se ve favorecido por el hecho de que en el actual proceso revolucionario, el momento nacional adquiere una importancia particular que va en continuo ascenso.

Esto está relacionado con la intensificación de la política expansionista, hegemónica y agresiva de las potencias imperialistas. Pero la ocupación de un país no siempre se realiza a través de agresiones militares. Esta ocupación, colonización, opresión y explotación se realiza también con otras formas «nuevas», «modernas», económicas, culturales, políticas, que encubren la dominación y la ferocidad imperialista.

Por eso cuando decimos que la revolución está a la orden del día, eso también está relacionado con estos momentos nacionales, es decir con la ocupación de un país o de varios países por las grandes potencias capitalistas e imperialistas, tanto por medio de una agresión militar directa como por otros medios y vías indirectas. En este sentido, los países como Italia, España, Portugal etc., a pesar de que en concreto no han sido ocupados por ejércitos extranjeros recurriendo a la fuerza de las armas, se encuentran bajo la dominación extranjera y son objeto de su intervención.

Los eurocomunistas pueden sermonear cuanto quieran que sus países son libres y soberanos, pero de hecho los pueblos español, italiano, portugués y otros son oprimidos y explotados. En estos países existe una democracia burguesa pero el Estado está

indisolublemente ligado al capital extranjero. El pueblo, la clase obrera, no gozan de democracia ni de una verdadera soberanía. No son libres, porque todo está condicionado al capital extranjero.

Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando muchos países estaban ocupados por el ejército nazi alemán o el ejército fascista italiano, los quislings y colaboracionistas se unieron a los ocupantes. También en nuestros días, otros quislings y colaboracionistas, con otras máscaras y slogans, se encuentran en el Poder y están ligados por mil hilos a los nuevos ocupantes modernos, a los neo-colonialistas y sus capitales.

Para preparar y llevar a efecto la revolución, una gran importancia reviste el trabajo revolucionario en las filas de los ejércitos burgueses a los que Lenin llamaba

*«...los instrumentos fundamentales de la fuerza del Poder estatal.»*⁵⁸

Lenin ha dado salida a muchos problemas teóricos y prácticos relativos a la imperiosa necesidad de realizar un trabajo revolucionario en las filas de los ejércitos burgueses y ha definido las vías para golpearlos, desmoralizarlos y desintegrarlos. Esta cuestión adquiere una particular importancia en las actuales condiciones cuando en muchos países las situaciones revolucionarias están madurando con gran rapidez. El ejército burgués en general es la burguesía armada hasta los dientes, que se yergue frente al proletariado y las masas populares.

El gran número de efectivos de los ejércitos en los países capitalistas podría hacer creer que, en tales circunstancias, la revolución y la destrucción del Estado opresor y explotador resultan imposibles. Estos puntos de vista son propagados y pregonados sobre todo por los eurocomunistas, quienes no golpean al ejército burgués ni siquiera con plumones. La cantidad de los efectivos del ejército no cambia gran cosa para la revolución, mientras que para la burguesía representa un problema preocupante. El que el ejército sea ampliado con numerosos elementos procedentes de las diversas capas de la población, crea condiciones más favorables para desmoralizarlo y hacer que se vuelva contra la propia burguesía.

De este modo, la revolución tiene ante sí dos grandes problemas. Por un lado, debe ganarse a la clase obrera y a las masas trabajadoras sin las cuales no se puede ir a la revolución, y, por el otro, debe desmoralizar y desintegrar al ejército burgués, que reprime la revolución. Si para alcanzar sus fines la burguesía utiliza la aristocracia obrera en los sindicatos, en el ejército se vale de la casta de oficiales, que en este medio cumplen las mismas funciones que los bonzos sindicalistas en los sindicatos.

Los principios, las leyes y las estructuras organizativas de los ejércitos burgueses son de tal índole que permiten a la burguesía ejercer su control sobre ellos, mantenerlos en pie y prepararlos como instrumentos de represión de la revolución y de los pueblos. Esto es testimonio del acentuado carácter clasista y reaccionario del ejército burgués y desenmascara los esfuerzos por presentarlo como si estuviera «por encima de las clases», como «nacional», «ajeno a la política», que «respeto la democracia», etc. El ejército

58 V. I. Lenin, Obras, ed. albanesa, t. 25, pág. 459.

burgués de cualquier país, independientemente de sus «tradiciones democráticas», es un ejército antipopular y está destinado a defender la dominación de la burguesía, a realizar sus objetivos expansionistas.

Sin embargo, el ejército burgués no constituye una masa compacta en él no existe ni puede existir la unidad. Las contradicciones antagónicas entre la burguesía capitalista y reviccionista por un lado, y el proletariado y demás masas trabajadoras, por el otro, se reflejan también en los ejércitos de estos países. La masa de soldados, que está constituida hijos de obreros y de campesinos, tiene intereses diametralmente opuestos al carácter y la misión que encomienda la burguesía a su ejército. Esta masa está interesada, al igual que los obreros y demás trabajadores, en derrocar el régimen explotador, por eso la burguesía la mantiene encerrada en los cuarteles, apartada del pueblo, transformando el ejército, como señalaba Lenin, en «prisión» para las masas de millones de soldados.

Aquí tiene su origen el conflicto, que se va profundizando continuamente, entre los soldados, que son hijos del pueblo, y los mandos, los oficiales, que son los ejecutores de las órdenes de la burguesía capitalista, y han sido preparados y educados para servir celosamente a los intereses del capital. La labor del partido marxista-leninista tiende a que el soldado se revele contra el oficial, no cumpla las ordenes, la disciplina las leyes de la burguesía, sabotee las armas para que no sean utilizadas contra el pueblo. Lenin ha dicho:

«Sin «desorganización» del ejército no se ha producido ni puede producirse ninguna gran revolución. Porque el ejército es el instrumento más fosilizado en que se apoya el viejo régimen, el baluarte más rígido de la disciplina burguesa y de la dominación del capital, del mantenimiento y el cultivo de la mansedumbre servil y la sumisión de los trabajadores al capital»⁵⁹

Naturalmente los métodos, las formas y las tácticas que se utilizan para desorganizar y desintegrar el ejército, son numerosos y variados, y están en función de las condiciones concretas. Actualmente las condiciones no son idénticas en cada país, por eso también las tácticas de los marxistas-leninistas varían de un país a otro. Hay países donde la dictadura fascista y el terror se ejercen abiertamente, hay otros donde se puede y se debe aprovechar también las limitadas formas legales de democracia burguesa. Pero, en general, el trabajo individual con cada soldado tanto dentro como fuera del cuartel, la encarnizada lucha de los obreros, las continuas huelgas, las manifestaciones, los mitines, las protestas, etc., desempeñan un importante papel tanto en la movilización de las masas, como en la desorganización del ejército buurgués.

« ... todas estas batallas y escaramuzas de prueba, por decirlo así -ponía de relieve Lenin- incorporan inevitablemente el ejército a la vida política, y por consiguiente, al círculo de los problemas revolucionarios. La experiencia de la lucha alecciona con mayor rapidez y profundidad que años enteros de propaganda en condiciones distintas»⁶⁰

Con el soldado, hijo del pueblo, hay que trabajar antes de que se aliste en el ejército, luego

59 V. I. Lenin, Obras ed. albanesa, t 28 pág. 321

60 V. I. Lenin, Obras, ed. albanesa, t. 9, págs. 402-403

durante el servicio militar, que es una fase más decisiva, y finalmente después que se ha licenciado y pasa a la situación de reserva. Tampoco debe descartarse el trabajo con los oficiales de escalafón inferior para apartarlos de la casta de oficiales de alta graduación y persuadirles de que no levanten la mano contra el pueblo.

No cabe duda de que el trabajo político en el ejército es tan importante como peligroso. Mientras en el seno de los sindicatos, la máxima sanción por actividad y propaganda política es el despido del trabajo, en el ejército, donde la actividad y la propaganda políticas están rigurosamente prohibidas, la condena puede llegar hasta el fusilamiento. Pero a los comunistas revolucionarios jamás les ha faltado el espíritu de sacrificio, ni la convicción de que, sin trabajar en este sector, no puede abrirse el camino a la revolución.

La desorganización del ejército burgués es al mismo tiempo parte componense de la estrategia, que tiende a frustrar los planes belicistas de la burguesía capitalista, a sabotear las guerras de rapiña y transformarlas en guerras revolucionarias. Así actuaron los bolcheviques con el ejército del zar en los tiempos de Lenin. El derrocamiento de Kerenski y su gobierno, que tenía la intención de proseguir la guerra imperialista; la política de Lenin acerca de la paz, acerca de la cuestión agraria, la distribución de las tierras a los campesinos pobres, etc., pusieron a los soldados de lado de la revolución, mientras que la casta de los oficiales permaneció con los guardias blancos, se pasó al lado de la contrarrevolución. La estrategia y la táctica leninistas de la lucha contra el ejército burgués facilitan la tarea a la clase obrera y a los pueblos, los impulsan y los movilizan para hacer la revolución, para la lucha antiimperialista y de liberación nacional.

El movimiento revolucionario mundial cuenta con una rica experiencia de trabajo en las filas del ejército burgués. En 1905, en Rusia, en el ejército zarista se crearon los comités revolucionarios de soldados, bajo el mando del partido socialdemócrata ruso guiado por Lenin. Durante la revolución de febrero de 1917, y sobre todo en el curso de la Revolución de Octubre, en los destacamentos y unidades del ejército zarista se crearon células del partido y soviets de soldados y marineros, los cuales jugaron el papel decisivo de hacer que el ejército burgués pasase en masa al lado de la revolución.

Durante la Lucha Antifascista de Liberación Nacional, en Albania, el Partido Comunista de Albania trabajó en completa clandestinidad en las filas del ejército, incluso entre la gendarmería, la policía, etc., para paralizar estas armas, para provocar desórdenes y desertiones en sus filas. Esto obligó al enemigo a perder la confianza y, en algunos casos, a deportar unidades enteras del antiguo ejército albanés, que estaba al servicio del ocupante. Asimismo muchos militares de las filas del antiguo ejército se pasaron a nuestro Ejército de Liberación Nacional.

Tomemos otro ejemplo más reciente, el del ejército del Sha de Irán y de su casta de oficiales, que, pese a estar armado hasta los dientes y disponer de las armas más sofisticadas, no fue capaz de actuar con eficacia y de aplastar la insurrección antiimperialista y antimonárquica del pueblo iraní.

El régimen de los Pahlevi fue uno de los regímenes más bárbaros, más sanguinarios, más explotadores y corrompidos del mundo actual. La feroz dictadura de los Pahlevi se apoyaba

en los feudales, los grandes ricos creados por el régimen, en el ejército reaccionario y su casta dirigente, en la Savak que, como la calificaba el propio Sha, era un «Estado dentro del Estado». Los Pahlevi, que dominaban con el terror, eran socios del imperialismo norteamericano e inglés y estaban vendidos a éstos, eran los gendarmes mejor armados del Golfo Pérsico, bajo las órdenes de la CIA norteamericana.

Sin embargo, ni el salvaje terror, ni el ejército, ni la Savak, etc., lograron aplastar la revuelta del pueblo iraní que, en diversas formas e intensidad, prosiguió hasta alcanzar un elevado nivel cualitativo y superar la fase del temor a la violencia. En el curso de este proceso se desintegraron el ejército y la Savak, murallas defensivas del sanguinario régimen del Sha; una parte del ejército se pasó al lado del pueblo, que empuñó las armas y las sigue manteniendo en sus manos. Esta es una experiencia que confirma que la revolución no pueden impedirla ni el ejército ni la policía, por numerosos que sean y bien armados que estén, cuando el pueblo se levanta como un solo hombre, cuando se realiza un cuidadoso trabajo para desmoralizar y desintegrar al ejército y a la policía burgueses.

En los países capitalistas está ahora en boga que todo tipo de gente hable de la «revolución» y de acciones supuestamente revolucionarias. Los llamados «izquierdistas» exigen a voz en grito «medidas revolucionarias», pero enseguida fijan los límites. «Explican» que no en todas partes y en todos los terrenos se deben emprender medidas revolucionarias, sino que con algunas «transformaciones es suficiente». Se trata, pues, de crear ilusiones con el fin de engañar a las masas que exigen radicales transformaciones revolucionarias.

Al igual que la burguesía, los «izquierdistas» consideran al ejército como una «fortaleza intocable» y ni siquiera plantean la tarea de desintegrarlo, desmoralizarlo y destruirlo. En tanto que los partidos marxistas-leninistas, sin descuidar los otros aspectos de la lucha, consideran la lucha por la unidad de la clase obrera y la desintegración del ejército burgués, como dos aspectos de una importancia determinante para el triunfo de la revolución. Lenin decía:

«Es evidente que si la revolución no gana a las masas y al, ejército mismo no puede hablarse de una lucha seria.»⁶¹

El trabajo de los marxista-leninistas en las filas del ejército burgués y revisionista tiene por objeto atraer a los militares a una actividad revolucionaria consciente y no simplemente para organizar golpes de Estado. Los marxistas-leninistas jamás han considerado ni consideran el derrocamiento del régimen capitalista como una cuestión de putschs y complots militares, sino como el resultado de una actividad consciente, de la participación activa de las masas en la revolución.

Los golpes de Estado, los complots organizados por la casta de oficiales en muchos países del mundo, se han puesto de moda. Mediante estas acciones, los grupos monopolistas derriban un gobierno para sustituirlo por otro que esté a su servicio. En muchos países del mundo, los imperialistas norteamericanos y los socialimperialistas soviéticos, recurriendo a los golpes militares, han puesto a la cabeza del Estado camarillas reaccionarias que están a

61 V. I. Lenin, Obras, ed. albanesa, t. 11, pág. 183.

su servicio. En estos casos, la masa de soldados a menudo ha servido ciegamente a los intereses de las clases dominantes locales y de las superpotencias imperialistas. Los verdaderos revolucionarios esclarecen en estas circunstancias la situación a la masa de soldados para que no se dejen engañar por la propaganda reaccionaria, que presenta los golpes militares como actos «en interés de la nación», «en interés del pueblo y de la defensa de la patria», etc.

Explican asimismo que ni el anarquismo, ni el terrorismo, ni el banditismo, que están cobrando vastas proporciones en los países capitalistas y revisionistas, tienen nada en común con la revolución. Los hechos de cada día comprueban que los grupos anarquistas, terroristas y de bandidos están siendo utilizados por la reacción como una justificación y una arma a la vez para preparar e implantar la dictadura fascista, para amedrentar a la pequenaburguesía y convertirla en instrumento y en terreno abonado para el fascismo, para paralizar a la clase obrera y mantenerla encadenada al capitalismo, bajo la amenaza de perder las pocas migajas que le ha «concedido» la burguesía.

Todas estas corrientes y grupos se enmascaran con nombres atractivos, como «proletarios», «comunistas», «brigadas rojas» y otros apelativos, que siembran una gran confusión. Las acciones de estos grupos no tienen nada que ver con el marxismo-leninismo, con el comunismo.

La burguesía, en su propaganda, acusa también a los comunistas, a los que están verdaderamente por la revolución y el socialismo, por la destrucción del dominio burgués, de terroristas, anarquistas y bandidos, y trata de movilizar a la opinión pública contra las verdaderas organizaciones revolucionarias del proletariado y su vanguardia. Es principalmente por este objetivo que incita el terrorismo y el banditismo, los cuales en países como Italia están cobrando grandes proporciones.

Los marxistas-leninistas tienen siempre en cuenta estas maniobras y artimañas de la burguesía y luchan por desenmascararlas y frustrarlas. Rechazan los ataques, las acusaciones y las calumnias de la burguesía y de sus lacayos, quienes consideran la actividad clandestina del partido marxista-leninista como terrorismo y banditaje.

La existencia del partido marxista-leninista en clandestinidad, parcial o total, depende de las condiciones concretas de cada país. Pero, independientemente de estas condiciones, la organización del trabajo clandestino es la mejor garantía para la victoria. Sin esta organización, la gran fuerza de choque de la dictadura burguesa, en los momentos que considera propicios, hace estragos y ocasiona graves daños al proletariado y a su vanguardia.

Un partido de la clase obrera que no prevé momentos candentes de choques y enfrentamientos con las fuerzas de la burguesía capitalista, no es un partido verdaderamente revolucionario. Para este partido, el principio teórico de que el Poder no puede arrebatarse a la burguesía si no es con violencia, con lucha y sacrificios no pasa de ser por sí sola una frase hueca, un slogan. Los momentos álgidos de la lucha son inevitables y, en estos momentos, no bastan únicamente las bases de la propaganda legal. En estos momentos el partido comunista debe disponer también de sus bases de combate, haber creado sus fuerzas

de choque, haber asegurado retaguardias y haberlas dotado de los medios políticos, ideológicos y materiales necesarios. Las futuras acciones requerirán sacrificios, habrá personas que se verán golpeadas, que caerán y otras que serán encarceladas, por eso es preciso trabajar para que en torno al partido se cree una gran masa de hombres fieles y de revolucionarios resueltos, que escuchen al partido y se lancen con él a acciones revolucionarias.

Por otra parte, los partidos marxista-leninistas saben aprovechar también la «democracia» burguesa, las posibilidades que crea el trabajo y la lucha legal para preparar la revolución. Incluso cuando actúan en la legalidad, se esfuerzan por que sus acciones contribuyan a la satisfacción de las exigencias y al cumplimiento de las tareas de la revolución, a la preparación ideológica, política, organizativa y militar del partido y de las masas para derrocar a la burguesía, independientemente de lo que permitan o no permitan las leyes burguesas.

En cualquier ocasión y en todas las circunstancias, los verdaderos partidos revolucionarios saben combinar correctamente la organización y el desarrollo de la lucha clandestina con la legal, utilizando sólo aquellas formas de trabajo y tácticas revolucionarias que no oscurezcan su estrategia con ilusiones sobre el legalismo y la democracia burguesa.

«En todos los países, incluso para los más libres, «legalistas» y «pacíficos», es decir, en aquellos en que la lucha de clases es menos aguda, -decía Lenin- ha llegado sin duda alguna el período en que es absolutamente necesario, para todo partido comunista, combinar en forma sistemática el trabajo legal y el clandestino, la organización legal y clandestina»⁶²

A primera vista parece que en Europa Occidental la clase obrera está fuertemente atada por las cadenas que le han colocado la socialdemocracia y los revisionistas llamados eurocomunistas; que el movimiento obrero se encuentra bajo una gran influencia de la ideología burguesa y revisionista, pero esta apariencia no refleja la realidad. Además, tampoco refleja las tendencias del desarrollo social, los procesos que bullen en el seno de las masas trabajadoras, la necesidad histórica y los imperativos de la época.

La burguesía, los revisionistas y todos los demás oportunistas se esfuerzan en contener la revolución, en sofocar el ideal comunista. En determinadas etapas y en condiciones históricas particulares también logran aturdir y desorientar al proletariado y a las masas trabajadoras, ofuscar en cierta medida las perspectivas del porvenir socialista. Pero esto es algo temporal y transitorio.

La revolución y el socialismo como teoría y acción práctica, no se les imponen a las masas desde fuera, por parte de individuos aislados o grupos de individuos. La revolución y el socialismo representan la única clave que el proletariado y las masas precisan para resolver las contradicciones irreconciliables de la sociedad capitalista, para acabar con su opresión y explotación, para conquistar la verdadera libertad e igualdad. Y mientras haya opresión y explotación, mientras exista el capitalismo, el pensamiento y la lucha de las masas se orientará siempre hacia la revolución y el socialismo.

62 V. I. Lenin, Obras, ed. albanesa, t. 31, pág. 211.

Los eurocomunistas echaron por la borda la bandera del marxismo-leninismo, de la revolución y de la dictadura del proletariado. Predican la paz de clases, entonan aleluyas a la democracia burguesa. Pero con prédicas y con himnos no se remediarán los males de la sociedad burguesa, ni se solucionarán sus contradicciones. Esto ya lo ha comprobado la historia y sus enseñanzas no pueden ser eludidas. El proletariado, los oprimidos y los explotados marchan por ley natural hacia la revolución, hacia la dictadura del proletariado y el socialismo. Por ley natural buscan igualmente la vía que les conduce a la satisfacción de estas aspiraciones históricas, vía que les indica la inmortal teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Corresponde a los nuevos partidos comunistas marxistas-leninistas tomar en sus manos la dirección de las batallas de clase, abandonada por los eurocomunistas, y dar al proletariado y a las masas la vanguardia militante y combativa que buscan y que aceptan tener a su cabeza.

Las situaciones no se presentan fáciles, pero recordemos las palabras optimistas de Stalin de que «no hay fortaleza que no sea tomada por los comunistas». Este optimismo revolucionario emana de las propias leyes objetivas del desarrollo de la sociedad. El capitalismo es un sistema que la historia ha condenado a sucumbir. Nada, ni la rabiosa resistencia de la burguesía, ni la traición de los revisionistas modernos, pueden salvarlo de su inevitable fin. El futuro pertenece al socialismo y al comunismo.